

REVISTA CONTEMPORÁNEA

R. 24297

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR Y PROPIETARIO

DON JOSÉ DE CÁRDENAS

AÑO XXX—TOMO CXXVIII

DE ENERO Á JUNIO DE 1904

(DERECHOS RESERVADOS)



ADMINISTRACION

PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL

MADRID

MADRID, 1904

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

15 DE ENERO

1904

Revista

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CÁRDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	Páginas.
El P. Blanco García, por Fr. Bruno Ibeas	5
Juan Bloch y sus profecías, por Joaquín Usunáriz .	13
Una visita á Palencia, por Juan Ortega Rubio	19
La enseñanza de la geografía, por R. Alvarez Sereix y por Leopoldo Pedreira Taibo	23
En Santa Elena, por Enrique Prúgent	39
A una crisantema, por E. Fernández Granados ...	41
Más sobre el Centenario del Quijote, por José Rincón Lazcano	43
La anarquía y el socialismo, por Edmundo Gonzá- lez-Blanco	47
La cuestión ruso-japonesa, por Enrique Amador ...	57
Páginas de tristeza y de amor, por ***.....	65
Revista de revistas, por Pedro G.-Blanco	71
El tercer Duque de Rivas y un crítico apasionado, por Narciso José de Liñán y Heredia	83
La niña guapa (continuación), por Leandro Maris- cal	97
Política interior y exterior, por Pedro Ansúrez	113
Boletín bibliográfico, por Pedro Ansúrez , por E. , por D. B. , por P. G.-B. , por Antonio Morillo , por Miguel A. Ródenas y por Alberto Ortega Pérez	117

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

PIANOS 200 PIANOS

[Siempre existentes en los Salones
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto
NACIONALES como **EXTRANJEROS**

— VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS —

PIANOS DE ALQUILER

Pianos á louer

Pianos for hire

Pianos zu vermieten

Pianorfoli da affittare

R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO DE **HOLLOWAY.**

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrijen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, rheumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

EL P. BLANCO GARCIA

No es nuestro ánimo hacer un acabado juicio crítico del eminente literato cuyo nombre encabeza estas líneas, y por cuya pérdida visten de luto las letras patrias y la Orden agustiniana.

Conocemos las dificultades que en sí entraña el ejercicio de la crítica, y los vastos conocimientos que necesita poseer quien desee juzgar á la luz de su clara inteligencia las obras del ingenio, para que abriguemos tamaña pretensión. Nuestras aspiraciones son más modestas.

Vestidos con el mismo hábito cuya gloriosa historia parecía adquirir nuevos laureles en la persona del P. Blanco, poseídos de legítimo orgullo al leer en las columnas de los periódicos de todos los matices notas necrológicas que ensalzan su memoria, queremos juntar nuestras humildes alabanzas á las del mundo literario, queremos ofrecer un homenaje de cariño á uno de los hijos de San Agustín más sabios y más virtuosos.

Y basta para hacerlo narrar su vida y enumerar sus obras, que una y otras son el testimonio más elocuente del mérito del ilustre y malogrado agustino.

Había nacido el P. Blanco en la ciudad de Astorga (3 de Diciembre de 1864), en la que pasó también sus primeros doce años, recibiendo durante ellos educación esmerada y cristiana. Llevado de ese vago anhelo, de esa necesidad misteriosa de recogimiento que es el carácter ordinario de la vocación, ingresó en este Colegio de Valladolid, en el cual hizo profundos estudios, adquiriendo el caudal de conocimientos de que tan gallarda muestra había de dar más tarde. Si, como alguien dijo, el literato, á la inversa del científico, tiene que empezar á serlo de muy joven, en el P. Blanco se

cumplió á maravilla este aserto, pues aún no contaba diez y ocho años y ya empezó á manifestar su privilegiado ingenio con la publicación (1) de *Sor Juana Inés de la Cruz* y la *Reforma de Santa Teresa de Jesús comparada con la de Lutero*, disertación histórica esta última premiada en el Certamen Teresiano de Salamanca y dada á luz después en forma de artículos, lo mismo que el estudio anterior, en la *Revista Agustiniiana*. Similar á éstas es la *Vindicación y semblanza de Bonifacio VIII*, publicada también un poco más tarde en la misma revista. En los tres trabajos manifiesta ya el P. Blanco, aunque no completamente esbozadas, las excelentes dotes críticas que habían de constituir su temperamento literario. Sereno é imparcial al juzgar los hechos, suelto y desembarazado el estilo, aunque sin la forma elegante y convenientemente sobrio á la vez, que había de ser después su carácter distintivo, da á demostrar que no es para él la historia un catálogo más ó menos compendiado de glorias y debilidades humanas, sino un conjunto de ruedas cuyo funcionamiento depende de un engranaje central, una serie ordenada de efectos que reconocen una causa primaria-generatriz. Quien haya leído sus obras posteriores, habrá notado la misma tendencia á que aquí nos referimos.

Y no son éstos los únicos frutos que produjo su inteligencia en la primera época de su vida literaria.

Si su facultad preeminente era la de discernir la belleza artística de las producciones del ingenio, si estaba tan desarrollado en él el instinto de lo bello, también sentía dentro de su alma el influjo misterioso de esa virtud creadora, que reverbera con hermosos resplandores en la frente de los hijos predilectos de las Musas y les hace hablar el lenguaje creado por las Gracias para encanto de los dioses y consuelo de los hombres. Y no queremos decir con esto que fuera poeta, rigurosamente hablando. Lejos de eso, creemos que en sus

(1) El primer trabajo que escribió el P. Blanco, según nuestras noticias, fué una monografía del famoso agustino Seripando, que después fué Cardenal de la S. I. R. La modestia del entonces estudiante de Filosofía impidió que se diera á luz aquel excelente estudio.

poesías le falta muchas veces ese *quid divinum* que parece vivir vida latente en esas invisibles mallas que teje la inspiración y exorna el verbo poético con sus cadencias y armonías. Las poesías del P. Blanco, más que composiciones poéticas de gran valer, son, para apropiarnos sus palabras, *efusiones* de su *alma de ángel*; pero efusiones hermosísimas, no para ser juzgadas por rígidos preceptistas, sino para que el que las lea harte su alma en sus dulces purísimos torrentes, gustando con delicia su néctar celestial.

No deja, sin embargo, de tener inspiración la titulada *En la muerte de mi madre*, en la cual el cariño del hijo que pierde al ser que más ama en la tierra se refleja en ese dolor tranquilo y simpático como lo son las brisas que en los días del infortunio perfuman el enlutado horizonte del país natal y olean la tierra removida de la sepultura cristiana que encierra los restos de un ser querido.

Guarda alguna analogía con ésta, por el melancólico sentimentalismo de que está impregnada, *El artista ciego*, poesía reproducida por *La Ilustración Católica* y otras revistas.

Y composición poética es también, aunque perteneciente al género dramático, *El laurel de Ceriñola*, dramita escrito para un teatro de colegio, y con el fin de presentar algunas acciones que conmuevan y algunos versos que suenen bien al oído de los inteligentes. No obstante las modestas pretensiones del autor, y á vuelta de algunos defectos que en el desarrollo de la acción se observan y de otros que el P. Blanco reconoce en el prólogo-advertencia, se encuentran no pocas bellezas, y aun pudiera quizá considerarse como verdadero personaje dramático el Gran Capitán, cuya figura aparece bastante bien delineada, en el diálogo de Paredes y Navarro y en el monólogo que sostiene el mismo personaje en la escena quinta. ¿Quién desconoce al intrépido soldado del sitio de Granada y al valiente y nobilísimo jefe de las fuerzas españolas en Sicilia, en la defensa que de su propia conducta hace á su conciencia, que se retuerce entre agudos y terribles remordimientos, causados no por haber cometido enorme crimen, sino por *no resignar glorias y mando* al ver prisionero de Fernando I á Fernando de Calabria, á quien el

insigne español le aseguró su libertad, bajo el honor de su palabra honrada y la santidad del juramento cristiano? ¿De qué me remuerde la conciencia, dice el héroe,

...si siempre la espada
mantuve limpia en mi mano,
y si jamás degradada
á sus designios doblada
la miró ningún tirano?
¿Si en sus filos reverbera
el fulgor de la hidalguía,
y en pedazos la rompiera
antes que cómplice fuera
de cobarde alevosía?
Siempre que la desnudè
fué en busca de alguna hazaña
y con ella conquisté,
ó la gloria de mi España,
ó la gloria de mi fe.

Quien así siente, y así sabe expresar lo que siente, bien merece el nombre de poeta. Pero ni el P. Blanco lo pretendió, ni de él necesitaba para conquistarse elevado puesto entre los amantes de las letras (1). Tenía suficiente con la gloria que había de adquirir después con la publicación de una obra maestra, la *Historia de la Literatura española en el siglo XIX*. En ella no se sabe qué admirar más, si la labor prodigiosa que supone, atendida la corta edad que el autor tenía cuando la dió á luz (veintisiete años no cumplidos), ó la madurez del juicio, claridad de la exposición y el riguroso y acertado método, cualidades que adquieren, si cabe, mayor realce cuando se trata de clasificar en sólo tres tomos escuelas de tendencia tan diferente, modelos tan distintos y

(1) Las poesías escritas por el P. Blanco, siguiendo el orden de su aparición, son: *La violeta*, imitación de las de M. Dubós; *Al Beato Alonso de Orozco*, impresa en la *Velada Literaria*, *En la muerte de mi madre*, *Los científicos* (sátira), *El artista ciego*, *El profeta de una edad*, *A la Cruz*, *A Némesis*, *Imitación de Lamartine*; *La dicha y la esperanza* y *A Jesús crucificado* (sonetos) y la *Ciegucecita*, traducción libre de Verdaguer. Hemos leído también algunas inéditas y cuyo nombre no recordamos.

obras de carácter tan diverso, como las escuelas, modelos y obras de la *Literatura hispano-regional* de la pasada centuria. Y no hablemos del estilo, que aparece ya en esta obra con esa pompa y majestad equilibradas con la parsimonia en los epítetos y con la elección de palabras llanas, aunque no vulgares, condiciones todas que hacen al estilo del P. Blanco personalísimo é inconfundible *alter scriptor*, como dirían los antiguos. Aun podemos añadir otra cualidad más que avalora la obra del P. Blanco, y es lo oportuna, mejor dicho, necesaria que era. Hechá excepción de algunas monografías de reconocido mérito y de la antología dramática publicada en 1882, no se conocía en España ni siquiera un compendiado catálogo de las principales producciones literarias del siglo XIX. Para formarse concepto de ellas, era preciso leerlas, y esto ni era posible ni, aun cuando lo hubiera sido, hubiese estado al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas. La obra del P. Blanco vino á llenar este vacío, y cómo cumpliera aquél su cometido lo dijeron, cuando la dió á luz, los unánimes aplausos con que fué recibida en toda España y aun en el extranjero, y la crítica encomiástica de literatos tan eminentes como Menéndez y Pelayo, Valera y la Sra. Pardo Bazán (1).

No faltaron tampoco críticos, quizá demasiado exigentes, que encontraron en ella defectos y descubrieron lunares, y no hemos de ser nosotros quien lo niegue. Sabemos muy bien que toda obra humana tiene sus imperfecciones; las obras del genio en pequeña cantidad, las de las medianías en números redondos, como vulgarmente se dice. Bastante hizo el P. Blanco al conseguir que su obra se clasificase en el número de las primeras.

Quizá conceptúen algunos como imperfección de ella el ser un resumen demasiado compendiado, quizá el que en algunas partes da excesiva extensión al estudio de escritores

(1) También le prodigaron elogios, entre otros, D. Enrique Buxaderas en *La Vanguardia* (número del 24 de Julio de 1891); D. Francisco Miguel, en el *Diario de Barcelona* (números 18 y 25 de Diciembre del mismo año), *La Época* en su número de 29 de Febrero del 92 y Mr. Leoncio Couture en la célebre revista francesa *Polybitlion*.

de poco mérito, mientras la quita á otros que tienen importancia. Los que así juzgan pesen bien en su ánimo las dificultades que tuvo que vencer al historiar nuestra literatura del siglo pasado, tan embrollada como el estado social y político de la misma época, de los que fué consecuencia; pesen bien, decimos, las dificultades, y digan después si podía esperarse más de un joven que da cima á una empresa tan difícil de suyo, pues quizá el intentarla hubiera infundido miedo al primero de nuestros literatos. Y cuenta que en estudios de esta índole no sirve de gran auxiliar el hábito, es más bien un estorbo, pues el que vive en medio de la sociedad se halla en mejores condiciones para juzgar de algunos géneros literarios.

En último resultado, al lado de esos pequeños defectos que algunos críticos señalan, se hallan rasgos magistrales, los cuales bastarían para considerar á la obra digna de mérito; sirvan de ejemplo las magníficas semblanzas de Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce y tantas otras.

No se satisfizo la laboriosidad incansable del P. Blanco con el trabajo que supone una obra como la que acabamos de juzgar. El amor al estudio llega á constituir muchas veces una segunda naturaleza imposible de contrariar y forma para esas almas enamoradas del saber una atmósfera, digámoslo así, tan necesaria para su vida intelectual como es la atmósfera física para la vida orgánica. El P. Blanco se hallaba en esas condiciones y se dedicó al estudio, con el ardor que él sabía hacerlo, al reunir los materiales que habían de servirle para labrar ese gran monumento literario, que le ha dado tan merecida fama. Fruto de esa labor constante fué, haciendo caso omiso de los artículos que publicó en *La Ciudad de Dios*, el hermoso estudio biográfico crítico del gran maestro Fr. Luis de León, en el que el P. Blanco parece superarse á sí mismo; tal es la substancialidad del fondo y pulcritud de forma que resaltan en ese hermosísimo estudio, que hubiera quizá sido «una obra digna del altísimo poeta, del pensador teólogo y exégeta sapientísimo, cuya figura resplandece con los fulgores de la inmortalidad, en esa inmensa constelación de genios extraordinarios que produjo

la España del siglo XVI» (1). ¡Lástima grande que la prematura muerte del gran crítico haya dejado sin terminar tan interesante trabajo!

Pero la grandeza del genio está reñida con la longevidad de la vida, y aquella perpetua lucha que tan gallardamente describe San Pablo como existente en el orden moral, existe también en el físico. El desarrollo excesivo de la materia embota el espíritu, el continuo ejercicio de éste atrofia las energías de aquélla. La ley del equilibrio, que tan importante papel juega en todas las manifestaciones de la existencia, le tiene muy principal en la del hombre, y nunca se sustrae éste al imperio de aquélla sin caer en el aniquilamiento de su ser. Y esto es lo que le pasó al P. Blanco.

Efecto quizá de su constante trabajo, la naturaleza, ya débil de suyo, comenzó á resentirse, siendo causa de la enfermedad que había de conducirle al sepulcro. Los aires del Jauja (Perú) no fueron suficientes para infundir nuevas energías en aquel gastado organismo, y murió á los treinta y nueve años de edad aún no cumplidos, cuando las letras podían esperar más de su ilustración y cuando era para la Orden agustiniana uno de sus más preciados ornamentos. Ni aquéllas ni ésta olvidarán jamás á quien tanto supo enaltecerlas, y después de consagrar á su memoria el más cariñoso de los recuerdos, sabrán ofrecerle un homenaje digno de su mérito, colocándole al lado de los Luises de León, Diegos González, Chaidés y Fonseca.

FR. BRUNO IBEAS.

(1) El P. Blanco escribió, además de las obras enumeradas, bastantes artículos, más ó menos importantes. Recordamos, entre otros, los titulados *San Agustín y su época*, *Lo que debe y puede ser el Centenario de Fr. Luis de León*, *Una novela y un drama*, *Reflexiones acerca de lo sublime*. *Discurso pronunciado con motivo de la solemne apertura del curso académico de 1890-91 en el Colegio del Escorial*; *Los Agustinos en América durante el siglo XVI*, y *Discurso pronunciado en la Academia de la Juventud Católica de Barcelona*.

JUAN BLOCH Y SUS PROFECÍAS

Va á hacer dos años que murió en Varsovia el célebre M. Juan Bloch, después de cumplir los setenta de edad.

¿Quién era Juan Bloch?... Un humilde polaco que, enriquecido en los negocios ferroviarios y de banca, dedicó toda su fortuna y toda su inteligencia para conseguir que sus simpáticas doctrinas fructificasen; era un propagandista incansable de la paz, un verdadero apóstol de las teorías contrarias á la guerra.

Y algo hizo. Según parece, sólo á él se debe la celebración de las Conferencias de La Haya, pues dicese que el Zar de Rusia se sintió de tal modo cautivado por las doctrinas de Bloch, que él mismo escribió el famoso rescripto convocando aquellas Conferencias.

Es innegable que aumentaron los partidarios de sus doctrinas, y que, en vida suya, creóse buen número de Sociedades con el objeto de consagrar su existencia á la propaganda del hermoso ideal que Juan Bloch defendía; pero, desgraciadamente, era un ideal, un ideal que Prudhomme califica de quimera, convencido de que á él no llegaremos jamás.

Dos años han pasado desde que Juan Bloch dejó de existir, y si no puede negarse, como he dicho, que el número de los partidarios de sus teorías, el número de los que abominan de los sacrificios que la paz armada impone á las naciones, es cada día mayor, tampoco cabe negar que esas naciones acrecientan sus armamentos.

¿Llegarán, al fin, á prevalecer las teorías de Bloch?...

En las célebres conferencias que dió en la *Royal United Service Institution* de Londres, y en su famosa obra, en aquellos seis gruesos volúmenes de *El porvenir de la guerra* que escribió en los últimos años de su vida, aseguraba Bloch que

con los progresos de la ciencia militar, la guerra llegaría á ser una catástrofe tan terrible, una determinante tal de mortandad y destrucción, que las naciones la rechazarían enérgicamente, huirían de ella, buscando la solución de todas sus diferencias en el arbitraje.

Y si damos crédito á todo lo que leemos, hay que convenir en que Bloch era un buen profeta. No funcionarían todavía con éxito los tribunales de árbitros... pero el mismo General Prudhomme recomienda que se procure acudir al arbitraje para resolver los conflictos; lucharán por ahora los pueblos con sus armas... pero los progresos en la guerra continuarán con vertiginosa rapidez por los nuevos senderos que la ciencia marca.

Prescindiendo de que el efectivo de los ejércitos de las grandes potencias ha aumentado en los dos últimos años; prescindiendo también de que en ese espacio de tiempo casi todas las artillerías de campaña se han provisto de una nueva pieza, el obús, *por considerar el cañón de tiro rápido sin las condiciones necesarias para realizar los fuegos curvos y batir, por lo tanto, tropas bien á cubierto*, hay cuatro hechos en los que nuestra atención debe pararse, siquiera sea por breves instantes, porque prueban irrefutablemente que las profecías de Bloch, anunciadas en su libro, antes citado, parecen cumplirse.

Allá por el mes de Enero del corriente año, experimentóse en los Estados Unidos de América un nuevo cañón, elemento de guerra formidable. Se esperaban con impaciencia las pruebas que en el polígono de Sandy Hook habían de llevarse á cabo, porque confiaban los americanos en que, si los cálculos eran exactos, se obtendría un éxito desde el punto de vista balístico. El cañón hizo tres disparos, levantando una nube de humo que el viento disipó lentamente y extendiéndose las llamaradas á 30 metros de la boca... El éxito se obtuvo: hay cañones de más calibre que el experimentado en Sandy-Hook pero disparan menor proyectil y con una velocidad inicial bastante más pequeña.

Se ha realizado, pues, un progreso, y de su magnitud darán idea los siguientes datos del nuevo cañón:

Longitud del cañón.....	15,150 metros.
Calibre.....	385 milímetros.
Clase de pólvora de la carga..	Sin humo, de nitrocelulosa, con un fuerte cebo de pólvora negra de grano fino.
Peso del cañón.....	132.080 kilogramos.
Peso del proyectil.....	1.088 ídem.
Peso de la carga de pólvora..	290 ídem en seis sacos de cáñamo.
Velocidad inicial del proyectil.	702 metros por segundo
Alcance máximo.....	34 kilómetros.

Veamos el segundo hecho. El *Army and Navy Journal*, importante periódico de Nueva York, ha dado cuenta de él; y si el antes citado maravillaba como máquina de guerra, éste, que también á esos artefactos atañe, asombra por el esfuerzo que supone, por el trabajo realizado, por la rapidez de construcción. Trátase de un acorazado inglés, el *Commonwealth*, que se ha construído en menos de diez meses. El barco es de los de poca monta; los números darán perfecta idea de lo que es, y por ello se ponen en este lugar cuantos detalles hemos podido reunir. Es un acorazado de torres, que desplaza 16.500 toneladas y tiene 129 metros de eslora, 24 de manga y 7,28 de puntal. Sus calderas, con 16 tubos de agua, dan una fuerza de 18.000 caballos y una velocidad en la marcha de diez y ocho millas y media por hora. La coraza es de acero y su espesor varía de 23 centímetros, que es lo general, á ocho centímetros en los puentes. Finalmente, su artillería se compone de cuatro cañones de 30,5 centímetros, cuatro de 23,2, diez de 15,2, 28 de calibres menores, dos ametralladoras y cuatro tubos lanzatorpedos.

Consideremos el tercer hecho que, aunque debido á la casualidad, puede resultar en la práctica terrible elemento de destrucción. Pocos ignoran el nombre de Mr. Gustavo Le Bon, el sabio investigador francés, cuyos estudios acerca de las misteriosas ondas hertzianas, especialmente en lo que se refiere á los cuerpos que por ellas se dejan atravesar, tanta importancia tienen. Dedicado á sus estudios, vióse un día rodea-

do de repente por una lluvia de fuego que, según él mismo manifiesta, procedía de todos los objetos metálicos que había en la habitación. Cierto es que este hecho curiosísimo ha servido de base para nuevos experimentos, y de ellos deduce el sabio francés que sería posible construir grandes espejos metálicos para reflejar los invisibles rayos hertzianos, los cuales inflamarian todas las substancias explosivas sobre las que fuesen proyectados, incendiándose, por lo tanto, los polvorines, los cartuchos y las cargas interiores de los proyectiles. La aplicación más importante de este descubrimiento sería, sin duda alguna, la de destruir las escuadras de combate, por cuanto en sus buques, y en espacio relativamente pequeño, se llevan almacenadas grandes cantidades de explosivos que determinarían su inmediata destrucción.

Por último, debemos hablar ahora de Mr. Emilio Guarini-Foressio, otro sabio, también de raza latina como el anterior, á quien debe la telegrafía sin hilos gran parte de su progreso. Este célebre ingeniero electricista, nacido en Italia, ha realizado experimentos muy interesantes para conocer los efectos que las ondas hertzianas, base de la moderna telegrafía sin hilos, producen sobre el cuerpo humano, llegando á obtener comunicaciones telegráficas sin alambre á distancias apreciables, utilizando á las personas como antenas para la transmisión y para la recepción. Pero hay más: empleando antenas de dos metros de longitud y ondas producidas por descargas continuas, Mr. Guarini ha conseguido producir en sus ayudantes, colocados á cierta distancia, sacudidas análogas á las que producen los circuitos secundarios de los carretes de inducción.

Como las mencionadas sacudidas varían con la longitud de la chispa, y como en los experimentos citados se hacía uso de una débil potencia y de una diferencia de potencial poco elevada, Mr. Guarini concluye afirmando que con una potencia de 736 kilovatios y una tensión de 100.000 voltios podría matarse un ejercito entero á más de 20 kilómetros, sin necesidad de hilos conductores.

Para terminar, repetimos las últimas palabras de Guarini, las cuales nos recuerdan las profecías de Juan Bloch conteni-

das en *El porvenir de la guerra*. El famoso electricista italiano dijo que «no está muy lejos el tiempo en que desaparecerán para siempre las guerras, con todos sus horrores».

¿No es esto mismo lo que Juan Bloch profetizaba?

JOAQUÍN USUNÁRIZ,

Teniente de Artillería.

UNA VISITA A PALENCIA ⁽¹⁾

Merece Palencia lugar distinguido en la Historia antigua de España. Ella fué la que con *Cauca* (Coca), *Intercatia* (Paredes de Nava) y *Numancia* (Garray) resistieron á la república romana y lucharon valerosamente por su independencia y libertad. No es mi propósito ocuparme en disquisiciones históricas, ni tampoco del estado actual de Palencia. Nada diré de su hermosa calle Mayor, ni del bonito paseo que llaman *El Salón*, ni de sus celebradas fábricas de mantas, ni del río Carrión que riega tantas y tan fértiles huertas, ni de la legendaria colina donde se alza la ermita del Santo Cristo del Otero, limitándome únicamente á escribir unas cuantas líneas sobre sus principales monumentos y obras artísticas.

Lo que en primer término llama la atención en Palencia es la *Catedral*. Comenzóse su edificación á principios del siglo XIV y se terminó en el XVI. No pertenece al estilo ojival en toda su pureza y esplendor, sino á su decadencia, y al período que toma en la historia del arte el nombre de terciario ó *flamígero*. El ábside, en su parte exterior, corresponde al estilo ojival en el apogeo de su gentileza.

Al Sur se ve la puerta de los *Novios*, fábrica del mismo estilo, y la del *Obispo*, rica de adornos y decorada con tres filas de Santos en las arcadas: entre las dos puertas se levanta la torre, que está sin terminar, y que parece torreón de robusta fortaleza. En la parte septentrional se halla la puerta de los *Reyes*, ostentando su grande ojiva llena de follajes y cubierto su arquivolto de bellas figuras y elegantes doseletes. Tanto la puerta del *Obispo* como la de los *Reyes*, se encuentran

(1) Este artículo se publicó en *La Crónica Mercantil*, de Valladolid, del 27 de Abril de 1892.

maltratadas por la injuria del tiempo, y más todavía por la mala calidad de la piedra. Debía ser fachada principal la que mira á la bajada de *Puentecillas*: al lado de su pequeña puerta se ha levantado la capilla de las *Reliquias*, adosada con poco gusto, y que no solamente sirve de estorbo al paso de la plazuela, sino que forma un rincón tan feo á la vista como perjudicial á la salud pública.

La iglesia, en su interior, tiene la forma de una cruz patriarcal. La nave central es esbelta, si bien no guarda relación su altura con la anchura; las naves del Evangelio y de la Epístola son bajas. Las bóvedas, adornadas de crucería, tienden en su ancha ojiva al medio punto de la arquitectura greco-romana. La capilla central, aunque rica en labores ojivales, guarda señales del estilo del renacimiento, y el retablo mayor es del mismo gusto. Admíranse en los costados del coro bellos recuerdos ojivales y platerescos; pero lo que verdaderamente encanta, es el trascoro. Bajo un arco de medio punto se contempla el escudo de armas del Obispo Fonseca, y más arriba, en el interior de un bonito arco lobulado, se ostentan las armas de los Reyes Católicos. En medio, pues, de preciosos adornos platerescos y delicados trabajos, se destaca el lindo retablo que el magnífico Fonseca hizo traer de Flandes, allá por el año 1505. El cuadro que representa á *Nuestra Señora de la Compasión*, y alrededor los siete dolores, es obra de excelente artista; todas las pinturas pueden calificarse de primorosas, lo mismo por el conjunto que por los detalles. Levántase allí cerca, y apoyado en un pilar, un púlpito de madera, con labores del renacimiento, y cuyo tornavoz está adornado de tres órdenes de figuras. La nave del Evangelio es la única que tiene capillas, encontrándose en todas ellas objetos dignos de admirarse. En la de la Epístola se hallan las dos portadas, que comunican al claustro: una, ojival, donde se ve una delicada imagen de la Virgen; y otra, plateresca y fantástica.

Deberé citar las artísticas alhajas y magníficas vestiduras que conserva la iglesia. Entre las primeras sobresale la custodia de Arfe y Villafañe, y otras dos custodias y un cáliz de no menos mérito; y entre las segundas, tres ternos traídos de

Flandes en la centuria décimosexta, regalados por los Obispos Cabeza de Vaca y Zapata. He visto también preciosos frontales y cuatro grandes y hermosos tapices flamencos.

Del convento que los dominicos tuvieron bajo la advocación de *San Pablo* sólo queda la iglesia. La fachada principal es del gusto del renacimiento; pero el interior del templo conserva todo el carácter del período ojival. Llama la atención la capilla mayor, donde se admira un retablo plateresco. En el soberbio mausoleo que llena toda la pared del costado del Evangelio, se destacan, entre admirables figuras, las estatuas de D. Juan de Rojas, primer Marqués de Poza, y la de su mujer D^a María de Sarmiento. Por la actitud, la expresión y correctísimo dibujo son dignas de los mejores cinceles de aquellos tiempos. La sepultura que hay enfrente, y que ocupa también casi todo el lienzo de la pared del costado de la Epístola, desmerece bastante de la primera. Á la cabeza de la nave de la Epístola, en la capilla que el deán D. Gonzalo Zapata mandó erigir en 1516 á la Virgen de la Piedad, se contempla un retablo gótico con doselete de crestería; y en la nave del Evangelio no debe pasar desapercibido otro precioso retablo con excelentes pinturas, y al cual se ha agregado modernamente un altar, de poco gusto artístico, de San Pío V.

Nada presenta de notable el convento de *San Francisco*, fundado á mediados del siglo XIII y poco después del de *San Pablo*.

Entre los conventos de monjes, el de *Santa Clara* se distingue por su suntuosidad y por la pureza de su estilo ojival.

La iglesia parroquial de *San Miguel*, que pertenece á la transición del estilo románico al ojival, tiene una original y atrevida torre, fábrica del siglo XIII (1).

Las otras parroquias son *Santa Marina*, *San Lázaro* y la de allende el río, las cuales no merecen figurar como monumentos artísticos.

Del *palacio del Obispo*, antigua residencia señorial, modifi-

(1) En la parte accesoria de la casa del *Cordón*, contigua á San Miguel, estaba, según cuentan, la famosa mezquita de los moros que vivían en la calle de San Marcos. Hoy sirve de panera.

cado casi por completo á fines del siglo XVIII, sólo se dirá que en uno de sus patios fué herido mortalmente el joven Rey Enrique I por una teja desprendida de lo alto de una torre.

La elegante *casa de Ayuntamiento* se ha construído en los últimos años. En ella se guardan algunos objetos recogidos recientemente, y entre los más apreciados, un bonito y pequeño gladiador de bronce.

Por último, *el Instituto de segunda enseñanza*, situado en lo que fué convento de San Buenaventura, es un edificio que no corresponde á la importancia de la culta población, de la cual se dijo desde el siglo XII: *En Palencia armas y ciencia*. Algunas cátedras son buenas, y es regular el gabinete de Física y mediano el de Historia natural.

Otros edificios notables encierra Palencia, y de ellos, como también del origen de su antigua Universidad, habré de tratar con detenimiento.

JUAN ORTEGA RUBIO.

LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA

LO QUE ES Y LO QUE DEBIERA SER EN ESPAÑA

Enseñar es, más bien que exponer una verdad, hacer ejecutar los ejercicios necesarios para apoderarse de ella.

.....
Lo de esencia en el sistema sectorial es estudiar sin discontinuidad y durante muchos cursos diversas asignaturas á la vez, ordenadas desde lo fenomenal y práctico á lo normal y teórico.

.....
¡Pues y la Geografía! ¿Quién retiene tanto lugar, tanta circunstancia?...

El Gobierno, pues, mandando que en un curso se aprenda lo que no se puede aprender, se hace cómplice de la infracción necesaria que sigue al mandato.

/// *BENOT. Errores en materia de educación.*—3.^a edición (páginas 570, 89, 368).

SUMARIO

Cómo se enseña la Geografía en España.—FloreCIMIENTO de los estudios geográficos en otros tiempos de nuestra Historia.—La Geografía en España á comienzos del siglo XIX: D. Isidoro de Antillón.—Decadencia posterior de estos estudios bajo Fernando VII: cómo enseñaron la Geografía á D. Pedro Antonio de Alarcón.—Erróneo concepto de la Geografía que viene imperando en los planes de estudio en tiempos de Isabel II y Alfonso XII.—Los planes de la Regencia y del nuevo reinado para el estudio de la Geografía.—Los planes extranjeros para el estudio de la Geografía en segunda enseñanza: una frase del Ministro Zorrilla de San Martín.—El estudio de la Geografía debe comenzar á los tres años (cuando el niño no sabe aún leer), ha de empezar por la topografía y seguir en la escuela, en cíclica progresión, sin salir nunca de lo fenomenal é intuitivo: una opinión de D. Eduardo Vincenti.—Los estudios geográficos en los Institutos deben darse en seis cursos.—Métodos: método cíclico, exposición narrativa, paseos escolares, Geografía comparada, dibujo de mapas.—La toponimia.—Sistema que debe emplearse en el estudio de la Geografía en segunda enseñanza.—Estudios superiores de Geografía que es preciso establecer.—Apéndice.

SEÑORES:

En España la Geografía no es una ciencia, es una asignatura; no es un estudio, es un renglón del plan de enseñanza. Y tan cierto es esto, que un escritor tan popular como ver-

sado en asuntos geográficos, G. Reparaz, afirmaba, á raíz de nuestros desastres, que perdimos las colonias por no saber Geografía.

Sin incurrir nosotros en hipérboles atrevidas, hemos de confesar que los estudios geográficos labraron en otro tiempo la grandeza de España, pues gracias á ellos tuvo nuestra nación el privilegio de comprender los planes del más insigne de los navegantes; y el conocimiento geográfico permitió á los alemanes vencer á Francia en el campo de batalla y á Inglaterra en la lucha por el mercado universal. La misma humillación que al ejército francés infligieron Sedán y Metz, agobia al industrialismo inglés que ve invadido por géneros alemanes el archipiélago británico, llevando en sus marcas esta indicación que es ya una pesadilla de los ingleses: *made in Germany*.

Y si los estudios geográficos hacen resurgir á la naciones y las agrandan y robustecen, cuando estos conocimientos se descuidan, la decadencia y ruina son inevitables. Francia ha comprendido la verdad de tal aforismo y sobre los ensangrentados campos, hollados por el prusiano, levantó la educación geográfica, que permite á la tercera república ser dueño de un poderío colonial que sigue en riqueza á los dominios británicos.

Es evidente, por el contrario, nuestra ignorancia nacional en punto á Geografía: ni los mismos encargados de enseñarla, en su inmensa mayoría, la saben; pues, á pesar de ser muy pundonorosos y muy competentes en otras materias, no han podido sustraerse al general atraso de la ciencia geográfica entre nosotros, y no se han hecho cargo de unos estudios que ni figuraban como *asignatura* en la carrera de Filosofía y Letras, ni se exigían como prueba en las oposiciones, donde predominaba el examen de Historia... no por ser más importante... sino., por ser la única materia conocida de la mayoría de los tribunales (1).

(1) Hay que advertir que la verdadera ciencia geográfica no apareció hasta últimos del pasado siglo XIX: en Francia no se le dió importancia sino después del desastre de 1871. En Inglaterra, en 1808, la asociación africana de Londres decía (V. BELTRÁN Y RÓZPIDE, *Africa*

Así, cuando el distinguido periodista balear y laborioso ayudante del Instituto de Palma D. Rafael Ballester se propuso hacer una información acerca de las enseñanzas geográficas en España, no pudo realizar en modo alguno su objeto (1).

Se dirigió á los catedráticos de Geografía de Cádiz, Sevilla, Córdoba, Orense, la Coruña, Lugo, Pontevedra, Lérida, Gerona, Barcelona, Toledo, Segovia y Ciudad Real (con ánimo de hacer extensiva la investigación á los restantes Institutos) suplicándoles el envío de los siguientes datos: 1.º, estado del material geográfico en aquellos Institutos, y 2.º, métodos en ellos empleados para la enseñanza de la Geografía. Sólo contestó un catedrático, el de la Coruña, D. Ramón López de Vicuña, que dijo: «El material no pasa de «regularcito»... y gracias, pues lo consignado para gastos de esta naturaleza es una insignificancia». «En cuanto al método, *el libro es el auxiliar, la explicación y el mapa lo esencial.*»

Comentando el silencio de los catedráticos, exclama Rafael Ballester (2):

«Nuestra petición no fué contestada, lo cual pone de manifiesto lo poco que preocupa semejante cuestión, aun entre respetables personalidades dignas por todos conceptos

en 1881.—Madrid.—Librería Universal, Puerta del Sol, 14, 1881): «El
»Africa es un continente sin importancia desde el punto de vista geo-
»gráfico; ni tiene grandes lagos como las otras partes del mundo, ni
»ríos que corran del centro á los extremos. No es más que un vasto
»desierto donde sólo se encuentran animales salvajes. El público no
»debe esperar que los progresos de la Geografía puedan mostrarle
»en el interior de este continente nada semejante á lo que hay en
»otros, etc...»

¡Noventa años más tarde Inglaterra ponía las esperanzas de su porvenir en el imperio de *El Cabo al Cairo* y comprometía el honor de la bandera, la sangre del Ejército y el oro de la Hacienda en la conquista de África! Los generales ingleses sólo vencieron desde que usaron mapas alemanes.

(1) RAFAEL BALLESTER, *Estudio sobre la enseñanza de la Geografía, con un prólogo de D. Mateo Obrador y Bennasar.*—Palma, tipografía de Felipe Guasp, 1901.—Véase la pág. 56.

(2) Obra y página citadas.

»de figurar en la ilustradísima clase oficial de la enseñanza
»secundaria española »

Conocemos personalmente á varios de los catedráticos citados, entre ellos D. Alfonso Moreno Espinosa, D. Eduardo Moreno López y D. Maximiano de Régil y Alonso, y no sólo creemos que se interesan por la ciencia geográfica, sino que hemos de tener ocasión de demostrar nuestra creencia en el transcurso de esta disertación.

Lo que sucede es que, aun los catedráticos que más se afanan por el estudio de la Geografía, han de verse precisados á callar— por amor á la ciencia misma — cuando se les pregunte por las condiciones en que se da esta enseñanza.

Conteste por los catedráticos el Sr. Benot, y meditemos sus profundas y autorizadas palabras (1):

«Si me dijese—escribe—que un niño había aprendido en
»un curso *Aritmética, Álgebra, Geometría, ambas Trigo-*
»*nometrías* y hasta la *aplicación del Álgebra á la Geometría,*
»no me atrevería yo á negar el hecho como imposible, si
»bien no podría menos de admirar la extraordinaria capaci-
»dad del buen alumno.

.....
»Las cosas *naturalmente* asociadas se comprenden y re-
»tienen bien; pero las que no se hallan en tal caso no pue-
»den aprenderse sino á costa de MUCHÍSIMO tiempo. En él
»se encuentran dos de las asignaturas de segunda enseñan-
»za, HISTORIA UNIVERSAL y GEOGRAFÍA UNIVER-
»SAL.

.....
»¿quién es capaz de aprender de memoria tanto nombre,
»tanta fecha, tanto suceso, tanta batalla, tanta considera-
»ción!!! Pues, y la Geografía! ¿quién retiene tanto lugar, tan-
»ta circunstancia, ya el número de leguas de curso de los
»ríos, ya la altura de las montañas, ya la superficie de cada
»región, ya el número de habitantes, ya las producciones!!!

(1) EDUARDO BENOT, *Errores en materia de educación y de instrucción pública*. Tercera edición. 1897. Madrid, Hernando y C.^a — Véase la pág. 367 y 368.

»Cosas inconexas son refractarias á la memoria! ¿Qué tiene
»que ver la batalla de las Navas de Tolosa con el día de la
»Virgen del Carmen de 1212? ¿Qué relación directa hay en-
»tre la coronación de CARLO MAGNO y el año 800? Como fué
»en ése, ¿no pudo ser en otro, escolarmente hablando? ¿No
»pudiera el Danubio tener algunas leguas menos de largo?

»El Gobierno, pues, mandando que en un curso se apren-
»da lo que no se puede aprender, se hace cómplice de la in-
»fracción necesaria que sigue al mandato de imposible eje-
»cución.»

He aquí por qué los catedráticos no coadyuvaron á la información del Sr. Ballester. ¿Para qué? Es tan público lo que años antes afirmara D. Eduardo Benot, que no hay para qué insistir. Tiene razón el sabio ex Ministro que dirigió un día nuestra nacional cultura: aquí la Geografía no se puede aprender, y los catedráticos de la asignatura son reos *de la infracción necesaria que sigue al mandato de imposible ejecución.*

Y considerando que llegue el día de la regeneración de la enseñanza patria y los planes otorguen el tiempo y consideración debidos á la ciencia geográfica, ¿podrían los profesores explicar provechosamente con el ridículo material que existe hasta en los Institutos de Madrid, y que, sólo *per accidens*, es «regularcito» en algún establecimiento?

Acerca de esta falta de material nada más elocuente que lo que ha podido comprobar el Claustro del Instituto de Cuenca; se acordó la compra de un mapa particular de cada una de las naciones de Europa y se acordó la adquisición en favor de editores españoles; Hernando contestó que sólo podía ofrecer un mapa de África; Paluzié proporcionaba el mapa-mundi, los cinco mapas generales y el mapa de España; Bastinos ofrecía atlas franceses. Fué necesario acudir á Kiepert, de Berlín, resultando caros por el cambio, transporte y... ¡aduana!; pero como aquí no había lo que se solicitaba, se redujo el pedido á condiciones mínimas, y la clase quedó sin material.

Resultado: en España no se editan mapas murales, prescindiendo de los seis tan conocidos de Paluzié, y no cabe

parodiar á Larra cuando decía: «¿No se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe?» Aquí la cuestión es clarísima: los aranceles aduaneros protegen nuestra anémica cartografía y, sin embargo, no hay mapas... ¿Por qué? Porque no se estudia Geografía, porque á las escuelas y los Institutos casi les basta con los desdichados mapas de la industria barcelonesa (1).

Una clase de Geografía universal necesita una colección de mapas alemanes (ínterin no los haya españoles, italianos ó franceses), que representen los principales Estados de Europa. Y uniendo á éstos los mapas generales modernos—que es necesario renovar en muchos Institutos,— resulta:

Mapa-mundi.

Europa.

Asia.

Australia y Polinesia.

África.

Norte-América.

Sud-América.

Alemania y Países Bajos.

Austria-Hungría.

Península de los Balkanes.

Italia.

España y Portugal (*Spanische Halbinsel*).

Francia.

Islas Británicas.

Escandinavia (Noruega, Suecia y Dinamarca).

Rusia.

Sólo el importe de estos mapas asciende—á razón de cuarenta pesetas cada uno—á seiscientas cuarenta pesetas, capital inmenso para invertido en Geografía en un Instituto, tratándose de España, donde muchos intelectuales ignoran

(1) «Hay finalmente un *burdo error*, bastante extendido, que dificulta esta enseñanza (la Geografía), cual es la creencia de que estas cátedras no necesitan *material científico*, excepción hecha de una colección cualquiera de mapas y de globos ordinarios, aunque carezcan de condiciones pedagógicas. (MAXIMIANO DE REGIL Y ALONSO.—*Programas de Geografía*.—Ciudad Real.—Imprenta Provincial, 1896.)

lo que esta ciencia auxilia á las demás, activa la vida y engrandece á las naciones.

Y hay que advertir que estos mapas son únicamente la cuarta parte de los más precisos, pues en el extranjero se ha desterrado la pésima costumbre de involucrar la Geografía física con la política en las cartas geográficas, formando un conjunto enmarañado, y se ha proscrito asimismo la práctica viciosa de ejercitar y probar los alumnos ante mapas escritos. De modo que la representación de cada país exige cuatro mapas del mismo, según las actuales exigencias pedagógicas:

Mapa físico escrito.

Mapa político escrito.

Mapa físico mudo.

Mapa político mudo.

Resulta, pues, cuadruplicado el número de los mapas indispensables, y, por consiguiente, asciende el valor á *dos mil quinientas sesenta pesetas*.

¿Cómo ha de gastarse esta cantidad aun tratándose de necesidades perentorias de la enseñanza, cuando se desconoce, como demostraremos, el valor de la Geografía? En el Instituto de Cuenca, por ejemplo, no hubo ningún mapa de la llamada Oceanía hasta que el actual catedrático hizo traer de Berlín una carta muda de Geografía física de Australia y Polinesia, y no pudo completar la colección de esta parte del mundo por no existir bastantes fondos para material en el establecimiento.

¿De qué manera ha podido enseñarse la Geografía durante más de medio siglo, sin que los alumnos viesan claramente en el mapa Australia, Van Diemen y Nueva Zelanda? ¿Qué noticia tendrán esos infelices discípulos de las grandes ciudades próximas á nuestros antípodas, Sydney, Melbourne, Hobart-Town, Auckland? ¿Podrán sospechar que hay allí centros industriales y mercantiles que compiten con los más importantes de Europa y América? ¿Adivinarán que en las extensas colonias inglesas, bajo un régimen político autónomo, unido á inmenso desarrollo material y fomentado por la distancia á la metrópoli, esté el germen de unos futu-

ros Estados Unidos, tan poderosos como los de América? ¿Entenderán á Spencer cuando asegura que en el Pacífico hará la especie humana su última y más luminosa evolución? ¿No creerán que está loco Macaulay cuando dice, hablando de la Iglesia católica: «puede, pues ser grande y respetada, »aun cuando algún viajero de Nueva Zelanda se detenga en »medio de una vasta soledad, al lado de un arco roto del »puente de Londres, para estudiar las ruinas de San Pa- »blo?» (1).

¡Medio siglo, generación tras generación, llegando al bachillerato sin conocer las maravillas que el mundo marítimo encierra, las esperanzas que ofrece y las riquezas que atesora! ¡Ninguna noticia de las mágicas islas madreporicas, sublime testimonio de la potencia infinitamente creadora del Eterno; ningún conocimiento de aquellos volcanes que, como el de Krakatoa, conmovieron todo el planeta con convulsiones espantosas y siguen brillando en medio del más inmenso de los Océanos como antorchas colocadas por Dios para alumbrar los abismos! ¡Ninguna noción de la existencia de los melanos, los papúes y los polinésicos, grupos humanos que muchos antropólogos consideran como razas distintas de las cinco que Blumenbach estableciera!... Ni la fauna extraordinaria de la Nueva Holanda, ni los mares erizados de coral, ni las costas recamadas de madreperlas, ni los bosques de plantas seculares que contienen jugos misteriosos y que ocultan el reptil gigantesco, albergan al ave vistosa y sirven de cubil á la terrible fiera... Nada de eso han conocido los alumnos durante cincuenta años, no en un Instituto, sino en muchos, porque el caso que citamos es corriente y tiene su explicación en el falso concepto que reina de lo que es la ciencia geográfica.

Se supone que la Geografía es un mero auxiliar de la Historia, y desde este punto de vista se dedica la atención principal á aquellas regiones del planeta donde hasta ahora se ha venido desarrollando principalmente la civilización. Así se explica que casi todos los alumnos tengan noticia de las

(1) MACAULAY, *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*.

inertes y aisladas regiones de Asia, y sea frecuente, por el contrario, que al llegar á graduarse de bachiller no sepan señalar en el mapa las repúblicas de América y dirijan el puntero á la Argentina cuando se les pregunta por Colombia. Como consecuencia de esto resultó que ni estaba popularizada, ni podía fácilmente popularizarse entre nosotros, la noción del poder y grandeza de los Estados Unidos. Por eso fuimos á la guerra y por eso tiene razón el escritor y geógrafo Reparaz al asegurar que se produjeron los desastres porque no sabíamos Geografía.

Llega á tal punto la obsesión de suponer á la Geografía *ancilla Historiæ*, que los consejeros de cierto Ministro de Instrucción pública llevaron al plan de segunda enseñanza una mezcla de las dos ciencias, nefando contubernio que aun subsiste en los estudios de las Normales.

Como resultado de esto ocurren cosas verdaderamente cómicas que podrían ser objeto de diversión y burla si no trajesen consigo la decadencia de la cultura y graves consecuencias para nuestro progreso moral y nuestros intereses materiales. Hay quien sigue llamando golfos Heropólito y Elanítico á los que se forman en las costas de la península del Sinaí, y Quersoneso de Tracia á la península de Gallípoli. Conocemos á un catedrático de la facultad de Filosofía y Letras que ignoraba el nombre inglés de la isla de Guanahani (1). No sabemos el efecto que producirá en los oídos extranjeros esta toponimia anticuada que por aquí se usa; quizás tomen por pedantería lo que es realmente ignorancia: lo cierto es que los nombres grecorromanos, hablando de Geografía actual, causan la impresión que nos produce la dama de una de nuestras comedias, cuando para pedir los

(1) No es que nosotros pretendiéramos que el doctor aludido nos dijese cuál de las islas Lucayas es la que se llamó Guanahani. En el pleito entre Vatlin, Turk, Cat, Mariguana y Atwood es difícil el fallo. (Véase el tomo XXXIII del *Boletín de la Sociedad Geográfica*.—Conferencia de Otto Neussel.)

El error del catedrático á que aludimos consistía en creer que Guanahani no había cambiado de nombre.

guantes y dejar el espejo que tiene en la mano, dice á su sirviente:

Que abstraigas
de mi diestra liberal
este hechizo de cristal,
y las quirotecas traigas.

Y es que el modo de entender la Geografía en España es verdaderamente ridículo; puede un alumno no saber dónde está Liverpool, pero ha de saber dónde están las ruinas de Troya.

Es el arcaísmo que caracteriza nuestra educación: los chicos han de saber el pretérito y supino del verbo *fero*, aunque no sepan en castellano conjugar el verbo *caber*.

De aquí el abandono en que yace la Geografía y el desconocimiento general que hay en España de los países de América y Oceanía (1). ¿Por qué han de conocerlos? dicen los Ministros. ¿No es la Geografía simple auxiliar de la Historia? Pues siendo así, no se necesita conocer el Nuevo Mundo ni el mundo novísimo. ¿Para qué? Por allí no pasó Anníbal, ni Pirro, ni Alejandro, ni Napoleón, ni César. Serán muy ricos, tendrán mucho porvenir esos países, nos convendría conocerlos para comerciar con ellos y para nuestra política internacional... pero como la Geografía no es más que una ciencia auxiliar de la Historia, ¿por qué tratar de esos pueblos que sólo hace cuatrocientos años que entraron en la corriente de la civilización?

Describidme América, describidme Oceanía, ¿para qué? Eso es describir por describir, porque allí no hubo grandes

(1) En el folleto que acaba de publicar el Instituto Hispano-Americano de Artes Gráficas (domicilio social Valenzuela, 3, Madrid), se dice en la página 20:

«Esa falta de conocimientos geográficos la pagan siempre cara los pueblos indolentes y perezosos.»

«El comercio (habla del de América) en general con España, en vez de progresar allí como el de todos los países, que es la regla, decrece, que es la excepción; achácase ello á mil extravagantes motivos, todo, menos confesar la verdad de nuestra culpa.»

acontecimientos, y la Geografía de esos países no tiene más moraleja que el final de aquellos versos de Lope:

En este valle y líquida laguna,
si he de decir verdad como hombre honrado,
jamás me aconteció cosa ninguna.

Parece mentira que á tal decadencia haya venido la Geografía en esta nación española, descubridora de América y Oceanía y patria predilecta de los navegantes, aun cuando éstos, como Colón, Magallanes y Bethencourt, fuesen extranjeros.

Separada España de África por un estrecho brazo de mar y colocada en el extremo occidental de Europa, adelantándose hacia América; visitada desde antiguo por marinos fenicios y griegos, fué nuestra patria la primera en la gran obra de conocer el planeta que nos sirve de morada. Veinte siglos lleva España trabajando para la formación de la Geografía, desde que Pomponio Mela resumió los conocimientos de su época en la obra *De situ orbis*, pues en ninguno de los períodos de nuestra historia dejamos de trabajar, ya como navegantes, ya como exploradores, ya como expositores, en la formación de la ciencia geográfica. Durante la Reconquista brillaron las escuelas de Córdoba y Toledo, preparando aquella superior cultura en Astronomía y Geografía que permitió á Alfonso el Sabio prever el sistema copernicano. Más tarde Enrique III envía sus embajadores al gran Tamerlán en la lejana Angora y da elementos á Juan de Bethencourt para la conquista de las Canarias, mientras la escuela de navegación de Sagres preparaba los grandes descubrimientos geográficos de fines del siglo XV, Barcelona dibujaba sus famosos portulanos y Mallorca enviaba por doquiera sus atrevidos nautas.

Así pudo España comprender el ideal de Colón y pudo ofrecerle marinos resueltos que le acompañasen en su audaz empresa; así se abrió aquella era de gloria y de riquezas que parece más que una realidad histórica una ficción oriental, un sueño de la fantasía. Nuestra patria, personificada en sus navegantes, sus capitanes, sus misioneros y sus histo-

riadores de Indias, integró casi por completo el conocimiento del planeta, descubrió América, descubrió Oceanía y atestiguó por modo irrefutable la redondez de la Tierra cuando Juan Sebastián El Cano dió el primero la vuelta al mundo.

Dueños de un vasto imperio colonial en países remotos, el cultivo de la Geografía fué para los españoles como una necesidad cotidiana é imperiosa que permitió que subsistiesen los conocimientos geográficos en medio de nuestra decadencia del siglo XVII, hasta el extremo de que á comienzos de la siguiente centuria producía España la excelsa figura de D. Jorge Juan, á quien tanto debe la Geografía, y muy en especial la Geodesia.

Llegamos á los albores del siglo XIX figurando, sin duda alguna, á la cabeza de todas las naciones en lo que respecta á la enseñanza de la Geografía: entonces brillaba en nuestra patria el eximio geografo D. Isidoro de Antillón y Marzo (1), que proclamó hace cien años los métodos que hoy se preconizan como mejores para los estudios geográficos, y que algunos españoles poco enterados hacen aparecer como invención novísima del extranjero. Los métodos (topográfico, gráfico y comparativo) que hoy se practican en todo el mundo culto no sólo fueron defendidos y propagados por Antillón, sino que fueron por él practicados en su cátedra de Geografía del Seminario de Nobles. Pero en lo que descuella sobre todo Antillón es en el conocimiento clarividente de la finalidad de la Geografía; hablando de este punto el docto biógrafo de Antillón, D. Ricardo Beltrán y Rózpide, dice así:

«Estudiaba, escribía y enseñaba para contribuir á la felicidad pública; en la introducción de su primera obra (*Descripción del partido de Teruel*) nos dice que las naciones más ricas son las más laboriosas y las más libres, y para que lo pudieran ser las gentes de los partidos de Albarracín y Teruel les mostraba sus elementos naturales de riqueza, el

(1) Véase acerca de este personaje el magnífico discurso de D. Ricardo Beltrán y Rózpide y la contestación de D. Cesáreo Fernández Duro en la recepción del primero en la Real Academia de la Historia el 31 de Mayo de 1903.

»estado de atraso en que yacían, los medios de salir de él,
 »las causas del abandono de la educación y los procedimien-
 »tos mejores para atajarlas. Del suelo y del subsuelo, de la
 »agricultura y de los montes, de la pobreza é ignorancia de
 »los labradores, de las artes, del comercio, de los caminos,
 »de la instrucción pública, de todo trataba en sus corogra-
 »fías, porque se había propuesto ofrecer los conocimientos
 »de Economía civil que poseía á la mayor utilidad de su pa-
 »tria.»

He aquí los fines propios de la Geografía: *contribuir á la felicidad pública; ofrecer mayor utilidad á la patria.* Esto es más grande que el mezquino papel de auxiliar de la Historia que asignan á la Geografía nuestros gobernantes.

Concedía Antillón, como conceden hoy todos los que entienden de estas cosas, más importancia al hecho geográfico que al hecho histórico, y repetía: «No hay clase alguna de la sociedad que pueda dispensarse del estudio de la Geografía si quiere desempeñar sus funciones ó cumplir sus deberes con inteligencia». «Valiera más, exclama, ignorar la Historia que aprenderla sin los preliminares de la Geografía» (1).

Sigue el ilustre geógrafo el método topográfico, y lo explica en esta forma:

«Me supondré situado en Madrid, y desde este punto, como centro, tiraré radios más y más prolongados, que al fin abracen toda la circunferencia de nuestra península, cuya descripción debe ser de tanta más extensión cuanto sus intereses nos deben ser más caros que los de las otras sociedades políticas. Seguiré luego en razón de su proximidad á España recorriendo las demás naciones de Europa y sucesivamente las otras partes del mundo, aunque con más ó

(1) El eximio orador Sr. Canalejas estuvo oportunísimo en la sesión de 14 de Noviembre último, en el Congreso, pronunciando estas palabras que son un axioma para los versados en estudios sociales: **MÁS QUE LA HISTORIA ES LA GEOGRAFÍA LO QUE HAY QUE APRENDER.** En cambio el Sr. Sánchez Moguel, Presidente de las oposiciones á la cátedra de Geografía é Historia de Valencia, declaraba á los opositores que él no se fijaba *en eso de la Geografía.*

»menos brevedad, según exige la mayor ó menor importancia de nuestras relaciones civiles ó morales con ellas.»

En los *Principios de Geografía física y civil* publica Antillón una *Advertencia* acerca de la enseñanza de la Geografía por el método intuitivo y los medios gráficos que hoy se emplean en los países que van á la cabeza de estos estudios. Beltrán y Rózpide extracta la advertencia en la siguiente forma (1):

«Hay en ella muy atinados consejos al maestro, al profesor de Geografía, procurando inculcarle bien la necesidad de que *enseñe siempre con presencia del mapa*, á fin de conseguir que el discípulo de tal modo se familiarice con él, que aun cuando no lo vea, esté siempre presente á su imaginación; recomienda el *método intuitivo*, tal como se seguía en las escuelas Pestalozzianas, y advierte que se ha de usar en lo posible de experiencias sencillas y adaptadas á la edad de los muchachos, *sin razonamientos ni principios científicos*; mas persuadiéndoles de una verdad importante que en la vida habrá de excusarles muchos errores, á saber, que los sentidos se nos han dado para satisfacer nuestras necesidades y no nuestra curiosidad; para hacernos conocer las relaciones que los seres exteriores tienen con el nuestro, y no los seres en sí mismos; que deben servir al entendimiento y no dominarlo, y que nos engañan siempre que queremos alcanzar de ellos más de lo que nos deben suministrar por su destino.»

No sólo Antillón fijó con clarividencia admirable los métodos de enseñanza geográfica, sino que en muchos puntos de la ciencia que profesaba se anticipó cerca de un siglo á las soluciones que habían de dar los sabios de nuestros días. Así llama Grande Archipiélago de Asia á lo que todavía los programas de los Institutos españoles llaman Malasia, no obstante estar demostrado que geológica, filológica y etnológicamente esas tierras forman parte del Asia.

También nuestro geógrafo adivinó cuáles eran los verdaderos orígenes del Nilo, sosteniendo que el brazo principal era

(1). Página 35 del discurso citado.

el Bahr-el-Abiad y no el Bahr-el-Azrak, como secularmente se venía suponiendo. Á mediados del pasado siglo las exploraciones de Speke y Grant daban la razón al geógrafo español.

Fué también nuestro ilustre compatriota uno de los que se anticiparon á discutir el problema del primer meridiano, cuestión que trata D. Isidoro de Antillón en el Análisis que acompaña á la *Carta del Gran Océano*.

De uno de los libros de Antillón se hicieron tres ediciones, lo cual demuestra que el sabio geógrafo tenía admiradores y discípulos y que LOS CONOCIMIENTOS GEOGRÁFICOS ESTABAN EN ESPAÑA Á COMIENZOS DEL SIGLO XIX Á MAYOR ALTURA QUE Á PRINCIPIO DEL SIGLO XX.

R. ÁLVAREZ SEREIX.

LEOPOLDO PEDREIRA TAIBO.

(Continuará.)

EN SANTA ELENA

SONETO HISTÓRICO

Yace el coloso aquí. Bajo la piedra
cuadrangular y blanca un sauce llora (1).
Ni una lágrima más. La Europa ahora,
desde que falta aquél, respira y medra.

Él fué la encina que trocaba en hiedra
al Egipto y la Siria. Á un galo adora
el Faraón y su piedad implora.

Ni Austria, ni Rusia, ni la Albión le arredra.

Déspota en Austerlitz; juguete impío
el Vicario de Dios; fué despojando
á todos poderío venerando.

Ni en Waterlío sintió miedo ni frío.
Llega al islote, muérese el tirano,
Y entonces recordó que era gusano.

ENRIQUE PRÚGENT,

(1) El sepulcro de Napoleón en Santa Elena consiste efectivamente en una piedra cuadrangular y blanca sobre el suelo, y á un lado un inmenso árbol de saúco.

A UNA CRISANTEMA

Marchita ya desde que naces, mueres
en el tabor de femenil estancia,
y te cantan poetas sin substancia
y te adoran ridículas mujeres.

¡Oh, qué infeliz! ¡Más que insensata, eres
soñándote la flor de la elegancia!

¡Mísera flor, sin jugo ni fragancia,
que ser la reina de las flores quieres!

Cuando llegaste aquí, pobre extranjera,
con desprecio te vió Venus la hermosa
y se rió de ti la Primavera...

¿Cómo usurpar pretendes, ambiciosa,
con esa alborotada cabellera,
el regio trono á la elegante rosa?

E. FERNÁNDEZ GRANADOS.

México.

MÁS SOBRE EL CENTENARIO DEL QUIJOTE

Tiene mucha y hasta sobrada razón Mariano de Cavia. Lo ha dicho con admirable y satírico donaire en su hermoso artículo *Centenario del Quijote: la estatua y el pedestal de Cervantes*, que se levantan en la plaza de las Cortes de Madrid, más que monumento, parecen un *pisapapeles*...

Sí, es una estatua modesta, es una estatua pobre.

Zorrilla, por su parte, veía más tétrico el *pisapapeles*, y escribió:

«Si es pedestal ó túmulo se ignora...»

Todo hace suponer que en este homenaje que se tributó al *Gran Español*, en el año de 1835, presintieron sus autores que otro poeta, el General D. Leopoldo Cano, hubiera de escribir.

.....
.....
«Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito,
acusado del delito...
de tener mucho talento.»

Yo no pensaba decir nada. Mas la carta que Ferrari publicó en *El Imparcial* me anima.

Desde luego—dice—todo aquél que tenga una idea en el cerebro ó una pluma en la mano, sin pararse en su insignificancia, hable ó escriba acerca del proyecto.

No me *paro*, pues, en ella y escribo...

Sin excepción, porque el nombre de españoles que llevamos nos obliga á ello, debemos contribuir y ayudar, *como cosa propia, de casa*, á que se quite pronto ese *pisapapeles* de la plaza de las Cortes; pero... emplazando *antes* un monumento grandioso, soberbio, extraordinario, no en el mismo lugar, sino en el mejor de Madrid, y que á mi juicio, y á tales propósitos, no lo es la Puerta del Sol, por su grande limitación, ni lo es la plaza de Castelar ó de la Cibeles: el Salón del Prado, donde en el año de 1843 se proyectó levantar un «Monumento para perpetuar la memoria de las victorias conseguidas sobre el ejército francés, conducido por el Emperador Napoleón en la *Guerra de la Independencia*», sería uno de los lugares mejores de la población para el emplazamiento.

Claro es que ante esta reforma se trasladaría la fuente de Apolo ó de las Cuatro Estaciones, cuyos materiales resistirían mejor que los de la Cibeles los perjuicios del traslado.

No creo que el ingeniero D. José Hermosilla, ni el arquitecto maestro mayor que fué de la villa, D. Ventura Rodríguez, se enojaran por esta determinación; antes al contrario, verían completa y rematada solemnemente su gran obra; y seguro es que entonces funcionara el cable precioso, de que es único poseedor el ingenio erudito del ilustre Cavia, y recibiríamos alguna transmisión con el parecer de aquellos reformadores de Madrid, en un *Despacho del otro Mundo*...

Modesta, pobre y todo, la estatua que hoy vemos alzarse miedosa entre los grandes eucaliptus de la plaza de las Cortes, como atemorizada del edificio vecino, ya que algún día la amenazaron de muerte sus habitantes, ¡triste es decirlo! no se debe á la iniciativa de ningún español.

Corría el año de 1810, y el trono de la España le ocupaba el señor Rey D. Josef Napoleón Bonaparte, *el tuerto Pepe Botellas* por mal nombre, aunque, como dijo el gran Larra y han repetidos otros muchos escritores, *tenía dos ojos muy hermosos y no bebía vino*.

Aquel Monarca *intruso*, tan mal mirado por los españoles de ayer y de hoy, criticado siempre con mortificante ironía,

dió varios decretos encaminados á honrar y enaltecer á Miguel de Cervantes Saavedra.

En uno de ellos leemos estos dos artículos:

«Artículo 1.º Se erigirá á Miguel de Cervantes Saavedra un monumento en el sitio que ocupaba la casa en que murió.»

.....

«Art. 3.º El Cuerpo académico á cuyo cargo estuviere cuidar de los adelantamientos de la literatura y lengua española entenderá siempre en las ediciones de las obras de Cervantes, que *como propiedad del autor serán perpetuamente destinadas á conservar este y otros monumentos que se erigieren en su memoria.*»

Á toda España animaba el Rey para que contribuyera á honrar al *Genio inmortal*. Arrojado del trono español Josef I, nadie se volvió á acordar de sus proyectos durante ¡veinti-años!

Cervantes se quedaba sin monumento.

Cervantes estaba olvidado de su patria.

Gracias á un artículo escrito por el *Curioso Parlante* y á la generosa bondad del Sr. D. Manuel Fernández Valera, Comisario general de Cruzada, se llevó á término la idea justísima de Bonaparte, aunque variada; esta vez surgía la de levantar el *pisapapeles* actual.

Valera costeó la obra de los fondos del Indulto Cuadragesimal, no de los del Concejo, no de los del Gobierno, ni mucho menos—escribe Fernández de los Ríos—de los del Rey.

De estas demostraciones tan elocuentes que los hechos ofrecían sacó partido el autor de *Madrid en la mano* .. para hacer resaltar una singularidad: la de que Miguel de Cervantes obtuvo su rescate, en vida, de las limosnas de los Padres Mercenarios, y después de muerto, se manda levantar y se paga la estatua por otra Institución piadosa. Es un contraste que se aprecia pronto: de un lado, la iniciativa y el apoyo oficiales, y el apoyo y la iniciativa particulares, de otro.

Pero, por si esto no fuera ya interesante y curioso, hay más.

* * *

La primera vez que intervinieron en este asunto organismos oficiales, fué para echarlo á perder, ya que pusieron en grave riesgo la estatua.

¿Y quién intervenía? La Nación, por medio de sus representantes en Cortes: ¡tanta importancia consideraron que tenía el asunto! Era el día 17 de Octubre del año de 1849. La Comisión de las obras del Palacio del Congreso avisaba que estaban próximas á su conclusión las del pórtico y fachada principal, y deseando quedara delante de él una hermosa plaza, era de imperiosa necesidad desapareciera de allí la estatua de Cervantes y el jardinillo en que tenía su emplazamiento.

La estatua, conforme á los deseos del Alcalde señor Marqués de Santa Cruz, sería trasladada á la plaza del Angel.

Á 18.700 reales subirían los gastos de traslado y nuevo emplazamiento; pero el acuerdo del Concejo madrileño de 7 de Diciembre salvó la obra. Dice textualmente:

«En Ayuntamiento Constitucional: Se acordó suspender por ahora llevar á efecto la traslación mediante la penuria de los fondos municipales.»

¡Bendita sea siquiera por esta vez la penuria de Concejo de la Villa y Corte. Por aquella, vemos hoy al *modesto pisapapeles*, alzarse medroso entre los grandes eucaliptus de la plaza de las Cortes, como atemorizado acaso del edificio vecino, ya que algún día le amenazaron de muerte sus habitantes.

JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Madrid Diciembre de 1903.

LA ANARQUÍA Y EL SOCIALISMO

Las demostraciones en favor de la importancia del problema social que se basan en la significación de los errores de tal problema surgidos y de la historia de la filosofía anarquista, pueden buscarse por igual concepto en el examen de los errores congéneres. Háblase actualmente mucho de los radicalismos sociales que por distintos caminos han conducido á una revolución comunista sin programa fijo y destituida de todo fundamento económico; pero también debiera hablarse de la revolución propiamente anárquica, consecuencia de aquélla, y que no es ni más ni menos otra cosa que la última evolución del sistema socialista.

Procuraré desarrollar en este último sentido mi plan. El presente artículo no es más que la deducción de un solo pensamiento. El lector debe tener muy en cuenta que no es dable separar un momento la historia del anarquismo de la del socialismo, y conviene que tampoco olvide que los sucesivos descalabros del sistema socialista obligaron á esa profusión de sectas anárquicas, lo que es su propia decadencia. Un pensador anarquista no se diferencia hoy en el fondo de uno de los combatientes que en la última fila de la sociedad, como en fondo oscuro, forman los batallones rencorosos de los demócratas socialistas. Los mismos cargos que rechace de palabra admitirlos en la realidad. Por más que defienda, que jure por sus grandes dioses, que su ideal no tiene puntos de contacto con el socialismo, con los sueños de reforma económica de esta concepción, socialismo es lo que se arrastra y serpentea á través de los eriales anárquicos. Aunque se trate con el mayor tino de esconderlo, enseña de cuando en cuando sobre las protestas y las dobles palabras su asqueroso hocico de reptil; hállasele mirando á todas partes con sus ojos lucien-

tes y movibles; se le escucha silbar entre las piedras, retorcerse en la arena, hacer la rosca, poniendo entonces de manifiesto todas sus asechanzas.

Cuanto más despacio se examinan los hechos, más nos convencemos de que hay que considerar á los anarquistas en la práctica como una extrema izquierda del socialismo. Este sistema va empezando á pertenecer á la historia; pero el movimiento que ha producido en el mundo no se ha calmado aún; de ese movimiento viven todavía los libertarios, los ácratas, los anarquistas. Si, por de pronto, nos fijamos en la opinión general de los socialistas sobre la familia, hallaremos que no discrepa en nada de los más radicales pareceres de la grey anárquica, pues predicán sin distingos ni reservas el *amor libre* en la más cruda acepción de la palabra. Oigamos, en prueba de ello, á Bebel, uno de los corifeos del marxismo en Europa. Hablando de la misión y situación de la mujer en las futuras sociedades, dice textualmente (1): «En la elección de sus novios disfrutará de tanta libertad como el hombre; amará ó dejará de amar, y celebrará el contrato sin atender más que al impulso de su inclinación. Este contrato será, como en los tiempos primitivos, un contrato privado (*¡Mentira, retrógrado, mal sociólogo!*), sin intervención de ningún funcionario... El hombre ha de estar en condiciones de disponer de su instinto más pujante con la misma libertad que de cualquiera otro. La satisfacción del instinto sexual es asunto personal, ni más ni menos que la de cualquier otro instinto natural; nadie tiene derecho á pedir cuenta de ella; ningún extraño puede ni debe ingerirse en ese acto privado. La prudencia, la ilustración, la independencia de los individuos harán más fácil una buena elección. No bien se originen falta de armonía, desengaño, aversión, la ley moral manda rescindir una unión contraria á la naturaleza y, por tanto, á la decencia». De un modo semejante, el matrimonio tiene para los partidarios del programa de Erfurt, según se desprende del comentario hecho por el más fiel discípulo de Marx, después de Liebknecht, y director del periódico oficial del partido *Die neue zeit*, á lo

(1) *La mujer*, 192.

más el valor de una sustitución de los otros goces que satisfacen el libertinaje, los cuales faltan ordinariamente al individuo aislado; pero tomando siempre en cuenta, como advierte, que «en la sociedad socializada la mujer estará emancipada á la vez de la esclavitud del hogar doméstico (*von der Nuechtschaft des Hauses*) y de la esclavitud del capital». *Ni trono ni trona, ni patrimoni ni matrimoni*, dicen los socialistas catalanes (1).

Por la última insinuación se ve que la verdadera causa por la que el socialismo destruye el matrimonio no es su entusiasmo por la liberación de la mujer, sino el hecho de que esa institución, con su coeficiente económico, es el origen y fundamento de la propiedad privada. El socialismo, que hace del dinero el centro de la sociedad, nos lleva así á la teología anárquica y aun la ha adelantado en algunos puntos de vista. Su aparición ha sido saludada en términos líricos por Heine (2) como el triunfo de nuestra época sobre los siglos de fe sobrenatural. «En la Edad Media creía el pueblo que allí donde se había de construir un edificio debía inmolarse alguna criatura viva y enrojecer con su sangre la piedra fundamental, precaución tomada para que el edificio fuese indestructible. ¿Era la antigua superstición pagana que creía comprar el favor de los dioses con esos sangrientos sacrificios, ó era una falsa interpretación de la doctrina cristiana de la redención lo que dió origen á esa creencia en el poder maravilloso de la sangre con la santificación de la sangre? El caso es que reinaba en todos los países una creencia sanguinaria; y en las tradiciones populares leemos algunas historias espan-

(1) «El partido obrero socialista no ha cesado de afirmar muy alto que es un partido revolucionario... Los clarividentes del mismo no han creído jamás en la posibilidad de una revolución pacífica», decía el *Social Demokrat* (órgano de Bebel), de 20 de Febrero de 1881. «Nosotros somos revolucionarios», declaró el mismo Liebknecht á un periodista francés en Mayo de 1890. He aquí la supuesta moderación de los socialistas, esos primeros anarquistas modernos que tienen necesidad de «la lucha revolucionaria» para alcanzar la paz universal, atacados de un egoísmo idealista y paradójico.

(2) *De l'Allemagne*, V, 7.

tosas de niños y de animales cuya sangre inundó grandes construcciones. Hoy la humanidad tiene mejor sentido.

.....
 No hay más que metal hecho moneda con hostias de oro y de plata á las que el vulgo atribuye una virtud milagrosa. El dinero es el principio y el fin de todas las obras de los hombres modernos, y cuando quieren edificar un gran monumento tienen mucho cuidado de depositar sobre la primera piedra algunas monedas de plata de todas clases encerradas en una caja. Así como en la Edad Media se cimentaban en la virtud de la sangre todos los edificios, lo mismo los de piedra que los del espíritu, la Iglesia y el Estado, así hoy nuestras constituciones é instituciones no tienen otro fundamento que el dinero y sólo el dinero.

.....
 Con vivo dolor lamento que esta esperanza de Heine esté lo menos posible en camino de ser un hecho. Los que como él alcanzaron una época de elevación, han tenido el honor de vivir en la atmósfera del ideal; pero esta nueva generación quiere gozar y hacerse valer en el mundo llamado no sé por qué visible (1) y se ha convertido en una raza inmunda que cifra toda su gloria y bienaventuranza en el vientre, según advirtió ya el poeta alemán Kinkel:

*Wir Alten haben uns mehr als recht
 Mit Idealem herrumgeschlagen;
 Dafür reitet diess junge Geschlecht
 Doch auch gar in sehr auf dem Magen.*

Y pregunto: esta preocupación exclusiva por la realidad puramente sensible, por la preeminencia de la cuestión económica, ¿no es acaso otro de los terrenos comunes en que los socialistas y anarquistas acaban por convenir y darse la mano? ¿No es otro de los *points d'arrêt* para la anarquía y el socialismo?

Tendríamos con lo apuntado pruebas abundantes de la comunidad de origen y de la identidad de fin de ambos siste-

(1) El mismo Heine lo reconoce en una carta á Varnhagen de Ense respecto á Lassalle.

mas; pero aún puede suministrarse á estas pruebas un nuevo argumento favorable examinando la identificación que el socialista como el anarquista hace de los principios morales de las instituciones domésticas con los de las instituciones económicas. Más ó menos plenamente, la doctrina de los colectivistas, comunistas, ácratas y libertarios ignora ó hace caso omiso de la fundamental distinción que existe entre la ética de la vida familiar y la de la vida extrafamiliar. Totalmente bajo algunas formas y parcialmente bajo otras, la anarquía, de igual modo que el socialismo, propone extender el régimen de la familia á toda la comunidad (1). Es lo que Platón enseñó el primero en la *República* (2) y aun entre nuestros contemporáneos, Bellamy, por ejemplo, acaba por volver á misma concepción.

Por lo tocante al Estado, su negación, al menos como poder de vida indefinida, es otro de los puntos comunes á la anarquía y al socialismo. No ignoro que ha existido un socialismo llamado de Estado; pero en la historia del socialismo en general puede decirse que su dominio ha durado el espacio de una mañana. Actualmente, cuando se habla de colectivis-

(1) *More or less fully, the doctrine, of collectivists, socialists and communists, ignores the distinction between the ethics of family life and the ethics of life outside the family. Entirely under some forms and in chief measure under others it proposes to extend the regime of the family to the whole community.* (Spencer, *The principles of sociology*, III, 571.)

(2) Aristóteles, en su *Política*, refutó ya con energía ese error de Platón y otros filósofos que confundían la familia con el Estado. En el origen, les contestaba Aristóteles, el Estado salió, sin duda, de la familia; pero, sin embargo, estas dos clases de sociedades no guardan entre sí analogía alguna. La familia está basada en la desigualdad y en la obediencia; es una asociación entre personas desiguales, unas libres y otras en tutela. El Estado, por el contrario, es una asociación de hombres iguales y libres. La autoridad misma del magistrado no es más que la autoridad de un igual sobre sus iguales; es limitada, no es perpetua; cada uno obedece y manda alternativamente; cada cual es soberano y súbdito al mismo tiempo. El Gobierno es un precepto, no una tutela. Confundir al Estado con la familia es apoyar teorías que conducen al despotismo. Platón se engañaba cuando comparaba el padre con el pastor y el rey. Todas estas relaciones son irreales y sólo existen en apariencia.

mo, de régimen socialista ó de principios socialistas verdaderos, no se piensa ya en un socialismo gubernamental, en un comunismo autoritario, que sería la sustitución de un Papado universal por un Estado centralizador (1). ¿Por qué ese cambio en la opinión sino porque el socialismo se ha hecho anarquista ó al menos se ha aproximado al anarquismo? ¿Y á qué obedece esta aproximación sino á que uno necesita de otro? No importa que en los periódicos de poco más ó menos veáis á socialistas ó anarquistas prodigarse entre sí los epítetos de retrógrados ó canallas, como los negros cuando riñen se llaman mutuamente negros. Esas peleas y disputas no bastan para destruir la espantable relación que entre sus ideas existe.

Como la mano pertenece al brazo, el anarquismo pertenece al socialismo. Es el compás de cinco puntas, el arma de treinta y cuatro movimientos que hará al ideal socialista adaptable á la realidad social por el terror y el crimen. Los socialistas, con sus doctrinas teóricas, no serían nada, no se impondrían en una sociedad liberal, sin esos hombres impropios para la vida de asociación, sin esas individualidades resistentes y siempre dispuestas á atacar á sus semejantes por la fuerza, por la fuerza bruta, la mano de hierro que caracteriza los siglos de tiranía.

Es menester, pues, y nunca se insistirá bastante sobre este punto, ver en los socialistas y en los anarquistas la misma casta de hombres obcecados. Unos y otros, como la mayor parte de los jóvenes que carecen de medios de fortuna, de

(1) Es notable la condenación de esa clase de socialismo en boca de Malato (*Revolución cristiana y revolución social*, 75): «El socialismo gubernamental, á pesar de la evolución de las costumbres y de las ideas, á pesar de las maravillas de la ciencia y de las máquinas modernas, reduciría á las masas á la pasividad de las ruedas en una gran máquina movida por varios obreros; esto equivaldría á la anquilosis de la iniciativa y de la actividad humanas en medio de las tinieblas de una nueva Edad Media. ¿Qué pensarán del comunismo autoritario los mártires del convento, del cuartel ó del presidio? El comunismo autoritario, mezcla vergonzosa de la democracia y del feudalismo, es, en su más benigna acepción, el rebaño rumiante que el pastor encamina por el prado».

energía y de buena suerte, sienten por la sociedad instintiva repulsión. Unos y otros vomitan injurias contra ella, como perros que ladran á la luna. Unos y otros se congregan en asociaciones que son un peligro público, una grande y constante amenaza para todos los derechos, como esas casas que la autoridad tolera y la moral condena, y detrás de cuyas celosías se esconde el placer ilícito y vergonzoso. Lebon (1) ha razonado recientemente y muy bien este punto en los siguientes términos: «Se forma una idea muy exacta de los conceptos anarquistas recorriendo los interesantes extractos de 170 autobiografías de socialistas militantes, publicados por un escritor de su secta, Hamon. Entre ellos se encuentran hombres que profesan doctrinas muy diversas; porque el anarquismo no es en realidad más que una exageración del individualismo, puesto que aspira á suprimir todo gobierno y dejar al individuo abandonado á sí mismo, mientras que el colectivismo implica una estricta sumisión del individuo al Estado. Pero en la práctica estas diferencias, por otra parte, apenas vislumbradas por los apóstoles, desaparecen completamente. Los sectarios de los variados aspectos del socialismo hacen alarde del mismo odio contra la sociedad, el capital, la burguesía, y proponen medios análogos para suprimirlos. Los más pacíficos quieren sencillamente despojar de sus riquezas á los que las poseen; los más belicosos se obstinan en que esta expoliación vaya seguida de un exterminio de los vencidos».

No considerando las cosas más que desde el punto de vista histórico, el socialismo se nos muestra avergonzado por el anarquismo, como un rayo de luna sorprendido por el amanecer. La anarquía ha hecho pasar á los revolucionarios bruscamente, del socialismo de Estado á una democracia comunista federal. Ha destruído el individualismo. ¿Qué ideal le resta? ¿El ideal colectivista? Tampoco. Con el ideal individualista ha destruído también el ideal del colectivismo. De aquí en adelante en Europa ya no sirve el recurso centralizador, los mismos sindicatos se miran como recursos provisionales. Antes

(1) *Psychologie du socialisme*, II, 3, 2.

de las doctrinas anarquistas el porvenir pertenecía á la asociación contractual, ahora está en la agregación necesaria.

Si un hecho particular pudiera servir de confirmación á proposiciones generales (y puede servir cuando hechos numerosos, aunque sean de otro género, lo confirmen), acabaría de hacer válida mi tesis, recordando el segundo certamen socialista celebrado el día 11 de Noviembre de 1889 en el gran salón de Bellas Artes de Barcelona, para conmemorar los mártires de Chicago, como llama el anarquismo á los anarquistas condenados á muerte en dicha población, á saber: Augusto Spies, Miguel Schwab, Oscar Neebe, Adolfo Fischer, Luis Lnigg, Jorge Engel, Samuei Fielden y Alberto Parsons. No es nueva en la historia contemporánea esa apasionada actitud en favor de la grey anarquista. Lo nuevo, lo inverosímil, lo increíble, si no lo leyésemos en letras de molde, es que ese certamen que como el de Reus se intituló socialista, no hiciese la menor demostración directa sobre el socialismo y sí sólo sobre la anarquía. Así se deduce de la lista de trabajos premiados: I. La Anarquía.—II. La teoría revolucionaria.—III. Las pasiones humanas.—IV. El amor libre.—V. La nueva utopía.—VI. El siglo de oro.—VII. Capacidad revolucionaria del proletariado.—VIII. Revisión de un juicio futuro.—IX. La maquinaria en el porvenir.—X. Origen de la riqueza.—XI. Himno revolucionario anarquista.—XII. El colectivismo y sus bases.—XIII. ¡Á organizarnos!

Así, pues, los dos monstruos, socialismo y anarquismo, se han unido, y de sus impuros abrazos han nacido todos los azotes llamados á atormentar nuestras pobres sociedades. No son ya hoy los socialistas, sino los anarquistas, los que hablan alto, y el mismo «partido obrero» no puede, á estas fechas, dispensarse de sonrosar un poco sus pálidas mejillas con el colorete anárquico. En gracia de la brevedad pasaremos en silencio otras muchas razones que nos convencerían de la evidencia de nuestra tesis. En todos los órdenes se ve que el movimiento socialista es el principio y fundamento de la anarquía reciente. El Padre Vicent (1) dice á este propósito: «Serán

(1) *Socialismo y anarquismo*, 249.

los unos socialistas para poder mejor ejercer su propaganda; pero en el fondo pretenderán lo mismo que los anarquistas, y en el día del combate formarán un mismo haz combatiendo bajo la bandera de la destrucción. En Alemania un diputado socialista del Parlamento, Most, pronunció ante una gran asamblea de anarquistas estas palabras, que resumen toda la doctrina de Bakounine: «Nosotros no queremos la paz, sino el *odio* hasta que estalle en llamas resplandecientes». Y uno de los jefes del socialismo hizo ante el Parlamento la apología de la *Commune* de París. En España, por más que el compañero Pablo Iglesias asegurase en la Memoria que leyó en el Congreso socialista de París de 1889 que aquí no había más que socialistas agrupados en el terreno científico y que los bakounistas habían ya terminado, bien pronto las huelgas, tumultos é incendios en Valencia, Zaragoza y Bilbao desmintieron la afirmación del compañero Iglesias. Tiene razón en afirmar el ilustre Winterer que en España, por el carácter ardiente de sus hijos y su temperamento fogoso, no hay que hacer gran caso de la distinción entre socialistas y anarquistas: el carácter español, fiero é independiente, no se presta á la disciplina del socialismo colectivista. Un español será hoy socialista y mañana anarquista; en efecto, en Valencia, en Zaragoza y en otras partes existen grupos bastante considerables de socialistas y anarquistas. Pues bien, en el día del tumulto, de la huelga, del combate, se les ve á todos unidos.»

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

LA CUESTIÓN RUSO-JAPONESA

El carácter de nuestro siglo y la situación especial de las naciones, siempre preparadas para la guerra, que puede surgir de un momento á otro, trayendo muchas veces como consecuencia necesaria la conflagación europea, es causa de que los más pequeños movimientos de las naciones, las cuestiones más insignificantes, hagan temblar á Europa entera, temiendo ver aparecer en cada una de ellas el pavoroso problema de la guerra universal, cuyo resultado tanto le preocupa.

Este temor, esta actitud expectante que se manifestaba hace poco ante la cuestión de Oriente, resucitada una vez más por la insurrección macedónica, alentada por el valiente Saratoff, acaba de reproducirse ahora por la noticia, dada por los periódicos, del *ultimátum* dirigido por el Japón á Rusia con motivo de sus aspiraciones sobre algunos territorios chinos, traduciéndose estas impresiones en el rapido cambio de notas entre los diplomáticos y en los artículos de los periódicos de Europa, principalmente de Francia é Inglaterra.

Y es que aun cuando la cuestión no está á las puertas mismas de Europa, sino en el extremo más oriental de Asia, y las potencias que en ella han de tomar parte parece podían moverse con completa independencia de los asuntos europeos, están éstos tan íntimamente enlazados, tienen tal carácter y es tal el desenvolvimiento y complicaciones de la política, que pueden aparecer intereses ocultos, como efectivamente los hay, que, trabajando en determinado sentido, pudieran arrastrar tras de sí los de otras naciones, poniendo sobre el tapete el pavoroso problema tantas veces temido.

Por eso, pues, más que por la cuestión en sí y por relacionarse íntimamente con el porvenir é influencia de Asia, tiene Europa en estos momentos fija su mirada en el extremo

oriental de Asia, cuya situación vamos á bosquejar para poder comprender el verdadero estado de cada uno de los factores que en el mencionado conflicto pueden intervenir.

En primer lugar nos encontramos con China, cuyo papel es importante por ser la base de operaciones, el campo sobre el cual habrán de desarrollarse probablemente los sucesos y la causa del conflicto existente.

Situada en los confines de Asia, rodeada durante mucho tiempo del misterio y con un espíritu refractario á la comunicación, quiere continuar en su vida de aislamiento á pesar de los esfuerzos hechos por las naciones para sacarla de su estacionamiento y ponerla en relación con el resto del mundo.

La política de los emperadores, la influencia y tendencias de los mandarines y el exagerado amor á los usos y costumbres de sus antepasados, arraigados fuertemente en el pueblo chino, unido á las numerosas sociedades secretas que persiguen estos fines y algunas de las cuales, como las de los Né-nuphar Blan, Triada y las Tai-Ping, tan importante papel han desempeñado en las revoluciones y conflictos chinos, han hecho casi estériles los esfuerzos realizados por Europa para conseguir sus fines.

Desde el heroico San Francisco Javier y los esfuerzos de los misioneros que en el siglo XVII habían conseguido del emperador Kang-Hi la concesión de tierras para establecerse en Pekín, en la parte denominada Petang, hasta los tiempos actuales, poco es lo que se ha conseguido en cuanto á ventajas internacionales, como no sea algunos trabajos particulares debidos á estos intrépidos misioneros y el conseguir por medio de las armas que se abran algunos de sus puertos al comercio con el resto del mundo.

Esto es todo lo alcanzado en cuestiones generales por la influencia rusa, por las guerras con franceses é ingleses, los tratados de Nankín y de Pekín y las consecuencias de la última intervención motivada por los boxers para hacer respetar algo más la vida de los europeos.

Esta tendencia reconcentradora no puede menos de preocupar á Europa, que ve en China un verdadero problema para el porvenir, pues el día en que ese pueblo de 300 millo-

nes de hombres, según los últimos cálculos, es decir, casi el doble de Europa, deje sus antiguas costumbres y pida un puesto en la moderna vida de los pueblos, tomando para realizar sus aspiraciones los últimos adelantos, como lo ha hecho el Japón, la situación de nuestro continente podía ser bastante crítica, sobre todo si inauguraba una serie de invasiones reproduciendo las de los mogoles.

Enfrente de este pueblo, tan temible para el porvenir si llega á salir del atraso en que se encuentra, está Rusia, imperio poderoso, potencia tanto asiática como europea y cuyos dominios son extensísimos tanto en una como en otra parte, sujetando con sus robustos brazos los dos continentes, tomando parte activa en la política europea y adquiriendo al mismo tiempo nuevos territorios en la parte Norte de Asia.

Ese pueblo de historia tan rápida que, apenas formado, viene á ejercer marcado influjo en las decisiones del mundo político, pidiendo por su propio poder un puesto principal en las complicaciones europeas; ese pueblo, que ha pasado sin transición de la debilidad de la infancia á toda la fuerza de la madurez, según expresion de un autor contemporáneo, tiene fines que llenar, y fines que son muy vastos, porque también son vastos sus dominios, y por tanto, tiene una gran variedad de cuestiones que resolver, las cuales va poco á poco tratando de arreglar. Y, entre estas cuestiones, entre estos intereses, no son los menores los que se relacionan con Asia, y principalmente con su parte oriental.

Poseedor de inmensos territorios en dicho continente, siguiendo su marcha, cada vez más victoriosa, hacia el Este y el Sur, en constante relación con nuevos pueblos cada día y dueño de un importante camino del comercio á través de Siberia, necesita llegar al mar del Japón para poder vigorizar y dar mayor impulso á este comercio, y si sus armas vencedoras consiguen asegurar el tráfico por este camino, luchando con los turcomanos y demás tribus dedicadas al pillaje; si el movimiento mercantil funda y da vida á ciudades como Tobalsk, Irkust y Tomsk, comenzando á poblar algo de aquellas heladas regiones, necesita ahora puertos que, siendo seguro punto de apoyo y verdaderos centros comerciales, sirvan para

exportar los productos de su industria y las riquezas que extrae del Altai y del Ural, que activamente explota.

Y esta idea no es de ahora. El pensamiento no es de hoy. Casi al mismo tiempo que el imperio ruso se hacía fuerte, comenzaban á germinar estos proyectos y comenzaba á diseñarse la extensión que había de abarcar más adelante la preponderancia moscovita.

Pedro el Grande, aquel emperador que, sacando á su pueblo del atraso en que se encontraba, le dió el poderoso impulso que había de llevarle á ocupar el puesto que hoy tiene, transformándole, educándole á la europea y dotándole de los elementos que había encontrado en las principales ciudades por él visitadas, comprendió que si Rusia debía de pertenecer á nuestro continente, fundando en él su capital, San Petersburgo, sobre el Neva, para poder sujetar á sus enemigos los suecos y comunicarse fácilmente con las naciones del centro, tampoco debía olvidar el importante papel que estaba llamada á desempeñar en Asia, dando en esta gran obra los primeros pasos, creando en la frontera de Siberia el centro comercial de Kiakhtha, á la entrada de Mongolia, procurando abrirse una nueva vía por donde llevar sus productos hacia la India, completando estas medidas con el tratado de Kerbéchi, celebrado con China.

Después, este pensamiento ha sido continuado con firmeza y constancia por sus sucesores, agrandando y realizando cada vez en mayor escala el proyecto de Pedro el Grande.

Es preciso que se levanten castillos para defensa del país contra excursiones de tribus aventureras, y Catalina II primero, y más tarde el Czar Nicolás, entre otros, se encargan de construir líneas de fuertes que pongan sus posesiones á cubierto de pueblos belicosos. El tráfico sufre trastornos por resultar peligroso en algunos puntos, como entre Tomsk é Irkutsk, á causa de los frecuentes asaltos y correrías de los kirghiz, y los soldados rusos marchan contra estas tribus. El general Pérovski tiene que retirarse ante el brusco descenso del termómetro; pero nuevas expediciones le reemplazan, y el Khan de Khiva tiene que ceder ante la pujanza y decisión de los rusos.

Y la política moscovita, apoyada por las armas, sigue avanzando, llegando en 1847 á explorar las costas de Okhotsk, determinar la embocadura del Amur y fundar á Nicolaievsk, mandando á China al Conde de Murwief, que obtiene la ribera izquierda del Amur por el tratado de Aigún.

Desde este momento, la influencia rusa se deja sentir cada vez con más fuerza, dejando ver claramente sus propósitos; así, en 1860, el General Ignatief obtiene, por el tratado de Pekín, el territorio entre el Ossuri y el mar, fundando, frente al Japón, cerca de Corea y Mandchuria, á Vladivostok, completando estas adquisiciones con la posesión de la isla de Saghalién, cedida por los japoneses en 1875 á cambio de las Kurules.

El Turquestán chino y el valle de Sli son también objeto de la política rusa, que no perderá medio de asegurar su preponderancia en China y buscar nuevas rutas para llegar hasta el corazón mismo del Celeste Imperio.

La guerra chino-japonesa de 1895 le presenta excelente motivo para actuar como de protector de los *hijos del sol*, consiguiendo excitar su confianza y que poco después se refugie el mismo Emperador en su legación de Séoul para libertarse de los manejos japoneses, obteniendo en cambio de todos estos servicios la ocupación de Port-Arthur y de Siao-Tung, apartando al mismo tiempo el peligro de Inglaterra por las negociaciones entabladas con su embajador, Sir Scott, por las que esta nación se comprometía á no solicitar concesión alguna al Norte de la gran muralla, quedando así libre de todo estorbo y bajo su influjo inmediato toda la parte Norte, sobre todo de las regiones de Mongolia y Mandchuria, sin más contrapeso que la acción próxima del Japón, que ha venido á ser su rival en aquel punto de Asia.

Si del pueblo ruso ha dicho Mr. Créhange que ha salido de la sombra para aparecer en pleno día de la política europea, con más razón podemos decirlo del Japón, que en poco más de medio siglo ha recorrido el camino que otros pueblos recorren en varias centurias. Aquel pueblo que, á principios del siglo pasado, aún martirizaba á los misioneros que iban á evangelizarle, se encuentra completamente transformado des-

pués de la revolución de 1868, merced á la actividad de sus Emperadores. De la misma raza que los chinos, y convencido de su poder, aspira á dominar en Asia con sus disciplinados ejércitos y sus ya poderosas escuadras. Pero, detenido en el entusiasmo de sus triunfos de 1895 por la diplomacia y obligado á abandonar parte de sus ventajas, recelando de Rusia, que le amenaza, quiere lanzar á este temible rival de sus proximidades para dominar por completo en China.

Aunque nuevo en las intrigas de la política, sabe perfectamente las dificultades con que ha de tropezar para conseguir sus propósitos; pero cuenta con su propio esfuerzo, recordando el brillante papel que desempeña después de la última campaña, y comprende que sin alejar á Rusia no podrá desarrollar sus vastos planes, recordando que todos sus pasados triunfos han quedado reducidos, por la ingerecia extraña, á la posesión de Formosa y las islas de los Pescadores.

Además, el imperio del Sol Naciente se encuentra orgulloso de sus victorias. Los rusos han recorrido triunfantes las heladas llanuras del Asia, mas el Japón presenta sus banderas cubiertas con los nombres de Ping-Sang, Port-Arthur y Wei-hai-wei, que muestran el esfuerzo de que es capaz. Rusia es poderosa, pero está muy lejos, y aun cuando tenga á las puertas mismas de China puntos que le sirvan de base de operaciones y los ferrocarriles trazados sobre el Asia acortarán las distancias, el Japón, aunque mucho más pequeño y menos poderoso, está más próximo y en poco tiempo puede inundar con sus tropas las posiciones que más le convengan, y contra la influencia rusa que campea en la corte china empleará medios para halagar y atraer al Celeste Imperio, procurando unirse con él, lo cual parece ha conseguido, según las noticias que acaban de circular.

Pero aunque el Japón y Rusia, además de China, sean los factores que aparecen en primera línea en el conflicto que nos ocupa, bien pudieran enredarse, según el giro que tomase el asunto, otras naciones europeas y hasta americanas, pues en el estado actual de la cuestión puede decirse con Mr. Bendoise que todos los problemas políticos se presentan no como cuestiones europeas, sino como cuestiones universales.

Inglaterra, celosa de su imperio colonial de la India, no puede ver con complacencia el crecimiento de un rival, mucho más cuando este rival es Rusia, con la cual tendrá que sostener guerras más pronto ó más tarde para conservar sus intereses del Sur, puesto que los rusos, estando en pleno movimiento de expansión, como se ha dicho recientemente, no cesan de buscar salidas para su comercio y una de éstas es la India siguiendo el trazado indicado por Pedro el Grande. Ya dominan en toda la extensa región de Siberia, el Turquestán cayó en su poder y Persia está sometida á su influjo de tal modo que, como ha dicho Mr. Darmesteter, después del tratado Tourkmantehai el embajador del Czar en Therán juega el mismo papel que un residente inglés en los dominios de un rajah de la India, quedando como barrera donde reñir la batalla el Afganistán, donde los ingleses trabajan por sostenerse.

Además, Inglaterra ambiciona también intervenir en China, donde ha llevado á cabo varias veces trabajos en este sentido, pues es buen mercado para sus productos, entre ellos el opio, por cuya causa sostuvo una lucha que dió por resultado el tratado de Nankín de 1842, y al perder terreno y hacer concesiones como la hecha á Rusia en 1892, tiene que ver con buenos ojos á toda nación que venga á contrarrestar su acción y mucho más si este Estado es el Japón, con el cual no sólo lleva estrecha amistad, sino que se habló hace poco de un proyecto de alianza precisamente para poder dar la batalla contra Rusia.

Francia, prescindiendo de los intereses que tiene en China, de sus posesiones inmediatas y de la parte principal que desempeña en todas las cuestiones del extremo oriental de Asia, está unida á Rusia por estrecha alianza, no sólo defensiva, sino también ofensiva, y cuya alianza no querrá abandonar por hacerle mucha falta para las cuestiones que puedan surgir en Europa, sería arrastrada á la lucha.

Y ahora, aun cuando en término más remoto, añadiremos que Alemania se ha creado también intereses en China, donde desde 1897 tiene el derecho de explotar las minas de Chan-Toung además del puerto de Kiao-Theen que obtuvo á consecuencia de su reclamación por la muerte de dos misio-

neros católicos alemanes, y que no perdona medio de intervenir en todas las cuestiones que en aquella parte se suscitan, como lo ha demostrado contribuyendo á contrapesar las victorias del Japón en unión con las demás potencias, y luego por la parte que tomó en la intervención motivada por la insurrección boxer, de la cual obtuvo nuevas ventajas.

Por último, los Estados Unidos, ávidos de mezclarse en todas las cuestiones con los europeos considerándose como potencia naval, después de sus victorias sobre España, á la que han venido á sustituir en el dominio de las islas Filipinas, cerca de la lucha y con simpatías hacia los ingleses y japoneses, pudieran, tal vez, complicar la cuestión si vieran facilidades de obtener territorios que favoreciesen sus aspiraciones.

Tal es, pues, la situación actual de Asia y de las principales potencias interesadas en la cuestión pendiente. Con sólo enunciarla se comprende las complicaciones que pueden surgir, así como también la importancia que tendría la lucha si estallase, no sólo por las potencias que como Rusia, Japón y aun China intervendrían en la guerra, sino hasta por las consecuencias que pudiera traer para el desarrollo de la política europea en Asia.

ERNESTO AMADOR,

Doctor en Filosofía y Letras.

PÁGINAS DE TRISTEZA Y DE AMOR

(DIARIO ÍNTIMO)

En las tardes de lluvia gusto de leer á los poetas que con decires suaves y meláncolicos adormecen el alma. Es ésta una excursión por los campos del sueño, que purga al espíritu de todas las miserias de la vida. D. Jorge Manrique y Fray Luis de León son los predilectos y á veces aquél incomparable San Juan de la Cruz:

Pastores los que fuesdes
allá por las mañanas al otero, etc.

Otras me refugio en los poetas extranjeros. Esto será anti-patriótico para los filisteos, pero es irremediable para los artistas. Antes de sumergirme en los épicos—bambolla, estruendo, ronquidos—prefiero aprender de corrido toda la *Instituta*. Los poetas jóvenes son vacuos, monórzimos, ególatras. No saben hablar mas que de sus intimidades insustanciales, horteriles, y fuera de Jiménez y de los Machados, no encuentro nada que valga la pena.

Hoy he abierto el tomo de poesías del maravilloso Conde de Vigny por la página 226, donde hay una composición titulada *La flauta* que comienza así:

Un jour, je vis s'asseoir au pied de ce grand arbre
un pauvre qui posa sur ce vieux bane de marbre
son sac et son chapeau, s'empessa d'achever
un morceau de pain noir, puis se mit à rêver.

Il paraissait chercher dans les longues allées
quelqu'un jour écouter ses chansons désolées;
il suivait à regret la trace des passants
rares et qui, pressés, s'en allaient en tous sens.

Avec eux s'enfuyait l'aumône disparue,
 prix douteux d'un lit dur et quelque étroite rue
 et d'un amer souper dans un logis malsain.

Cependant il tirait lentement de son sein,
 Comme se préparait au martyre un apôtre,
 les trois parts d'une flûte et liait l'une á l'autre,
 essayait l'embouchuse á son menton tremblant,
 faisait mouvoir la clef, l'épurait en soufflan,

Sur ses genoux ployés frottait le bois d'ébène,
 puis jouait. — Mais son front en vain gonfrait sa veine,
 personne autour de lui pour entendre et juger
 l'humble acteur d'un public ingrat et passager.

J'approchain une main du vieux chapeau d'artiste,
 sans attendre un regard de son œil doux et triste
 en ce temps de révolte et d'orgueil si rempli;
 mais, quoique pauvre, il fut modeste et très joli.

Y aquel pobre repsoda á quien el poeta interroga:

...joua, pour quitter ses airs anciens et tristes,
 ce *Salve Regina* que chantent les Trappistes.

* * *

Acabo de terminar la obra sobre *El socialismo y el movimiento social en el siglo XIX*, de Wernes Sombart, profesor de la Universidad de Breslau. Ahora me intereso grandemente por estas cuestiones sociales, pero he notado que todos dicen lo mismo. En realidad el único que ha formulado con frase congelada y precisa el origen del problema social fué Carlos Marx cuando dijo: «La historia de la sociedad hasta nuestros días no es más que la historia de la lucha de clases.» Lo que me agrada de estos estudios es que de vez en vez suele uno tropezarse con los poetas turbulentos que aguijoneados por la aspiración hacia un estado mejor, forjaron libros de utopía y de ensueño: *El Voyage dans l'Île des plaisirs*, de Fenelon, y el *Rêve de paix perpetuelle*, del abate de Saint-Pierre, son en este respecto libros extraordinarios escritos en pura égloga, recordando siempre al divino Platón. Sombart es un hombre demasiado seco, demasiado geométrico en sus indagaciones. Además me molesta porque es profesor.

* * *

Esta tarde, cuando llegué á la Moncloa, moría el sol. Y era tal la calma y religiosidad del crepúsculo, que mi alma huyó hacia el horizonte y allí, recostada en el seno de Dios, durmióse dichosa:

Soyez béni, mon Dieu, qui donnez la souffrance
comme un divin remède à nos impuretés
et comme la meilleure et la plus pure essence
qui prépare les forts aux saintes voluptés!

*
* *

El último número de *Helios*, revista que cada día me es más simpática, inserta artículos que, como el de Ramón Pérez de Ayala, deleitan mi espíritu extraordinariamente. Este Pérez de Ayala es uno de los jóvenes que escriben mejor de España. Yo—si toda afirmación rotunda no fuese un prejuicio—diría que es el único capaz de llevar la lengua al más requisitado y exquisito flaubertianismo. Luego ocurre que—*rara avis in terra est*—elabora sobre base sólida, pues sus páginas revelan no muy amplia, pero sí buena cultura fisiológica... ¡Ah! y un cierto prurito por aparecer frío, cínico en el buen sentido de la palabra, cuando en realidad no es más que un sentimental. En cambio, lo que en su *diario* dice Alejandro Sawa me empalaga no por malo, sino por insoportable, por pedantesco. Son cosas que suenan á Hugo sin la grandeza con que el gran solitario de Guernesey sabía magnificarlo todo. Al terminar de leer lo de Sawa me sumergo en la admirable traducción que Navarro Lamarca hace de Shakespeare. Es un baño lustral que ensancha el alma.

*
* *

Ayer encontré en la calle á una mujer con quien en otro tiempo tuve purísima y grande amistad. Sentí impulsos de acercarme á ella y de pedirle perdón porque es mucho lo que la he ofendido, y como es infinitamente artista é infinitamente bondadosa, me hubiera largado la mano como en otro tiempo.

Pero no lo hice. ¿Será verdad que las extrañas, misteriosas y ciegas leyes del destino rigen nuestra vida?

*
* *

Hoy hace un frío extraordinario y del cielo nubloso como que cae una desoladora melancolía. De codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, pienso en los caminantes y en las cocinas de las posadas aldeanas á la hora en que en alegre fogarata crujen los sarmientos y el gato lustroso duerme beatamente. Pienso también en esos pueblos manchegos de calles anchas iluminadas por la luna y en el ulular triste de los perros en los corrales. El frío hace á los hombres duros de corazón y la helada, al resquebrajar la tierra, resquebraja también las almas. Por eso Castilla es feroz, sórdida, agrietada. Por eso en ella se apedrea, se asesina á los hombres sin compasión, y es que bajo la capa parda de paño de Santa María de Nieva hay siempre una faca dispuesta...

*
* *

Soy un temperamento esencialmente musical ó musicógrafo. De tal modo que la historia de mi vida va siempre aneja á retazos de baladas oídas en los valles natales; á tal cual habanera melancólica tocada allá en el muelle de mi pueblo; en esas noches estrelladas del verano á la hora estruendosa de la llegada de las lanchas boniteras; á un vals langoroso que tocaba en el piano una muchachita rubia de quien fui novio; á una melodía desfallecida que en el violín arrancaba un ciego todas las tardes en una calle estrecha de una población vieja donde viví á los doce años; á la maravillosa revelación bethoveniana, forjada con sueño, con gritos del huracán, con rodar de nubes por el espacio, con el sabio ritmo de las esferas, recorriendo una escala metafísica que va de Kant á Dios.

Quería decir que ayer, oyendo á Chopin, lloré...

*
* *

Cuando se va aproximando Navidad refluye sobre mi vida presente un tropel de bellos recuerdos de otro tiempo. (Schiller dice que bello es todo lo que pasa.) Y entre éstos destácase singularmente el de un nacimiento que hacíamos mi

hermano y yo en un cuarto con balcón á una amplia huerta, de donde acarreábamos el musgo y la hierba verdes. Recuerdo que había siempre en los preparativos un momento de honda tristeza. Era cuando sacábamos los pastores del cajón donde dormían todo el año el sueño del olvido y del polvo, al encontrar mancos ó descabezados á aquellos seres de barro cocido, á quien yo amaba, por lo menos, tanto como á un buen amigo. Y es que, reconstruyéndolos por medio de unas gotas de cera, cuidadosamente ceñida al cuello en guisa de corbatín (si de la cabeza se trataba), comencé á pensar vagamente en cómo en la vida la mentira se confunde casi con la verdad, y cómo á través de ella intentamos resucitar ilusiones que han muerto para siempre y que sólo pueden conservar de tales la engañosa apariencia. No es ésta una conclusión *a posteriori*. He pensado de niño en cosas muy tristes y muy hondas y tan alquitaradas y sutiles como las que hoy me propongo en esos días kantianos, de alta y estupenda filosofía... Para mí, á las doce de la noche del día 24 de Diciembre, entre el estruendo de aquella música bárbara y primitiva—rabeles, zambombas y tambores,—nacía el Dios de los niños, tan real y tangiblemente como en aquella otra noche de invierno galileo, allá en un establo de Bethalem, á diez y nueve siglos de distancia y cuando de las estrellas de la media noche palpitantes y luminosas descendía un coro de ángeles.

... al Dios de los niños
que ha nacido ya.

Así terminaba un estribillo cuyo principio no recuerdo.
¡Qué triste es estar tan lejos de estos sueños!

*
* *

Hoy estoy satisfecho de vivir, y sobre todo satisfecho de mí mismo. Y es porque he trabajado inmensamente. Traduje á Eça de Queiroz, escribí unas páginas para un libro futuro y me quedó aún tiempo de pasear. A veces siento la comezón de hacer una labor enorme, balzaciana de veinte cuartillas al día. Pero mi filosofía, reobrando sobre esta idea, la desecha

por vana. Lo único que me parece es que llamamos trabajadores á gentes que en realidad no lo son. Por ejemplo, á Galdós, que á lo más que hace al cabo del año son 1.000 cuartillas, tres volúmenes de 200 páginas. Pues bien, yo creo que un escritor, mejor dicho, un productor digno de ser tomado en cuenta y de que su fecundidad se adjetive, como es costumbre hacerlo, puede producir descansadamente 6.000 cuartillas anuales, es decir, ocho volúmenes de 500 páginas. Figuraos á Spencer, á Zola y á Jackson Veyán reunidos en un solo hombre.

* * *

Pasando esta tarde por el Instituto del Cardenal Cisneros me di á meditar sobre el bachillerato y sus consecuencias en y sobre el espíritu. El bachillerato en España no sirve más que para desviarlo á uno del buen camino y ponerle en la espalda el cuño de lo rutinario. Es una especie de relente de la verdadera pedagogía. Diploma de la mediocridad que consagra é ilusiona á los que Arnal llamaba los «apt'á tout», que son precisamente los que para nada sirven. Ha desarrollado España el amor al lugar común, el terror á lo nuevo, el hambre y la tristeza. Cuando los escultores de los tiempos venideros quieran alegorizar la España de los siglos XIX y XX, representarán un muchacho con el título de bachiller debajo del brazo. Este alto relieve explicará suficientemente la aventura extraordinaria de las trescientas representaciones de *Juan José* y nuestros días negros. A mí tan sólo me ha servido para recubrirme el alma de musgo, y para ponerme en disposición de darle á quien me las pida las pruebas de la existencia de Dios, según Malebranche.

REVISTA DE REVISTAS

El arte de decir no interesa solamente á los especialistas del teatro. En una época como la nuestra, en que la oratoria constituye una verdadera manía, el libro (1) de que habla Pablo Flat en la *Revue Bleue* puede ejercer una saludable acción. La *dicción correcta* es la «mise en œuvre» de los medios físicos que la naturaleza ha concedido al hombre, y que puede por una cultura apropiada, juiciosa y perseverante subordinarse al fin perseguido. Que se destinen á la cátedra, al teatro, al conferencismo, al profesorado ó al foro, son evidentemente comunes á todas estas especializaciones. Estos estudios técnicos sobre la Voz, sobre la Respiración, la Articulación y la Memoria se hacen indispensables. Ninguno de los que se dedican á hablar en público leerá sin utilidad estos capítulos, donde al más perfecto estudio de las condiciones fisiológicas de la dicción se une la sutileza de un fino sentido estético. La historia de la interpretación dramática en este siglo nos da una maravillosa enseñanza, el caso de Monvel que, enclenque, desdentado y con la voz ronca, osó abordar el terrible papel de Augusto en *Cinna* y mostró tanta grandeza y dignidad que Talma, encargado de replicarle, estupefacto de tanta ciencia uida á tanta verdad al terminar la famosa tirada: «Soyons amis, Cinna», olvidó su réplica y se excusó ante el público explicándole los motivos de su silencio y de su estupefacción.

La *dicción rítmica* que sigue á la *dicción correcta* está consagrada toda entera al estudio del ritmo y de los diferentes ritmos como medio de acción en el arte de decir. Los autores, inteligentes en música, han comprendido los indisolubles la-

(1) *Les trois dictiones*, por Jorge Berr y Renato Delbost.

zos que unen ese arte con la poesía, y nadie debería hablar de esta interesante cuestión sin justificar su cultura musical. Es infinitamente sugestiva y curiosa la semejanza que los autores del libro encuentran entre la oda famosa de Víctor Hugo á *Napoleón II* y la Sonata *patética* de *Beethoven*, analogía que se funda en la vanidad, ligereza y poder de los ritmos.

Termina la obra examinando la *dicción expresiva*, puesto que, gracias á ella, se afirma la personalidad del autor. La filosofía de toda evolución, así en el arte dramático de decir como en cualquier otro orden de actividad, del genio humano reposa sobre los elementos perfectamente conciliables: la *tradición*, que representa lo que persiste y se afirma por la consagración de los tiempos, y la *novedad*, que se manifiesta fuera de los senderos trazados y que más tarde, una vez aprobada, se convertirá en tradición también. Si la obra de que se habla fuese leída y meditada en sus intenciones arcanas, tendríamos sin duda menos profesores monótonos, menos conferenciantes incómodos y acaso—he aquí una extraña consecuencia social—la justicia se administraría más equitativamente, pues los magistrados no dormirían como ahora bajo el flujo susurrador de los argumentos que los juristas verborrosos les sirven.

*
* *

En *The Philosophical Review* estudia J. A. Leighton el concepto de la individualidad. La individualidad puede ser sola, pero incomprendida; á la intuición simbólicada le es dable alcanzarla. De ahí una consecuencia moral: toda tentativa para reducir al individuo á su medio social y á sus antecedentes es ilusoria. De ahí otra consecuencia metafísica: el individuo debe tener su raíz en lo absoluto, y la manera más exacta de concebir lo absoluto es ver en él el fundamento del individuo humano. Nietzsche protesta legítimamente en favor del individuo. «La decadencia, dice, ha creado el concepto de otro mundo.» La palabra *uebermensch* se encuentra, sin embargo, raramente, diez veces á lo más, y ha perdido su significación en las obras posteriores á *Zarathustra*. Napoleón es una mezcla de no-hombre y de super-hombre. Los ejemplos de super-hombre

son Alejandro, César Borgia y J. César. Super-hombre no significa precisamente especie sobrehumana, sino el símbolo de una humanidad más fuerte, más poderosa, más dominadora.

* * *

C. Cantoni consagra dos artículos en la *Rivista Filosofica* á la filosofía kantiana. En el primero estudia *la cuestión de los juicios sintéticos a priori*, en el segundo *la doctrina del espacio y del tiempo, el objeto transcendental y la causalidad*. Apóyase Cantoni en los ensayos consagrados á Kant por Paulsen, Heman, Goldschmidt, Reininger, Wartenberg y Vaihinger. Paulsen y Heman han tomado mal el problema kantiano, Paulsen sobre todo, presumiendo entrever la posibilidad y los límites de un conocimiento racional *de las cosas en sí*; hace ver que Kant se coloca en el terreno de los fenómenos y de la ciencia (que presupone legitimada) en la *Crítica de la Razón pura* y en el del deber y el de la moral (igualmente cierta para él) en la *Crítica de la Razón práctica*. Paulsen no ha penetrado el sentido de la distinción kantiana entre los juicios analíticos y los juicios sintéticos *a priori*. Cantoni corrige la fórmula kantiana de lo *a priori*, rehusando ver en ella una fórmula rígida radicalmente opuesta á lo *a posteriori* de la sensación. El ve la actividad misma del sujeto con conciencia de sus leyes propias al contacto de las sensaciones, adaptando sus formas al elemento empírico. Reininger ha interpretado inexactamente la teoría kantiana del tiempo y del espacio (Kant somete lógicamente á la forma de tiempo todas las percepciones), é igualmente se engaña queriendo llevar al autor de la *Metafísica de las costumbres* hacia el idealismo subjetivista. Es poco racional eso de distinguir, como lo hace Wartenberg, la *cosa en sí* y el *objeto transcendental*; ambos son conceptos negativos, de simples posibilidades, de síntesis de representaciones. En fin, Wartenberg opone á la teoría kantiana de la *causalidad* la de Sigwart, que él mismo adopta. Es inexacto que para Kant los datos de la intuición no sean encadenados y objetivos; la relación causal tiene un valor puramente *científico*. La oposición entre estas dos teorías no existe sino desde el punto de vista

metafísico. Apuntemos para terminar el reproche que Cantoni dirige á los filósofos alemanes de no conocer la filosofía italiana, el paralelismo que hay de puntos de vista entre Paulsen y Galluppi, la relación reiterada entre la tesis rosminiana de *la intuición del ser* y la tesis kantiana del *objeto transcendental*.

* * *

La primera cuestión que se presenta, dice L. Dugas en un estudio que sobre *El pudor* publica *Revue Philosophique*, es la de saber si es innato ó adquirido. Todas las opiniones que sobre esto se han dado—tal como la de Stendhal, que juzga ser el pudor «las tres cuartas partes de las veces aprendido» (1)—son, por demasiado extremas, insostenibles. ¿Qué es el pudor? Dugas contesta que un sentimiento especial que se encuentra en todas las afecciones, amor, amistad, patriotismo, etc. Sentimiento, ó más bien forma particular que todos los sentimientos pueden tomar, forma reservada, digna, temerosa. Diderot lo definía una prudencia amorosa instintiva. «Se ha observado, dice Stendhal (2), que las aves de rapiña se ocultan para beber, y es porque, obligadas á sumergir la cabeza en el agua, están indefensas durante ese momento. Después de haber observado esto en el Otaiti, no encuentro otra base natural del pudor.» La explicación es un tanto forzada, pero es una explicación. «Cuando la mujer, escribe Diderot (3), ha conocido por experiencia ó por educación las consecuencias más ó menos crueles de un momento dulce, su corazón se estremece ante la proximidad de un hombre. El corazón del hombre no siente, en cambio, estremecimiento alguno: sus sentidos mandan y él obedece. Los sentidos de la mujer se explican, y ella teme escucharlos. El hombre conserva toda su impulsión natural hacia la mujer; la impulsión natural de la mujer hacia el hombre, diría un geómetra, está en razón directa de la pasión é inversa del temor.» Por tanto,

(1) *Physiologie de l'amour*, c. XXVI.

(2) Loco citato.

(3) Suplemento al *Voyage de Bougainville*.

el pudor no es una prudencia adquirida, sino una aprehensión vaga y como gratuita: el sentimiento y el temor de su misterio. «Felizmente, el deseo encuentra siempre un obstáculo que es el pudor, y no puede vencerlo sino á condición de ser atraído por alguna cualidad notable del objeto deseado, cualidad que sería trasmisible á la especie» (1). La espiritualidad, si por ella se entiende la castidad ó continencia, es siempre impúdica; todos los grandes voluptuosos son castos, ha dicho Flaubert. La verdadera pureza, escribe Guyau (2), es la del amor. El pudor, pues, es un freno que retiene al amor en condiciones de desarrollo normales. No contradice el fin de la naturaleza, que es perpetuar la especie, sino que le sirve fielmente. Desde el punto de vista físico, «este sentimiento, que se confunde con una conciencia obscura de la sexualidad, es necesario, según Guyau, para arribar sin entregarse al completo desarrollo del organismo». Desde el punto de vista moral, el pudor, dice Joubert (3), «asegura á nuestras facultades el tiempo y la facilidad de desplegarse sin irregularidad» y al abrigo de impresiones brutales. La coquetería no es, como se ha dicho, el principio del amor, sino el efecto imprevisto, la consecuencia paradójica. La coquetería, en particular, es todo un arte, y la de los mismos animales es harto complicada. De ellos dice Rousseau (4) que ni «la loca Galatea lo haría mejor, y á buen seguro que Virgilio hubiera podido sacar de un palomar alguna de sus brillantes imágenes». El pudor es un principio elevado que tiene una base absoluta, es el más imperioso de los sentimientos y el más fuerte de los instintos. Sólo el dolor agudo puede reducirlo y vencerlo. La miseria y la enfermedad, dice Diderot, son dos grandes exorcistas que conjuran y desvanecen las virtudes convencionales. En la miseria el hombre es ajeno á los remordimientos, en la enfermedad la mujer lo es al pudor. Las virtudes que Diderot llama convencionales son las que todo el mundo tiene por humanas. La

(1) Guyan, *Irreligion de l'avenir*, pág. 254, 7.^a ed.

(2) Loco citato.

(3) *Œuvres*, t. II, c. IV.

(4) *Lettre à d'Alembert*.

gran tortura del amor es el sentimiento de incomunicabilidad de las almas. «No hay nada más embarazoso que ser amante, escribe Pascal» (1).

Ah! si mon cœur allait, trop facile à s'éprendre.
A l'entour d'un mesonge épanouir ses fleurs!

«Tú eres para mí una desconocida, dice un hombre á su amante en *Il triunfo della Morte*, novela de D'Annunzio. Encierras interiormente un mundo que me es impenetrable y al que ningún arrebató pasional podría darme acceso. La palabra es un signo imperfecto. El alma es incomunicable. Aun en el éxtasis de las embriagueces somos dos, siempre dos, separados, extraños, solitarios de corazón. La verdadera y profunda comunión sensual es una quimera.»

«El pudor, dice Amiel, es siempre el indicio y la salvaguardia del misterio» (2). El pudor que desprecia al amor, que desprecia el cuerpo, que odia la vida, es el ascetismo. Sus adeptos, en efecto, «no pueden ocultarlo, porque su plan es mostrar á la humanidad sus miserias para que se avergüence, sin incluirse por supuesto en la acusación general que intentan contra la naturaleza» (3). Sabida es la grosería de los cínicos, que fueron teóricamente ascetas, espíritus idealistas y absolutos, los precursores de los estoicos. El arte de amar consiste solamente en renunciar á un absoluto quimérico y entrar en la verdad de los sentimientos. Pascal escribe: «Los hombres se complacen hartó con formar una idea elevada de lo agradable que nadie puede alcanzar». Expliquemos esto por un ejemplo. Una carta de Mlle. de Lespinasse puede servir de comentario al pensamiento de Pascal: «En uno de mis largos insomnios he venido á pensar en la C. de B. Me he preguntado que por qué lo que hago con tanto gusto, gracia y agrado me produce en general tan poco efecto y, sobre todo, tan poca impresión. Creo haber encontrado las razones. No seáis *bestia* y decidme que no tengo bastante gracia para ex-

(1) *Discours sur les passions de l'amour*.

(2) *Journal intime*, t. II.

(3) Renouvier y Prat, *Nouvelle Monadologie*.

plicar mi pensamiento. Escuchadme: no convengáis en que todo es una verdad de convención; hay la verdad de la pintura, la verdad del espectáculo, la verdad del sentimiento, la verdad de la conversación. Mme. de la B. no ve la verdad en nada, y esto explica cómo ha pasado la vida sin interesar á las gentes á quienes quiso agradar. ¿Queréis ver el reverso de la medalla? Conocéis una persona que ha sido toda su vida fea, desprovista de gracias que pueden agradar é interesar, y, sin embargo, esta persona fué mil veces más amada de lo que podía pretender. ¿Sabéis por qué? Pues porque poseyó siempre la verdad de todo y fué en todo verdadera».

*
* *

La magia, dice Faguet en *La Revue*, es mitad ciencia, mitad religión. Como ciencia se apoya en observaciones incompletas, como religión supone la existencia de potencias misteriosas é invisibles. La magia se ha mezclado siempre, se mezcla y se mezclará con todas las religiones, aun con las enérgicamente realistas. Las ciencias psíquicas, en vías de formación; las ciencias misteriosas, hacia las que actualmente se regresa, la excusan y resucitan. Entre la ciencia, la religión y la magia hay múltiples relaciones. En el principio hay un mito, es decir, un aspecto desde el que los hombres se representan el universo en un orden encadenado y sintético. Del mito derivan la religión, la ciencia y la magia. Como dice Henry, bella y filosóficamente: «Yo me represento esta acción y las relaciones de las fuerzas educadoras que han concurrido á formar la mentalidad del hombre europeo. El mito es la proyección del universo sobre el tiempo de tres períodos y el espacio de tres dimensiones; la religión es la proyección del universo sobre los planes de la moralidad y de la causalidad. Del mito saca la magia datos inmediatos. A la religión debe la magia la vaga conciencia del más allá, que no le permite permanecer en reposo, que la arroja al camino de la investigación indefinida, de la ciencia, en una palabra. Esta, apenas nacida, parece entrar en lucha con las madres que la nutrieron y niega, provisoriamente al menos, lo que no ha

realizado. Puede suceder que al fin de cuentas verifique y confirme una creencia instintiva, una opinión tradicional; mas entonces no edifica sino sobre las ruinas de otras que la precedieron, y asimismo negará esta verdad nueva y provisoria mañana, dentro de un siglo ó de diez, salvo si la descubre cuando no recuerde que algún día la sepultó, que algún día pasó por cima de ella. He aquí lo que da á la religión y á la tradición un cierto aire contradictorio; he aquí lo que hizo á los hombres hablar de conflictos entre la religión y la ciencia. Pero ¿la religión en su más alto período es acaso otra cosa que el recurso del mundo metafísico? Y puesto que el mundo metafísico no es otra cosa que una religión transcendente, puesto que no es más que la negación de la realidad de todas las contingencias, ¿no es acertado decir que, de negación en negación, la ciencia camina hacia un Dios que jamás encontrará, en tanto que la religión, que tan sólo al esfuerzo instintivo de la fe atiende, marcha por el camino del eterno viaje?»

*
* *

E. Anitchkoff habla de Verlaine en la revista *Mir Bojy*. Paul Verlaine es un poeta de decadencia, acaso el más grande de todos los que últimamente han escrito en Francia. Discípulo de Baudelaire, su arte sufrió la infección de morbidez que era natural; mas, aparte alguna que otra poesía ilegible, la obra del autor de *Sagesse* es seguramente una de las más intensas que se han producido.

Dice él en un soneto:

Je suis l'empire à la fin de la décadence
qui regarde passer les grands barbares blancs
en composant des acrostiches indolents
d'un style d'or où la langueur du soleil danse.

L'âme seulette à mal au cœur d'un ennui dense;
la-bas, on dit qu'il est de longs combats sanglants!
O n'y pouvoir, étant si faible aux vœux si lents,
o n'y vouloir fleurir un peu cette existence.

O n'y vouloir, ô n'y pouvoir mourir un peu!
Ah! tout est bu! Bathylle, as tu fini de rire?

Ah! tout est bu! tout est mangé! plus rien à dire!
 Seul, un poème un peu mais qu'on jette au feu,
 Seul, un esclave un peu coureur qui vous néglige,
 Seul, un ennui d'on ne sait qui vous afflige!

Mas la decadencia, como se ve, está menos en el ritmo que en el estado de alma del poeta. Paul Verlaine pertenece á esa raza que podíamos llamar de *cantores* (*chanteurs*). Un canto: he aquí toda la obra de Verlaine, al menos la que va desde los *Poèmes saturniens* hasta *Sagesse* y *Parallèlement* y de él podría decirse lo que Saint-Beuve escribía á propósito de Lamartine: «Es un gran ignorante que no sabe más que su alma».

*
 * * *

Ernesto Tissot habla de Pablo Bourget en la *Quinzaine*. La novela *El discípulo*, de Pablo Bourget es conocida de todos los que leen. Formúlase en ella una cuestión filosófica de suma gravedad. Esta cuestión es: «¿Las doctrinas especulativas son absolutamente inocentes? ¿La teoría no tiene ninguna clase de relaciones con la práctica?» Tal es el problema que plantea con atrevimiento y desarrolla con singular energía el autor de *El discípulo*. En un hermoso prólogo deja entrever el pensamiento que lo ha inspirado. Tiene ante sí dos jóvenes de nuestros días. «El uno, dice, es cínico y jovial; tiene veinte años y toda su religión estriba en esta palabra: Gozar. Se considera á sí mismo como Dios y como fin. No aprecia más que el éxito y en el éxito el dinero.» «El otro es nihilista delicado; tiene veinticinco años, ha corrido toda la escala de ideas. No le habléis de impiedad ni de materialismo: la palabra materia no tiene sentido para él. El bien y el mal, la virtud y el vicio, no son más que objetos de pura circunstancia. Nada es verdadero, nada es falso, nada es moral, nada es inmoral. Su corrupción es completamente distinta á la del epicúreo, y el hermoso nombre de diletantismo con que la encubre disimula su crudeza. Si he escrito este libro es para mostrar cuánta maldad puede encerrar este egoísmo.» Frente á estos dos tipos miserables y monstruosos, el autor, dirigiéndose siempre

al joven, le presenta el ideal. «No seas, dice, ni cínico ni juglar de ideas. Al árbol se le juzga por sus frutos. Exalta y cultiva las dos energías de tu alma: amor y voluntad. Ya que sientes que en ti existe un alma, trabaja para que esta alma no te sobrepuje.» Nos presenta después á un filósofo que ha considerado el alma humana como una máquina á la que se pueden aplicar las leyes de la mecánica y de la biología. Ha escrito una *Psicología de Dios*, en la que la producción necesaria de la *hipótesis de Dios* se explica por el funcionamiento de ciertas leyes psicológicas reducidas á algunas modificaciones cerebrales: ha publicado también una *Teoría de las pasiones*, que consiste en una exposición nueva y muy ingeniosa de los orígenes animales de la sensibilidad humana. En fin, en su *Anatomía de la voluntad* enseña que el porvenir se incluye en el presente, como las propiedades del triángulo en su definición, y si conociésemos la posición relativa de todos los fenómenos, podríamos predecir, con una certeza igual á la de los astrónomos, el momento en que un criminal asesinará á su padre. Este filósofo representa, pues, en sí sólo toda la ciencia de la filosofía moderna (fenomenismo, fisiologismo, evolucionismo, etc.), con la diferencia de que yendo más lejos que la filosofía de Herbert Spencer, se dedica á demostrar que lo incognoscible no existe, que no hay nada, absolutamente nada, fuera del mundo, nada por cima de la ciencia positiva, nada de fenómenos. Vive lejos del mundo y de sus seducciones, como una monja y casi como un santo, en los alrededores del Jardín de plantas. Este tipo de filósofo está trazado con gran relieve y con mucha delicadeza. Uno de los discípulos del filósofo acaba de ser preso y acusado de asesinato. Esto conmueve al filósofo hondamente. La última página de la novela es de admirable belleza. En la noche que siguió á esta escena trágica, nos dice el autor, los admiradores de la *Psicología de Dios*, de la *Teoría de las pasiones*, de la *Anatomía de la voluntad*, se hubieran conmovido si hubiesen podido ver lo que pasaba en la habitación número 3 del Hotel del Comercio y leer en el pensamiento de su implacable maestro. Al pie del lecho en que reposaba un muerto con la frente vendada, estaba de rodillas la madre de Roberto

Greslou. El gran negador, sentado en una silla, miraba alternativamente al muerto, su antiguo discípulo, y á la mujer que lloraba, y por primera vez, sintiendo su pensamiento impotente para sostenerle, este analista casi inhumano á fuerza de lógica se humillaba, se abismaba ante el misterio impenetrable del Destino. Las palabras de la única oración que recordaba de su lejana infancia, «Padre nuestro que estás en los cielos», le llegaban al corazón. Pero no las pronunciaba. Quizá no las pronunciaría jamás. Pero si existe este Padre celestial hacia el cual se dirigen grandes y pequeños en sus horas terribles, como hacia el único recurso, ¿no es la más conmovedora de las plegarias esta necesidad de orar? Y si este Padre celestial no existiese ¿tendríamos esta hambre y esta sed de él en aquellas horas? «En este momento mismo y gracias á esta lucidez de pensamiento que acompaña al sabio en todas sus crisis, Adrián Sixto recordó la frase admirable de Pascal en *Le mystère de Jesús*, y cuando la madre de Roberto se levantó pudo verle que lloraba.»

Pablo Bourget tiene la gravedad del moralista y la ligereza de expresión que es común á todos los que proceden de Renan y de Hipólito Taine. *L'eau profonde*, libro que acaba de publicar, es un estudio psicológico de la alta sociedad, hecho con toda la jugosidad juvenil de las primeras novelas y que en nada desmerece de *Mesonges* ó de *Un homme d'affaires*.

PEDRO G.-BLANCO.

Enero 1904.

EL TERCER DUQUE DE RIVAS

Y UN CRÍTICO APASIONADO

Con el título *Tesoro poético del siglo XIX. Colección de poesías líricas y narrativas entresacadas de los mejores autores contemporáneos españoles y americanos, para instrucción de la juventud, por el P. Vicente Gómez Bravo, de la Compañía de Jesús*, corren por ahí, desde 1902, cuatro tomos, impresos en la Tipografía del Sagrado Corazón por los editores Jubera hermanos.

En los dos primeros tomos, únicos que he visto, se lee en la página 6 del primero y en la 8 del segundo, lo siguiente: «Con las licencias necesarias». No quiero preguntar cuáles sean, porque no se me conteste como á aquel señor obispo: «Tenemos dispensa para no enseñar las dispensas».

Curiosa sería la lectura de los dictámenes que debieron preceder á la concesión de esas licencias, y más si en alguno de ellos habla su autor, como el prologuista, de desatar las fuentes de su erudición para *derramar... torrentes de conocimientos críticos, literarios, bibliográficos y omni eruditos*. ¡Lástima que de tantas fuentes y torrentes no haya brotado ni una gota siquiera de serena crítica y de caridad cristiana para juzgar á D. Ángel Saavedra, tercer Duque de Rivas!

Porque es de saber que no se limita el colector á reunir y apropiarse, con más ó menos derecho, ese *Tesoro*, sino que, procurando guardarse de las esquinas de la Ley de Propiedad Intelectual, favorece á cada uno de los autores de esa riqueza, por él acumulada, con críticas como la siguiente:

«En punto á ideas, es de notar, además del liberalismo, la rabiosa enemiga de Saavedra contra curas y frailes, á quienes se complace á veces en pintar con los más feos colores, sin

respeto á la forma, al decoro ni á la poesía. Diríase que, en ocasiones, la *clerofobia* le saca de juicio hasta privarle del sentido estético. Verdad es que el mismo Duque, notando sin duda el poco favor que con esto se hacía á sí propio, trata de excusarse alguna vez aduciendo textos de San Bernardo; pero sólo consigue hacernos ver la diferencia que existe entre las celosas amonestaciones del santo abad y las burlonas é inurbanas diatribas del poeta sectario.»

¿Á esto llama el prologuista *flores sin veneno*?

Compárese tan apasionado juicio con el que hace el agustino P. Blanco García en su obra *La literatura española en el siglo XIX*. Y no creo que el Sr. Gómez sea más entusiasta de los frailes que el que por vocación, ya santificada con votos perpetuos, lleva el hábito que cubrió al primero de los líricos españoles.

Esa falta de serenidad, ese apasionamiento, me demuestran que habría algo y aun algos que decir en cuanto á la *Paternidad* de D. Vicente Gómez.

Los que hemos tenido la honra de ser educados en colegios de jesuítas, sabemos que no es raro ver en ellos, con el título de *Padres*, á simples legos y simplicísimos estudiantes que, como no están ligados á la Compañía con ningún voto, salen de ella y, después de contraer justas nupcias, pueden ganar ese dictado, que sólo metafórica y precariamente llevaban. De esos *Padres* tengo para mí que es el D. Vicente, lo que me anima á escribir estas líneas que, tal vez, impidan el curso de un libro poco sereno cubierto con pabellón ilustre.

La Compañía de Jesús, tan una, tan solidaria, como nacida para combatir el libre examen, no puede cubrir juicios individuales, apasionados, é inexactos por ende, como el de quien intenta presentar al poeta más español del siglo XIX como *cleróforo y sectario*.

Acusaciones tan graves no pueden lanzarse ligeramente, y menos por quien se llama individuo de una orden religiosa, atribuyéndose el carácter de Padre de ella. Ni más ni menos que si fuese un P. Urráburu, un P. Mendive ó un P. José Eugenio de Uriarte. Á la vista tengo las *Institutiones Philosophicæ*, del primero; *La Religión Católica vindicada*, del se-

gundo; la *Historia de Nuestra Señora de Orduña*, del tercero, y en ninguno de estos tres libros se designa á sus autores con la dignidad de presbíteros, sobreentendiéndose en lo de *Padre de la Compañía de Jesús*. Pero séalo ó no el del *Tesoro poético*, examinaré brevemente la sinrazón de sus palabras, que he copiado, prescindiendo, y ya es prescindir, de las que anteceden, en las que afirma que «la celebridad del Duque de Rivas tuvo mucho de circunstancias y hoy resulta superior á la que merecen sus versos, los cuales adolecen con bastante frecuencia de pobreza de invención, de disposición embarazosa y de ejecución desmayada y prosaica».

Sucede con la Poesía lo que con la Música, y en general con todas las Bellas Artes: no todas las naturalezas están educadas para ellas. Y cuando se oyen ó se leen despropósitos, no hay más recurso que el recomendado por Balmes en *El Criterio*: callar; «Quien ha sido capaz de verter un desatino tan completo, no es capaz de comprender la fuerza de la impugnación». Hay quien se duerme, sin tener sueño, oyendo tocar admirablemente el Septimino de Beethoven, y quien encuentra *pobreza de invención, disposición embarazosa y ejecución desmayada y prosaica* en aquello de:

la jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda;
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para ti está, mi dueño, enjaezada,
para Curra el overo,
para mí el alazán, gallardo y fiero;

ó aquello de:

¡Hora de maldición, aciaga hora,
fué aquella en que te vi la vez primera
en el soberbio templo de Sevilla,
como un ángel bajado de la esfera
en donde el trono del Eterno brilla!
¡Qué porvenir dichoso
vió mi imaginación por un momento,
que huyó tan presuroso
como al soplar de repentino viento

las torres de oro y montes argentinos,
y colosos y fúlgidos follajes
que forman los celajes
en otoño á los rayos matutinos!

ó los inimitables cuadros de *El Moro*, *Los romances* ó *Don Alvaro*, que parecen obras de los pinceles de Tiziano, Velázquez, Theniers ó Goya.

Ya dijo D. Hermógenes que todo es relativo. ¿No abandonó Dios el mundo á las disputas de los hombres?

Pero como no hay regla sin excepción, la tiene también lo de esa relatividad, y quien estime en lo que es justo su buen nombre, no puede permitir que ruede por los suelos.

Por eso, y según me consta, en cuanto se enteró el actual Duque de Rivas del agravio que se infería á la honrada memoria de su ilustre padre, protestó contra lo dicho por el Padre Vicente, obteniendo, ya que no lo debido, la humilde confesión de una ligereza. Tal vez baste para tranquilizar la conciencia del autor de ella, pero no, en verdad, para reparación de la ofensa.

Quien recibe un pisotón, inadvertidamente, está pronto á conceder el perdón que se le solicita, siempre, por supuesto, que se levante el pie. Mientras corra el tomo segundo del *Tesoro poético* con las páginas 13 y 14, subsistirá el agravio y el derecho reconocido á la queja. No es tan difícil conseguir de los editores y de los rectores y directores de colegios en donde se sepa que existe ese libro que arranquen la tal hoja, sustituyéndola con otra en blanco como las dos primeras, destinadas quizás á las censuras y licencias. Este tomo segundo, en efecto, que bajo el epígrafe *Poetas románticos. Primera parte*, sólo comprende en sus 400 páginas trozos del Duque de Rivas, de Espronceda y de Zorrilla, tiene la anteportada en la página 5, precedida de cuatro en blanco. Desde la 15 á la 132, ambas inclusive, se insertan las poesías de Saavedra que ha escogido el colector, algunas íntegras y otras en fragmentos, precedidos ó seguidos de frases no siempre pertinentes ni reflejo de la verdad, como las que califican de *cartas contemporáneas de Cibdarreal* las del célebre Centón; de pésimo gusto el almuerzo del P. Espina y de su compañero; y de *inven-*

cible monomanía del Duque el introducir en el *Maldonado* en párrafos perfectamente superfluos y en cada uno de ellos á un fraile y ponerlo en ridículo (pág. 71).

Yo no diré que sea *monomanía* del colector el presentar al Duque de Rivas como un anticlerical; pero sí parece que ha tomado muy á pechos el constituirse en procurador de los frailes. ¡Y cómo se sonreirán éstos! ¡Que todos los antifrailunos fuesen como el egregio poeta que ha inmortalizado la figura del Prior de la Rábida. ¡Por qué no ha escogido para su *Tesoro* algunos fragmentos del hermoso romance *Recuerdos de un grande hombre*? En él aparece un fraile

de caridad y de eximia
virtud, y muy compasivo,

docto y enterado de las cosas de su tiempo, pues

á osados mareantes
hablaba con gran frecuencia,

conociendo

las proezas
y raros descubrimientos
de las naves portuguesas;

y activo y modesto y generoso, como lo demuestra el pronto aviso al médico Garci Fernández. Pocos cuadros hay más hermosos en la literatura de todos los países que el de *El almuerzo* y aquel en que:

por la escalera arriba
el religioso delante
y el hijo y padre en pos iban;
formando un sencillo cuadro
cuyo asunto ser dirían
el talento y la inocencia
con la Religión por guía.

¿Á quien esto escribe se le puede llamar clerófobo, sectario, poseso de rabiosa enemiga é invencibibe monomanía contra curas y frailes para ponerlos en ridículo?

También en otro romance, en el titulado *Amor, honor, y valor*, un capellán acude *al punto* á bendecir la unión del caballeroso D. Alonso de Córdoba,

elogiando
acción tan gallarda y buena,

y si acusa poca pericia canónica el decir que los

sagrados ritos
á sacramento la elevan,

hace una confesión del carácter sobrenatural que veía en el matrimonio cristiano.

Esmaltadas están de confesiones patrióticas y católicas las poesías del Duque, aun las de su primera época, cuando era liberal exaltado.

En su oda *Á la victoria de Arapiles*, llama *huestes del impio* á las de Napoleón,

el que con planta impura
el dosel profanó de Clodoveo;

y cuando canta á *España triunfante* no se acuerda de los legisladores de Cádiz, sino del *glorioso Herrasti*, del *heroico La Carrera* y de *Alvarez inmortal*, á quienes ve *en el cielo*

coronados de palma duradera:

ni nombra la famosa Constitución josefina, sino

Bailén y Talavera,
Tamames, Abisbal, Heras, Chiclana,
Sampayo y Albüera (1).

En la oda titulada *Napoleón destronado* se lee:

El mandato de Dios obedeciendo,
España apresta sus valientes haces
contra la iniquidad (2).

(1) *Poesías de D. Ángel de Saavedra Remírez de Baquedano*, segunda edición corregida y aumentada, tomo primero, Madrid.—Imprenta de I. Sancha, 1820, pág. 110.

(2) *Poesías de D. Ángel de Saavedra Remírez de Baquedano*.—Cádiz, 1814. Imprenta patriótica á cargo de D. Ramón Howe, págs. 55 y 56.

En su oda *Á la victoria de Bailén*, habla del *Angel tutelar* de España (1).

Sólo un poeta cristiano puede cantar á la catedral de Sevilla como lo hace el Duque, y ningún cleróforo sectario pone en boca del padre de Hernán Cortés aquellos consejos:

Cual cristiano y caballero
teme á Dios, guarda su ley,
sirve con lealtad al Rey,
sé devoto y sé guerrero.

.....

La santa fe que profesas
extender y de tu Rey
los dominios; sea la ley,
Hernando, de tus empresas (2),

ni se complace en referir cómo D. Alvaro en sus últimos momentos

oró con fervor, en suma.
fué un cristiano, un caballero,
un hombre de fé y de alcurnia,

ni hablaría con aquella ternura de

el Arcángel dorado que corona
de Córdoba la torre.

Confiesa el Duque su creencia en el dogma exclusivamente católico de la Sagrada Eucaristía, que confortó al desventurado Maestro y al venturoso y *muchas veces ilustre Capitán de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la Historia*. La misma D.^a Leonor de Vargas aparece en la creación del Duque dispuesta á recibir

el pan de vida y de salud eterna.

(1) Por cierto que en la primera edición, pág. 33, lo llama *numen*; en la segunda, pág. 91 y en la de 1854, *ángel*.

(2) *Romances históricos del Excmo. Sr. Duque de Rivas*, tomo primero.—Madrid, M. Romeral, editor, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal, 1843, págs. 170 y 172.

Aun en los mismos versos íntimos hállanse estas manifestaciones de verdadero creyente. En el *Sueño El alma á caballo en la imaginación* descríbese una misa del gallo, y en el romance que la reseña se habla de besar la mano al Obispo,

que es de la diócesis padre
donde se meció mi cuna,

y se dice:

Humillémonos rendidos
á la Omnipotencia Suma,
el cuerpo y sangre adoremos
de aquel Cordero sin culpa (1).

Siendo el Duque de Rivas «el más español de todos los ingenios de esta era, el de más lozana, generosa y simpática inspiración» (2), natural es que en sus versos apareciesen esas figuras, tan castizamente españolas, de nuestro clero. Monjes, monjas, frailes, sacerdotes y prelados, que lugar tan preeminente ocupan en nuestra Historia, no podían faltar en las maravillosas concepciones de Saavedra. Y no faltan; y como arrancados de la realidad los hay buenos y malos, tales cuales se dan en la tierra, en donde, si ha habido guardianes como el del convento de los Angeles, ó priores como el de la Rábida, no han escaseado abades como el de *El Moro Expósito*. ¿Es que no se pueden presentar en las obras literarias más tipos que los de santos? ¿Es que al artista no le es lícito producir la emoción estética con el contraste de los caracteres humanos, siempre que lo haga *sin daño de barras*?

En una sola ocasión paréceme que las traspasa el Duque, en el romance, por otros conceptos bellísimo, *Recuerdos de un veterano*. Es la única obra suya que se justificaría fuese separada de una colección selecta que pudiera ponerse en ma-

(1) *Obras completas de D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas...* Coleccionadas por su hijo D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas, tomo II.—Madrid, establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneira paseo de San Vicente, 20, 1895, pág. 357.

(2) Marcelino Menéndez y Pelayo. Prólogo á las poesías... del Marqués de Heredia.—Madrid, 1879, pág. v.

nos de pudorosas doncellas. Pero en cuanto á las demás aténgome á lo que dice el Padre Coloma en el prólogo de sus *Pequeñeces...*

«Cierto, ciertísimo, lector pío y discreto, que peca de inmoral y merece toda censura el autor que encomia á los ladrones y recomienda sus hurtos y los facilita; ó el que protestando contra ellos y reconociendo su inmoralidad, traza, sin embargo, con buenas intenciones y poquísima prudencia, cuadros de peligrosa belleza, de tentación seductora, que ejercen sobre el lector incauto, y aun sobre el que por tal no se tiene, la atracción siniestra del abismo. Mas no por eso has de deducir de aquí, lector pío siempre y esta vez no discreto si tal deduces, que sea igualmente inmoral el escritor que confiesa paladinamente que hay ladrones, que da la voz de alerta contra ellos y los saca á la vergüenza pública pintándolos con todas aquellas sus negras tintas que sufre el decoro y hacen al vicio antipático y odioso, y se ayuda así del mal para hacer el bien, á la manera que la primavera se ayuda del estiércol para fabricar la rosa.»

¿Quién, después de leído *El Moro*, no prefiere ser Ildobaldo mejor que cualquiera de aquellos religiosos merecedores de las censuras del santo abad de Claraval y de las fulminadas por la Iglesia que consigna el Derecho Canónico?

Sólo un espíritu apasionado puede ver en esos pasajes de la incomparable leyenda de *Córdoba y Burgos en el siglo X* el malsano propósito de ridiculizar cosa tan digna de respeto como la vida religiosa. «No es mi intento—escribió D. Angel Saavedra—satirizar al estado monástico, sino pintar las costumbres del siglo X.» Quien duda de la sinceridad de esta protesta desconoce la fe que merece la palabra de un caballero.

Que lo fué D. Angel de Saavedra es evidente. Noble por su sangre: la misma que alentó á los conquistadores de Madrid, del Castellar y de Málaga; que inflamara aquel gran orador llamado el Dr. Ramírez, cuyo cráneo se venera en el colegio de Chamartín; que movió el corazón de las santas fundadoras La *Latina* y D.^a Beatriz Ramírez de Mendoza; que llevó cien veces al combate al valeroso primer Marqués de Rivas: fué

nobilísimo por sus propias acciones. Soldado en la guerra de la Independencia; lucha por el Altar y por el Trono, por la Iglesia y por España; levantó luego su voz en la tribuna política en defensa de causas tan españolas como la de las Religiosas y los Fueros. Su elocuente palabra, como su espada en otro tiempo, combatió tres grandes injusticias: la desamortización, la niveladora igualdad constitucional y la usurpación del reino de Nápoles. Si en sus juveniles años y antes de que pesaran sobre él las obligaciones de la Grandeza y la representación de una ilustre Casa mostróse revolucionario, lo fué noble e hidalgamente. Cuando no hace mucho el Sr. Conte, en sus *Memorias de un diplomático*, atribuyó al difunto Duque la conocida anécdota del concurrente á una logia que saca de la bolsa ó esportilla el duro echado por el compañero que le precedía en la rueda de donantes, protestó contra tal especie calumniosa el actual Duque, digno heredero, por todos conceptos, del inmortal poeta.

«Mi padre no contó nunca á nadie, como escribe el señor Conte, que de joven fuese masón y que, al pasarle la esportilla de la colecta en una reunión de aquella sociedad, sustrajese un duro para ir al teatro. ¡Qué disparate!... ¡Mi padre, tan caballero y tan querido de su madre la Marquesa de Andia, señora rica que le daba cuanto podía desear, asistir á una logia, y en el momento de la cuestación hurtar un duro para ir al teatro! ¿Cómo ha podido el Sr. Conte acoger tal especie? Es verdad que luego añade, en términos algo crudos, que el Duque urdía tales invenciones para gusto de sus oyentes.— En efecto, mi padre refería sucesos y anécdotas que bordaba con su feliz imaginación; pero tenía demasiada dignidad y demasiado tacto para decir ó hacer nada que no respondiese á sus sentimientos de delicadeza y de honor» (1).

Respondiendo á estos sentimientos suyos de delicadeza y de honor, amparó en la Embajada de Nápoles á jesuítas perseguidos, exigió de las autoridades de hecho la guarda de las

(1) De *Literatura y Arte*. Discursos, cartas y otros escritos de don Enrique Ramírez de Saavedra, Duque de Rivas, de la Real Academia Española.—Madrid, Est. tip. de la Viuda é Hijos de Tello, 1903, páginas 320 y 321.

casas religiosas y apresuróse á ponerse á disposición del Romano Pontífice, considerándole como Papa Rey y mereciendo frases de gratitud del Vicario de Cristo, que le condecoró con la *Gran Cruz de la Orden Piava*.

Alma generosa, naturaleza exquisitamente artística la de Ángel Saavedra, cuando la necesidad de sus creaciones ó el vuelo de su fantasía le obligan á presentar á una persona eclesiástica que no responde á su carácter, dibuja de mano maestra otra merecedora de sincero aplauso, procurando, además, que la *buena* sea en el orden gerárquico superior á la *mala*. Así en *Don Alvaro*, junto al hermano Melitón, que podrá ser cómico, pero no ridículo, presenta al respetable padre guardián, al prudente canónigo, al mismo Padre Rafael, que, juzgándose más dueño de sí de lo que realmente lo era, dice ante terribles provocaciones:

Antes, como caballero,
supe vengar las injurias;
hoy, humilde religioso,
darlas perdón y disculpa.

Esta figura podrá parecer impropia á los que ignoran que ha habido Arrios, Focios y Luteros; á esas almas beatíficamente cándidas, para las cuales todo hábito cubre á un Serafín de Asís y toda sotana á un San Juan Berchmans; pero ni aun esas mismas la tendrán por ridícula. Preciso le será confesar al apasionado crítico que no aparece en *Don Alvaro* esa, por él soñada *invencible monomanía del Duque*.

No sé cómo ha leído D. Vicente Gómez la preciosa leyenda *Maldonado*. Podrá parecerle ridículo el lego, pero ¿lo es el abad? En manera alguna: como nadie, al no estar apasionado, calificaría de *hipocresías* las cristianas reflexiones que pone en boca del Padre Espina y que son, en efecto, las que hizo, según el auténtico ó supuesto médico de D. Juan II. Por cierto que el mencionado crítico falta inconscientemente, según creo, á la *moralidad de la referencia* cuando afirma que *los dos virtuosos padres franciscanos sugieren á D. Alvaro* esas reflexiones que se le antojan hipocresías. Según el romance,

Ambos buenos religiosos
cumplieron bien con su oficio,
consolando al condestable
con discreción y con tino;

pero sólo del P. Espina trascribe las palabras tomándolas del Centón. No constando quién fuese ni qué dijese el otro, mal puede resultar *falseado* su carácter: ni hay tal falsedad en el del P. Espina, porque comiera

con buen apetito
magras con tomate y huevos.

¿Era día de ayuno con abstinencia? ¿Quién ha dicho que el P. Espina se vió libre de la natural necesidad del hambre, y que faltando á la regla dejara de comer con buen apetito lo que por caridad le daban?

Muy de prisa está hecha la comparación entre los *textos de San Bernardo* y los de *El Moro*, en aquéllos fundados; y en los que no hay nada que se asemeje á lo de las visitas á las matronas, prostitución de la Esposa, y *no apacentar el rebaño, sino degollarlo y devorarlo*.

Cuando, terminados sus estudios de Retórica, emprenda el colector D. Vicente Gómez Bravo los de Historia eclesiástica, se convencerá de que no pueden quejarse los monjes del siglo X de la pintura que de ellos hace el vate cordobés.

Cristianamente procuró el Duque de Rivas educar á sus hijos; el mayor de ellos no ha dejado nunca de confesar su fe, y con singular complacencia refiere cómo iba con sus hermanos, llevado por su propio padre, á cumplir los preceptos de la Iglesia.

Vea D. Vicente Gómez cómo refiere la muerte de aquel gran poeta y el depósito de su cadáver:

«Eran aquéllas las últimas llamaradas de una luz que se extingue. La ciencia humana confesándose vencida, vino la Religión á dar vigor, consuelo y esperanza al alma del enfermo, y el 22 de Junio de 1865 entregó á Dios su espíritu purificado en el dolor y el sufrimiento... Sus exequias, celebradas en la iglesia de Santo Tomás, fueron tan modestas, por no decir

humildes, como él mismo lo había prevenido... Desde el templo de Santo Tomás los restos mortales del Duque fueron trasladados por su familia al cercano pueblo de Rivas y enterrados en la iglesia del pintoresco convento de Mercenarios Descalzos, antigua fundación de su Casa... El bello y poético santuario, que tiene abierto al culto la piedad de sus dueños, es famoso en la diócesis de Madrid por venerarse en él la milagrosa imagen del Cristo de los Afligidos» (1).

No se me alcanza la mayor gloria que se puede dar á Dios presentando como enemigos Suyos á los hijos más preclaros de esta España, *magna virum mater*, y menos comprendo se haga *para instrucción de la juventud*.

No fué, ni pretende nadie que sea, el tercer Duque de Rivas un poeta místico, émulo de San Juan de la Cruz ó de Mosen Jacinto Verdaguer; pero sí el más español de los ingenios de la era en que brilló como astro de primera magnitud, era que, si no merece el nombre de netamente católica y nacional, tampoco puede ser estigmatizada con el dictado de heterodoxa.

¡Que no lo sean más las eras sucesivas! (2).

NARCISO JOSÉ DE LIÑÁN Y HEREDIA.

Noviembre 1903.

(1) De *Literatura y Arte*, pág. 315.

(2) Escrito esto, leo en el número correspondiente al mes de Diciembre de *Razón y Fe*, revista mensual redactada por Padres de la Compañía de Jesús, una serena crítica sobre la última obra del actual Duque de Rivas y en ella lo siguiente: «Al final del libro vuelve otra vez el recuerdo de Angel Saavedra. El hijo, empero, no lozanea presidido por su padre, preside él y agradece á la madre Córdoba los honores que tributa al hijo preclaro; indignase otras veces y rechaza ignorantes petulancias que mancillan la gloria del padre famoso... ¡Gran figura la del Duque de Rivas á los pies de Pio IX en Gaeta, ante Jesús sacramentado en el lecho de muerte, y bellísima tarea la del heredero y del hijo, honrar así, destacando la nota católica, la memoria del ascendiente y del padre!» pág. 531.

—También escrito esto, me sorprende desagradablemente la noticia de haber fallecido el ilustre agustino P. Blanco García, á quien tanto deben las letras patrias y los entusiastas de Angel Saavedra.

Espero, como pido, haya alcanzado el premio que merecían sus virtudes.

LA NIÑA GUAPA ⁽¹⁾

LEYENDA VALLISOLETANA

Mientras tanto en la calle seguía la porfiada pelea. El número de los agresores había crecido; los defensores se batían bien, pero no lograban decidir el éxito de la batalla. D. Alonso peleaba bizarramente en primera fila, logrando más que los otros. Á contenerle acudió Caperuzo, empezando entre los dos un lance á modo de duelo. D. Alonso tiraba á herir, pero su adversario sólo pretendía contener. Esgrimían uno y otro con destreza, sin marcarse ventaja por aquél ni por éste. Mas Tremo, que estaba á la izquierda de Caperuzo, queriendo desacreditar á éste y adquirir nombre entre los suyos, tiró una estocada á D. Alonso, alcanzándole en el costado derecho y cerca de la espalda. Pero Caperuzo, que vió el golpe y conoció la intención, se volvió hecho un león y atravesó á Tremo pasándole del costado izquierdo al derecho, gritando con voz tonante:

—He mandado que nadie le toque.

Lo extraño del suceso suspendió un momento la lucha, y aquel punto Fontecha, que había esperado algún tiempo, acometió con los suyos. Llegó también el corregidor con su ronda, y estos dos refuerzos desorganizaron á los agresores, que concluyeron por desbandarse y huir apresuradamente. Quedaron los de la defensa suspensos un instante, pero el corregidor mandó imperiosamente:

—¡Perseguidlos, acabadlos, no dejéis uno!

Echaron todos á correr, no quedando de pie en la plazuela más que el propio corregidor, D. Alonso y varios criados de éste que acudieron á su señor viéndole herido.

(1) Véase la página 729 del tomo anterior.

—No vale nada; la espada ha corrido entre cuero y carne.

D. Melchor tendió la vista por el campo de batalla, viendo hasta una veintena de hombres, entre los de uno y otro bando, tendidos por el suelo, algunos muertos, los más heridos. Dijo:

—¡Buena refriega! Se han batido bien esos malditos. Señor D. Alonso, ¿queréis mandar á vuestros criados que socorran á los heridos en lo que puedan, mientras vos y yo subimos á la casa. Porque los que en ella quedaron deben estar con el alma en un hilo.

—Con mucho gusto, señor corregidor.

Hízose lo que éste deseaba, y los dos se entraron por la rota puerta. Sorprendióles no encontrar á nadie en el portal ni en la escalera, y esta sorpresa se cambió en asombro al llegar á la habitación. ¡Qué horrible campo de cruenta batalla! Un cuadrillero muerto y tres más heridos, dos bandoleros también muertos y otro herido. Sancho igualmente herido de una estocada en el cuello y sin poder alzarse por la pérdida de sangre. Absortos quedaron D. Melchor y D. Alonso al mirar tal estrago. Recobróse el primero y preguntó vacilante:

—¿Qué ha pasado aquí?

Uno de los cuadrilleros se incorporó un poco y con voz débil contestó:

—Por allí, señor corregidor.

Y señalaba la puerta de la escalera que conducía al desván. Entraron los dos por ella, y en la misma escalera hallaron otro bandido muerto y otro cuadrillero herido; llegaron al desván y allí estaba el que recibió el arcabuzazo de Rosillo, no muerto, pero sí en tan mal estado que no articulaba palabra. Salieron por la ventana de la buharda, adelantaron y encontraron á Juan que volvía del síncope y empezaba á pugnar por levantarse. Ayudáronle y como pudieron le condujeron á la habitación. Iba poco á poco recobrándose del todo. Vió á Sancho, vió á los otros heridos, concluyó de esclarecerse su entendimiento y gritó iracundamente:

—¡Se la han llevado!

—Sentaos y calmaos—contestó D. Melchor;—á todo se proveerá. En otras me he visto.

Entre ambos sentaron á Juan, y hecho esto, el corregidor

se fué á una ventana y dirigiéndose á los que estaban en la calle, mandó imperiosamente:

—De orden mía, á todos los vecinos de las casas inmediatas que abran las puertas, que alumbren las ventanas, que traigan vendas, hilas y ungüentos, cada uno lo que tenga; si se halla algún cirujano que venga en seguida, y que vengan también carrros y literas, si las hay, para llevar los muertos y los heridos á sus casas, al hospital ó á la cárcel, según proceda.

Asomóse también D. Alonso y llamó:

—¡Gonzalo!

—Aquí estoy, señor—contestó uno desde abajo.

—Vete corriendo á casa y que venga un coche.

—¿Para qué?—preguntó D. Melchor.

—Para llevar á este pobre Sancho y á Juan, que son mis amigos.

—¿Dónde?

—A mi propia casa.

—¡No!—gritó Juan.—Á mí no; esta noche ó muero ó recobro á Isabel.

—Vos haréis lo que yo mande—dijo el corregidor.

—No; ó la encuentro ó me matan.

—¿Dónde iréis á buscarla?

—Hasta el infierno iré.

—Estáis herido.

—No vale nada. Yo no me acobardo por tan poco. Iré, iré; ahora mismo voy.

Y levantándose furioso pretendió salir.

—No iréis—continuó el corregidor, poniéndole las manos en los hombros y obligándole á volver á sentarse;—no iréis, ¡voto á Dios! Yo lo mando, y si pretendéis desobedecerme os planto en la cárcel.

Juan, ante tan ruda energía, se calló

—¡Sólo faltaba que un furioso viniese á destruir la acción de la justicia!

En este momento entró en la sala, cansado y sudoroso, uno de los alguaciles.

—Señor—dijo,—el alguacil mayor de vuestra señoría, Gil

de Azcona, no parece por ninguna parte, ni está entre los muertos ó los heridos.

—¿Le habéis buscado bien?

—Sí, señor.

—¿Habéis mirado rincones y callejas?

—Sí, señor.

—¿Y no parece?

—No, señor.

—Pues dejadle, que ya parecerá.

El ceño de D. Melchor se desarrugó un poco; su aspecto se hizo más tranquilo, y dijo á Juan:

—Estaos quieto, que aún os falta mucho que ver.

Las perentorias órdenes del corregidor se cumplían. Abríanse las casas, se iluminaban las ventanas, llegaban carros y acudían vecinos. Hombres y mujeres pretendían charlar como descosidos, como queriendo indemnizarse del miedo y el silencio guardado durante la refriega; pero el aspecto severo de D. Melchor les volvía las palabras al cuerpo antes de que saliesen de la boca. Parecieron un médico y dos practicantes, que hicieron la primera cura á todos los heridos; resultando Juan con una descalabradura larga, pero insignificante, y don Alonso con un puntazo de escasa importancia; pero no así Sancho, que tenía atravesado el cuello y sufría tan copiosa hemorragia que apenas le quedaba sangre. De todos los demás, el más grave era el que recibió el arcabuzazo de Rosllo. El pobre Sancho apenas podía hablar; su inmenso dolor se marcaba por lágrimas que surcaban sus mejillas; hizo un gran esfuerzo y logró decir:

—Mi hija, señor corregidor, mi hija.

—Os juro, Sancho, por lo más sagrado del cielo, que he de aventurar cien veces la vida por recobrarla.

Á poco se oyó el ruido de un coche que llegaba á la plazuela. Siguió D. Melchor:

—Ese es el carruaje que pidió D. Alonso para conducirnos á su casa; dejaos llevar, allí os cuidarán D.^a Aldonza y doña Beatriz, que yo sé que os quieren bien.

—Hágase lo que su señoría mande.

—Sí; id, id.

Cogiéronle entre varios y al salir de la sala dirigió una mirada tan suplicante al corregidor, que éste, cogiéndole la mano le dijo muy conmovido:

—Os lo juro de nuevo, y si no basto yo, iré al rey, y el rey bastará.

Condújose á Sancho y á los otros, y cuando esto se acababa entró Fontecha echando venablos, pues ya sabia lo ocurrido.

—Voto á tal—gritó—que yo tengo la culpa, no soy más que un soldadote, un necio, que me he dejado engañar por ese miserable Caperuzo; yo debí prever lo que ha sucedido, y estar aquí, en la casa.

Paróse D. Melchor en firme y replicó:

—Alférez, ahora es cuando sois un necio.

—¡Ahora!

—Ahora. Yo fuí el que tomé la dirección del asunto, yo el que distribuí las fuerzas, yo el que debí prever, que si vos sois alférez, yo soy maestro de campo; yo el que debí colocar aquí no catorce hombres, sino cincuenta; yo el que conocía la osadía de Caperuzo, y yo el que impedí que Sancho sacara su hija y la pusiera en seguro. Yo soy, pues, el responsable de todo, y yo el que tengo que aventurar vida y fortuna para enmendar mi error, mi torpeza ó mi imprevisión. No sois vos el necio, sino yo.

—D. Álvaro, al escuchar esta rociada, se quedó suspenso y callado. Y siguió el otro:

—¿Me ayudaréis en todo lo que emprenda?

—En todo.

—¿Y vos, D. Alonso?

—También.

—Os lo agradezco.

Habían pasado más de dos horas desde que concluyó la pelea, habíanse sacado los muertos y los heridos, y estaban reunidos en la plazoleta muchos de los que habían combatido, unos comentando los hechos, otros lamentándolos, y cada cual refiriendo sus particulares valentías. Los paisanos y mujeres se volvían á sus casas con buen ánimo de inventar cuentos y darse importancia, refiriendo detalles que no habían visto.

En esto llegó y subió Gil de Azcona, el alguacil mayor del corregidor. Llegaba cansado, roto el traje, sin espada y con todas las trazas de haber hecho una presurosa caminata, pero con semblante de hombre satisfecho. Vióle D. Melchor, dijo á D. Álvaro y á D. Alonso que le aguardasen, é indicando á Gil que le siguiese, subieron ambos al desván.

—¿Qué hay?

—No todo, pero sí bastante.

—Contad.

—Cuando empezaron á huir me mezclé con ellos, y con ellos corrí uniéndome á un grupo de unos ocho, en el que iba el que se había estado batiendo con D. Alonso, que me pareció ser el jefe, y en efecto lo era, según luego oí. Gracias á la oscuridad, á la precipitación y al traje de paisano no me conocieron. Salimos de la ciudad bien de prisa, y sin decir palabra, encaminándonos hacia San Cristóbal; llegamos en poco tiempo, y al internarnos por las primeras malezas salió de entre ellas otro pícaro que dijo: «Ya está ahí la pájara», á lo que contestó el que había batallado con D. Alonso: «Muy bien, creí que había fallado el golpe, muy bien; con eso se acordarán de Caperuzo.» Entráronse por el bosque, pero yo me fui quedando atrás, porque eran ocho y si la emprendo con ellos allí me dejan y todo se malogra. Una vez en el monte, se dirigieron á Mal-asilo y entre las ruinas desaparecieron. Allí están; sin duda en las ruinas hay escondites que no conocemos. Me he vuelto corriendo, y creo que si vamos allá en seguida y en número suficiente, les podremos coger antes de que se vayan á otra parte, porque alguno de ellos entrará ó saldrá.

—¿Cuántos eran?

—Ocho; pero habrá algunos más, no muchos, porque se diseminaron en muchas direcciones.

Reflexionó D. Melchor un momento y bajó á la salita, seguido de un alguacil.

—Señores—dijo á D. Álvaro y D. Alonso,—hay que hacer inmediatamente una expedición para recobrar á Isabel, y tal vez á vuestra prima Gabriela. ¿Estáis dispuestos?

—Sí—contestaron ambos.

—Será arriesgada; se trata de coger al lobo en su cueva.

—Le cogemos.

—También voy yo—saltó Juan, que no había querido dejarse trasladar á ninguna parte.

—Estás herido.

—Esto no vale nada. Voy, y una de dos, ó me traigo á Isabel ó no vuelvo.

—Bien, muchacho, bien; irás, ya que te sientes con fuerzas, y con la ayuda de Dios y nuestro esfuerzo nos la traeremos.

Tras esto, asomándose á una ventana, llamó:

—¡Perea!

—Señor.

—¿Cuántos cuadrilleros quedan útiles?

—Ocho, contando conmigo.

—Pues reunidlos, y reunid también mis alguaciles, y decid á cuantos queden por ahí de los que nos han ayudado esta noche que me hagan la merced de subir.

Subieron los invitados, y les dijo:

—¿Quiénes quieren tomar parte en una empresa atrevida para acabar lo que hemos principiado?

—Yo, yo—contestaron todos.

—Está bien, os lo agradezco; salid á la calle y juntaos con Antón de Perea.

A muy poco iban todos por el camino hacia San Cristóbal, marchando al frente el corregidor, D. Álvaro y D. Alonso.

CAPÍTULO X

La destreza de un alguacil, los atrevimientos de la Niña Guapa y las amarguras de un bribón.

Poco después de salir de la ciudad, el corregidor, como hombre práctico en achaques de guerra y de persecución de malhechores, dispuso un pequeño alto para organizar convenientemente la fuerza. Eran en total unos cuarenta hombres. Mandó delante á Antón de Perea con cuatro cuadrilleros todos buenos tiradores, con los cuales y como guía fué también

Gil de Azcona. Destacó al flanco derecho una pareja igualmente de arcabuceros y otra al izquierdo, y á Fontecha, con seis de los que él mismo había traído, le ordenó que quedase de retaguardia. Con los restantes formó el grupo central; previno que la vanguardia, retaguardia y flanqueos procurasen conservarse á unos cien pasos de este mismo grupo, advirtió que todos estuviesen dispuestos á atacar ó á rechazar un ataque, y dió la orden de marcha. Resultó una formación bastante cerrada y propia para combatir en el momento en que apareciese el enemigo.

La marcha fué pronta, la columna no hizo ruido ni le oyó; llegó al pie de San Cristóbal, donde principiaba la maleza, se reforzó allí cada flanqueo con una pareja, se acortó el paso y se principió la subida. Sin tropiezo alguno se llegó á las ruinas de Mal-asilo, y una vez en tal sitio, Azcona, como el mejor conocedor de aquellos andurriales, tomó la venia del corregidor y fué colocando centinelas dobles en los lugares más convenientes, de manera que las ruinas quedasen rodeadas, y que cada par de guardadores tuviera fácil comunicación con los otros pares de su derecha é izquierda. Sobraron seis hombres, con tres se quedó el coregidor y Fontecha con otros tres. Azcona y Juan se metieron y ocultaron entre las ruinas. Todos los sitiadores estaban ocultos y silenciosos; un indiferente que hubiera pasado por allí nada hubiera visto y oído. El día principiaba á apuntar.

Veamos ahora lo ocurrido en los subterráneos. Rosillo, cuya misión era únicamente la de apoderarse de Isabel, así que dejó su pelea con Juan saltó á otros tejados, y corriéndose por ellos llegó á una casucha deshabitada, por la que salió á la calle seguido de los suyos. En aquel momento fué cuando vió que el último de ellos traía á Isabel y dijo: «Hombre, bueno, la llevaremos y allí estará hasta que yo la suelte.» Tras de lo cual emprendió su marcha hacia Mal-asilo. Pero la Niña Guapa pesaba, su conductor no podía andar de prisa, y el propio Rosillo se la cogió y se la echó al hombro diciéndole: «Daca, Perejil; tú no sirves para llevar este saco de perlas.» Así siguieron hasta llegar á sus escondrijos. Isabel, que durante la pelea había estado aturdida, comenzó á recobrase, á

rehacerse; se vió arrebatada, sin recurso ni amparo, y comprendió que si algo menos malo podía esperar en tan apurado caso, no era por medio de debilidad y abatimiento, sino conservando tranquilidad y energía. Ni se desmayó, ni gritó, ni hizo esfuerzos para huir, cosas todas que hubieran resultado inútiles; procuró conservar el juicio para saber dónde la llevaban, reconoció el cerro de San Cristóbal, y no resistió cuando para meterla en la guarida la ataron de pies y manos y la introdujeron como un costal. Una vez dentro la desataron, llevándola al camaranchón donde estaban Galita y Juana. Y hecho esto, salió Rosillo á esperar á Caperuzo y al hallarle le dijo: «Ya está ahí la pájara», palabras oídas por el alguacil Azcona.

Una vez reunidos los bandoleros en su albergue, el jefe mandó á uno que se colocara en la entrada que salía al maticizo de maleza y á otro que se pusiera en la salida á las ruinas, por la basa y fuste de la columna, que ya describimos la primera vez que se habló de los subterráneos, con orden á ambos vigilantes de que noticiaran cuanto vieran ú oyeran. El de la columna fué Chupalámparas, que estaba derregado y maltrecho por el barrazo de la noche anterior y bastantes cintarazos y puntazos que había recibido en la pelea. Fué á su puesto renqueando y renegando, y se situó en él echando demonios contra quien le obligaba á tal servicio. Seguidamente hizo el jefe que sus subalternos le dieran cuenta minuciosa de todo lo que á cada uno le había ocurrido, y, concluído esto, uno de ellos le preguntó tímidamente:

—¿Se puede saber por qué mataste á Tremo?

Caperuzo echó mano á la daga y contestó:

—Por lo que yo sé y no digo; bien está donde está.

El preguntador se calló.

El que había cogido á Isabel se atrevió también á preguntar á Rosillo:

—¿Qué piensas hacer de la moza?

—Haré lo que me acomode.

—Es que si no la quieres, á mí me vendrá bien.

—Perejil, Perejilillo, no está la miel para la boca del asno.

Y al decir esto le puso la mano sobre la cabeza, apretó y le echó al suelo como aplastado.

Caperuzo lo vió y no dijo nada. Se sentó, se levantó, se puso á pasear, dió cuatro vueltas, y encarándose con los otros les dijo:

—Ha sido buena, un disgusto en forma, como mío; pero me parece que antes de mucho vamos á ver toda la Santa Hermandad de la comarca, y acaso un par de compañías con sus capitanes y todo.

Y esto dicho, tornó á sus paseos y reflexiones.

Además de esto, y mientras pensaba, ocurrían en los subterráneos otras cosas. Cuando á Isabel la colocaron en el camaranchón donde estaban Juana y Galita, se sentó en el suelo apoyando la espalda en la pared. Iluminaba con escasa luz aquel mísero recinto un todavía más mísero candil. Juana estaba tendida en un montón de paja y Galita acurrucada á su lado. Ni una ni otra fijaron su atención en la nueva persona, Galita por abstraída y Juana por débil. Isabel en el primer momento no las distinguió, viendo sólo un bulto que la pareció un montón de trapos viejos. Después fijó más la vista, empezó á acostumbrarse á la escasa luz, se apercibió de que en el montón se movía algo, y pensando en saber con quién estaba, fijó la atención y principió á observar. Quería librarse del cautiverio en que había caído, no esperaba socorro, y decidió aventurar la vida, si era preciso para lograr su fin. Viendo que lo que columbraba no se movía, determinó moverse ella para ver, examinar y hacer algo si era posible. Moviése, en efecto, muy lentamente, y andando á gatas en dirección al bulto, todo era mirar y escuchar, y, en efecto, oyó un suspiro que salía del acongojado pecho de Juana.

—Personas son—se dijo.

Siguió adelantando y llegó á tocar el pie de Galita. Esta salió de su abstracción, adelantó la cara, y acostumbrada á la escasa luz, conoció á la que la tocaba.

—Isabel!—murmuró quedamente.

—Yo soy.

Isabel había conocido á Galita en la voz.

—¿Cómo estás aquí?

—Me han robado de mi casa.

—¿Quién?

—Uno que le llaman Rosillo.

—Le conozco. Pero si yo te avisé.

—Pues con tu aviso y todo, me han robado.

—Son muchos y muy atrevidos.

—Díme, Galita, ¿no podríamos escaparnos? Tú tienes en Valladolid una tía que es Marquesa de Peñaluenga y una hermana que se llama D.^a Beatriz.

—¡Están aquí mi tía Aldonza y mi hermanal!

—Sí, yo las conozco, viven junto al arco de Santiago.

—¿Saben algo de mí?

—Saben que estás en poder de los ladrones, y han prometido mucho dinero al que te libre. Pero díme, ¿cómo podremos escaparnos? Tú debes conocer las salidas de esto. Guíame y vámonos, suceda lo que quiera. Te llevaré á casa de tu tía.

—Sí que conozco las salidas, pero ahora va á ser imposible, las tendrán guardadas.

—Mira, Galita, aunque arriesguemos la vida vamos á intentarlo; más vale morir de una vez que vivir como vives, y como tendré que vivir yo si no logro salir. Ahora que tu tía y tu hermana te esperan, ¿cómo vas á seguir con esta gente perdida?

—Yo he podido escaparme muchas veces, pero no he tenido ánimo, no conocía á nadie, no sabía á dónde ir ni á quién acogerme; me daba miedo todo.

—¡Pobre criatura!

—Pero ahora que sé que están en Valladolid mi tía y mi hermana, ya me atreveré. y en cuanto se marchen...

—No, Galita, no. Ahora mismo. Yo no puedo estar aquí. Calcula, ¡en poder de ladrones!

—Sí, sí, es verdad, hay que salir. Sólo lo siento por esta pobre mujer que se está muriendo.

—¿Quién es?

—La que me robó.

—¿Y la tienes lástima?

—Sí, no es tan mala como parece; hace mucho que estoy con ella y no me ha tratado mal.

—Pero lo que más nos importa es salir. Tenemos que li-

brarnos, y yo además tengo que cuidar á mi padre, que debe estar herido.

—¿Ha habido pelea?

—Muy grande, ya te la contaré cuando haya tiempo; pero vete, Galita, vete á ver cómo podemos escapar; mira que yo corro un peligro muy grande. Te llevaré en seguida con tu tía. Dejarás esos andrajos, te vestirás bien, verás á tu hermana, verás el sol, te volverás á llamar Gabriela, irás á unirte con tus padres. Anda, Galita, atrévete, no tengas miedo. Yo te aguardaré pidiendo á la Virgen del Rosario que nos ayude.

En aquel momento la moribunda Juana, como sacudiendo su sopor, se volvió hacia las dos muchachas y con voz trémula dijo:

—Vete, Galita, sal de este infierno.

La pareció á aquella pobre criatura sobrenatural y casi milagroso que Juana hubiese recobrado en aquel crítico momento el pensamiento y la voz; le pareció que aquellas palabras eran una orden del cielo, se confortó con ello su ánimo, y respondió:

—Voy ahora mismo.

Abrazáronse Isabel y Galita, y la segunda, sin meter ruido y medio arrastrando por el suelo, salió del camaranchón, mientras la primera, acurrucada junto á Juana, se encomendaba de todo corazón á la Virgen y principiaba á rezar el rosario.

Siguió en la lóbrega estancia el más absoluto silencio, Juana continuaba inmóvil, Isabel rezaba con toda fe. Al cuarto de hora volvió Galita y dijo:

—He ido á ver una de las salidas y por ella no podemos escapar; hay que cruzar una sala donde están ahora Caperuzo, Rosillo y ocho ó diez más. Hablan de lo ocurrido. Voy á ver por el otro sitio.

Volvió á salir, Isabel siguió rezando; pasado otro cuarto de hora volvió con mejor cara.

—Por la otra salida ya podría ser; no hay más que uno, es Chupalámparas.

—¿Uno solo?

—Sí.

—¿Quién es ese Chupalámparas?

—Uno que no es el más fuerte ni el más valiente.

—¿Qué hace?

—Está sentado en la parte baja de una escalerilla y muy pensativo.

—¿Se sale por esa escalera?

—Sí, por ella se sube hasta el techo, en el techo hay un agujero que da á una columna rota y hueca, se mete la cabeza por el agujero, se quita una barra, se empuja una piedra y queda abierta la salida.

—¿Eso se hace pronto?

—En un instante.

—¿Y á dónde se sale?

—Al monte.

—Pues vamos.

—¿Y Chupalámparas?

—Mira, Galita, lo sentiré mucho, pero si no hay más remedio, le echo las manos al cuello y le ahogo.

—¿Te atreverás?

—Y tanto como me atreveré. Y me lo perdonara Dios, que bién sabe por qué lo hago.

Dirigieron una última mirada á Juana, que seguía insensible, Galita le dió el último beso, y una y otra, achicándose y encogiéndose, salieron del camaranchón, empezando á recorrer los sinuosos callejones de los subterráneos.

Chupalámparas en tanto permanecía sentado en el peldaño inferior de la escalerilla y completamente absorto en sus reflexiones. Como era un redomado pillo, y listo además, las reflexiones salían acertadas é iban lejos.

He aquí la serie de pensamientos de aquel bribón:

¡Qué temeridad ha hecho ese Caperuzo! Lo menos han quedado allí veinticinco de los nuestros... unos muertos y otros presos. Con los presos de seguro que da en la horca el corregidor. ¿Y todo por qué? Por una moza que le gusta á ese bárbaro de Rosillo... ¿Y yo? Molido, me duele el trastazo de ayer, y estos pinchazos que he cogido esta noche: No sé cómo he escapado de ese demonio de Antón de Perea; me traía mal; gracias á Peroles que se metió por medio... Esto no puede seguir así; yo estoy perdido; creo que Perea me cono-

ció... Ya no tengo sitio seguro... En cuanto me vean, á la cárcel... Y además, estos desconfían de mí... me vigilan... Y Caperuzo, ya se sabe, en cuanto desconfía de uno, la de Tremo, una estocada que le deja seco... Nada, que me aguarda una como la de Tremo... ¡Qué mal paga al que le ayuda!... Por todos lados mal, mal y mal. ¿Cómo saldré de este paso?... Ahora, ingenio mío, ahora te necesito.

Cuando Chupalámparas llegaba á este punto de sus cavilaciones, Galita é Isabel llegaban á pocos pasos de él sin haber sido sentidas. Continuaba el hombre sentado en el peldaño inferior de la escalera, con ambos codos apoyados en las rodillas, la cabeza baja y entre las manos, y tan abstraído y preocupado que nada le distraía. Galita dijo á Isabel:

—Mírale.

—No nos ve.

—No.

—Escucha; yo voy á dar un rodeo y ponerme tras él. En cuanto yo esté detrás, tú te le pones delante, le dices que quieres salir y... ya veremos.

Seguían la abstracción y las reflexiones de Chupalámparas.

—Se nos va á echar encima un mundo de gente... Me cogen, y si no me ahorcan, me mandan á galeras por toda la vida. No quiero, no... Si yo pudiese... si yo pudiese... si yo pudiese ver al corregidor y decirle quiénes son y dónde están... Pero quedaría alguno, y ése me mataría. Y aunque escapara, ¿dónde voy?... No tengo dinero, ni conozco gente. ¿No habrá remedio? Voto á...

Al pensar esto alzó la cabeza y vió ante sí á Galita.

—¿Qué quieres?

—Salir.

—Ahora no puede ser.

—Tengo en Valladolid á mi tía la Marquesa de Peñaluenga y á mi hermana D.^a Beatriz, que darán mucho dinero al que me libre.

—¿D.^a Aldonza es tu tía?

—Sí.

—¿Quién me responde de que darán ese dinero?

—Yo—respondió Isabel.

Chupalámparas se volvió y la vió. Las manos de la muchacha estaban tan cerca del cuello del bandfdo, que éste temió verse ahogado en un segundo. La sorpresa, la soledad y el aspecto de Isabel le sobrecogieron. Se figuró que la que le amenazaba era un gigante. Los dedos de la muchacha, duros como hierro, tocaban su cuello. Y dijo Isabel:

—Cógele ese puñal que lleva en la cintura.

Galita se le cogió.

—Dámele. ¿Nos dejas salir?

Chupalámparas seguía aturdido y callado. Isabel apoyaba en su pecho la punta del puñal.

—¿Nos dejas salir? Si nos dejas tendrás dinero; si no, aquí mueres.

Ya sabemos que aquel bribón no tenía el valor indómito de Caperuzo ó Rosillo. Contestó:

—Si de verdad me dan dinero, os dejaré salir.

—Se te dará.

—Tendré que irme con vosotras.

—Te vienes, pero ahora mismo.

Y empezó á pincharle.

—Bien, ahora.

—Sube por la escalera, yo ire tras de ti, y Galita la última. No nos hagas traición, porque mueres.

Isabel alzó el puñal un poco. Chupalámparas se levantó y empezó á subir la escalerilla, siguióle la muchacha pinchándole en la espalda, y tras de los dos subió Galita.

LEANDRO MARISCAL.

(Continuará.)

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Aprobados los presupuestos y suspendidas las sesiones de Cortes, diputados y senadores abandonaron á Madrid, buscando la paz y sosiego en el hogar de sus respectivas familias. Hasta últimos de Enero, en que las Cortes reanuden sus sesiones, no se volverá á la vida activa de la política

El Gobierno del Sr. Maura, sin temor alguno á sus falsos amigos ni á las oposiciones, se apresta á la lucha. Las amenazas de los primeros y los combates de las segundas no le arredran. Pero el descontento es general. No reina la paz en los espíritus. Desde la catástrofe de Cuba, de Puerto Rico y de Filipinas, la política no puede ni debe ser otra cosa. Cuando un pueblo ha visto rodar por el suelo sus antiguas glorias y cuando se ha convencido de la tremenda desgracia que sobre él pesa, ese pueblo, sin fe y sin entusiasmo, marcha á la ventura, receloso de todo y enemigo de todos. Gobierno y pueblo se hallan separados y se odian recíprocamente.

* * *

Se ha dicho que los Sres. Villaverde y Moret, animados por las mismas ideas y aspiraciones, iban á formar un nuevo partido, una nueva *Unión liberal*, que, como la de O'Donell, diera al traste con el maltrecho partido conservador y con el desacreditado fusionista.

El Sr. Conde de Romanones, en el Círculo liberal, y con motivo de constituirse los comités de Chamberí, Buenavista é Inclusa, dijo que debía desmentir de una manera terminante y rotunda los rumores que circulaban de aproximaciones en-

tre el partido liberal y determinadas fuerzas conservadoras. «Es preciso, añadía, decirlo claramente para que lo oiga todo el que quiera oír. No hay pacto, no hay conjunción, no ha existido semejante propósito.» El Sr. Moret, que habló á continuación, no ratificó las declaraciones del Sr. Conde de Romanones, lo cual fué interpretado por algunos como señal de que entre el ex Ministro de Instrucción pública y su jefe no existía completa conformidad en asunto de tanta importancia. Á nada práctico conduciría, según nuestro modo de ver las cosas, la unión de las fuerzas del Sr. Moret con las del señor Villaverde.

* * *

El nombramiento del P. Nozaleda para la archidiócesis de Valencia ha sido una torpeza del Gobierno. Con apasionamiento ó no apasionamiento y con más ó menos justicia, lo cierto es que la opinión pública ha condenado al antiguo Arzobispo de Manila. Ante la protesta casi unánime del pueblo español, puede resolverse el conflicto de dos modos: ó por la rectificación del acuerdo ministerial hecha por el Gobierno mismo, ó por la renuncia del P. Nozaleda. Obstinarsé en mantener dicho nombramiento sería una terquedad que pudiera traer días de luto al país.

* * *

El día 7 de este mes, á las diez de la mañana, falleció el Sr. D. Juan Manuel Orti y Lara, antiguo catedrático de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central y director al presente del periódico *El Universo*. El Sr. Orti y Lara, constante defensor del escolasticismo, combatió, sin tregua ni descanso, en la cátedra, en el libro y en el periódico los modernos sistemas filosóficos, en particular la doctrina de Krause. En política estuvo afiliado al integrismo, del cual se separó hace pocos años para defender la monarquía actual desde la extrema derecha conservadora. Hombre de profundas creencias católicas, ilustre filósofo y distinguidí-

simo escritor, su muerte será llorada por sus numerosos discípulos y por todos los amantes del saber. Descanse en paz y reciba su familia nuestro sentido pésame.

II

Los periódicos franceses se ocupan un día y otro día de la situación anárquica y del porvenir del imperio de Marruecos. La cuestión de Marruecos interesa vivamente á nuestros vecinos. Parece ser que, si hubo un tiempo en que éstos pensaron entenderse con España para resolver dicha cuestión, ahora aspiran á hacerse dueños del imperio mediante la forma, más ó menos encubierta, de protectorado. Francia, de acuerdo con Inglaterra, no hace caso de nuestra tradición y de nuestra historia, de nuestra situación geográfica y de nuestras plazas de Ceuta y de Melilla. Urge que el Gobierno del Sr. Maura haga ver en París, en Londres y en Berlín que alegamos legítimos derechos en el futuro reparto del imperio de Marruecos.

* * *

Los telegramas y los periódicos extranjeros vienen anunciando hace días que iba á estallar la guerra entre Rusia y el Japón.

En la última nota que el Japón ha enviado á Rusia se pide: 1.º Que el Gobierno del Zar reconozca formalmente la independencia é integridad de los territorios de Corea y China. 2.º Que todas las naciones puedan comerciar libremente en Corea y China. 3.º Que un tratado especial resuelva la situación en que ha de permanecer la Mandchuria.

Desconócese la respuesta; pero se puede asegurar que Rusia reconocerá la preponderancia del Japón en Corea y se negará tenazmente á abandonar la Mandchuria. Sin embargo de las arrogancias y de los alardes de fuerza de los japoneses, creemos, si el orgullo y la pedantería no ciega á éstos, que no se atreverán á lanzarse á la lucha. Con la misma ó mayor

facilidad que el Japón venció á China, pueblo inmóvil y estacionario, él sería vencido por el formidable imperio moscovita.

* * *

En la horrible catástrofe del incendio del teatro Iroqués de Chicago, según los últimos telegramas, el número de muertos se elevó á 690 y los heridos á 200; sólo 183 espectadores resultaron ilesos. Tres cuartas partes de las personas muertas lo fueron porque á los gritos de fuego se precipitaron en busca de las salidas del teatro, atropellándose, golpeándose y derribándose unas á otras. Que no olviden esto nuestros Gobernadores civiles y nuestros empresarios de teatros.

PEDRO ANSÚREZ.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Pasionales (*Cuentos*), por FRANCISCO DE ARCE.—Su precio 2 pesetas.—Madrid, 1904.

Pasionales es un libro de cuentos muy bien escrito, con retratos pintados de mano maestra y con descripciones encantadoras. El Sr. Arce es discípulo de Zola y de los más aprovechados. Si alguno lo duda, lea los cuentos *Mamma non vole*, *La cantaora*, *Historia triste*, *Calaverada*, *El Hércules de bronce*, *Idilio roto* y *Charito*. Aunque se incomode conmigo el autor de *Pasionales* y me trate de oscurantista, de ultramontano y de beato, he de decir que no me agradan tantas crudezas y tantos amores obscenos. En particular, la lectura de *El Hércules de bronce* me ha causado profundo disgusto. ¿Dejaría el Sr. Arce su libro de cuentos en manos de sus hermanas ó de sus hijas? Seguramente que no.

Así como entre la escoria hay también oro puro y entre arenas y cascajo se encuentran preciosos diamantes, así entre *amorosos* cuentos hay uno sumamente delicado y de una gran ternura. *El hijo de la viuda* es una joya de subido precio. Palpita el interés desde el comienzo hasta el fin, y dulce sentimentalismo rebosa en toda la narración.

¡Cuánto más digno de alabanza es el exceso de sentimiento que las repugnantes fotografías de la lujuria!

Emplee el Sr. Arce, si desea ocupar un lugar preeminente entre nuestros novelistas, sus peregrinas dotes de escritor en asuntos importantes, en hechos históricos y morales, en afectos sanos y generosos. Y crea que mis consejos son los de un amigo.

* * *

Los consultorios de niños de pecho (*impresiones de viaje*), por D. RAFAEL ULECIA Y CARDONA.—Madrid, librería de Nicolás Moya, Carretas, 8, 1903.

El Sr. Ulecia, impulsado por una idea noble y generosa, hizo un viaje á Francia y á Bélgica con objeto de estudiar los consultorios de niños de pecho y traer á España las reformas y los adelantos de estos establecimientos. «Objeto constante de mis preocupaciones, dice el director de la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, ha sido la creación en Madrid de un consultorio de niños de pecho, que habrá de contribuir no poco, en unión de otras

medidas higiénicas, á disminuir la elevada cifra de niños que anualmente mueren.» Logró realizar su pensamiento el ilustre médico, merced al apoyo que obtuvo de los Sres. Marqueses de Casa Torre.

En el folleto del Sr. Ulecia, escrito en ameno estilo y en lenguaje puro y castizo, se hallan curiosas noticias y observaciones muy dignas de estima.

Digno es de toda alabanza el hombre que dedica toda su actividad y consagra toda su vida á la humanitaria y caritativa empresa de fundar un Consultorio para criar sanos y robustos á los niños, y que á la vez es centro de educación de las madres.

* * *

Annuaire pour l'an 1904, publié par le Bureau des longitudes.—
Prix, 1 fr. 50 cent.—Paris, Gauthier-Villars, Quai des Grands-Augustins, 55.

La librería Gauthier-Villars acaba de publicar, como todos los años, su utilísimo *Anuario*, y, como siempre, dicha obra contiene muchas é interesantes noticias para todo hombre de ciencia, en particular para el ingeniero. Entre otros estudios de verdadero mérito, se citará el de Mr. P. Hatt, intitulado *Explicación elemental de las mareas*, y el de Mr. Bouquet de la Grye, *Sobre la conferencia geodésica de Copenhague* en Agosto de 1903.

* * *

Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1903 á 1904 en el Instituto general y técnico de Toledo, por el DR. D. TEODORO DE SAN ROMÁN Y MALDONADO, Director y Catedrático de dicho establecimiento.

En dos partes divide el Sr. San Román su discurso: en la primera se ocupa del decaimiento de la nación española después de sus últimos desastres, y en la segunda, del estado presente de la enseñanza pública. Cree el ilustre profesor que la crisis por que atraviesa España, no tan grave como la de los últimos tiempos de la monarquía visigoda, ni como la de la última época de la casa de Trastámara, ni como la de la decadencia de la casa de Austria, tiene remedio. «El único antídoto, añade, para el mal que á la sociedad aqueja, el mejor preservativo para que nuestras dolencias no se hagan endémicas, es esculpir en nuestra mente, con caracteres indelebles, el cumplimiento del deber en los distintos órdenes ó esferas en que cada individuo desenvuelve su actividad; es decir, en la sociedad doméstica como consorte, padre ó hijo, en la civil como ciudadano, y en la política como miembro del Estado. ajustando cada cual sus determinaciones á la norma de conducta que regula la ley moral para los diferentes estados y condiciones de la vida humana.»

En la segunda parte el Sr. Director del Instituto de Toledo da gallardas muestras de sus profundos conocimientos en instrucción pública. El Sr. San Román, no sólo hace notar las deficiencias é imperfecciones de la actual enseñanza elemental y superior, sino señala los medios para que las escuelas, Institutos y Universidades salgan del abatimiento y vivifiquen el alma casi muerta del pueblo español.

* * *

Monastici Augustiniani R. P. Fr. Nicolai Crusenii continuatio atque ad illud additamenta, sive Bibliotheca Manualis Augustiniana in qua breviter recensentur augustinenses utriusque sexus virtute, litteris, dignitate ac meritis insignes ab anno 1620 usque ad 1700. Auctore, P. M. FR. THYRSO LÓPEZ BARDÓN, hispano legionensi, ex Asistente generali Ord. Er. S. S. Augustini, Provincial Smi. Nominis Jesu insularum Philippinarum alumno, e Claustro Doctorum Universitatis Pontificiæ Vallisoletanæ, Academiæ Historiæ Hispaniæ a communicationibus Socio et ejusdem Augustiniani Ordinis ab anno 1895 usque ad 1901 Chronographo, etc. Operis volumen secundum. Superiorum Jussu et approbatione.—Vallisoleti, ex typographia Josephi Emmanuelis de la Cuesta.—Anno 1903.

(Continuación del *Monasticón agustiniano* del R. P. Fr. Nicolás Crusenii, con adiciones al mismo, ó sea, Biblioteca Manual Agustiniiana, en la cual se hace una reseña breve de los religiosos agustinos de uno y otro sexo que más han sobresalido por sus virtudes, ciencia y dignidad desde el año 1620 hasta el 1700.

Por el P. M. Fr. Tirso López Bardón, ex Asistente General de la Orden eremítica de San Agustín por Castilla y León, alumno de la provincia del Santo Nombre de Jesús de las islas Filipinas, individuo del Claustro de Doctores de la Universidad Pontificia de Valladolid, correspondiente de la Academia de la Historia de España y cronista de la misma Orden Agustiniiana desde el año 1895 al 1901, etc.—Volumen II de la obra.—Por mandato y con aprobación de los superiores.—Valladolid, tipografía de José Manuel de la Cuesta, año 1903.)

La obra que acaba de publicar el R. P. Tirso López, eruditísima, como todas las suyas, es, según se expresa en la portada, una continuación ó adición muy completa de la que comenzó el P. Crusenio, la cual estaba interrumpida ó en suspenso desde el año 1620.

Reconociábase por el instituto agustiniano la necesidad de continuar el mencionado trabajo (Biblioteca Manual Agustiniiana), pues desde aquella fecha habían florecido en la Orden de San Agustín muchos varones ó personas ilustres en santidad y letras. Algo había conseguido hacer en este sentido el célebre italiano P. Lantari; pero su muerte, acaecida en 1887, interrumpió su ardua tarea. En el último Capítulo general de la Orden, celebrado en Roma en 1895, se nombró al P. Tirso López cronista general, con

beneplicito de todos sus hermanos extendidos por el mundo, pues en todas partes es conocido y admirado el ilustre ex Asistente general de la Orden de San Agustín.

El objeto de esta obra, tanto en este segundo tomo como en el primero, es dar á conocer todos los hombres insignes que en virtud y ciencia han resplandecido en la Orden Agustiniiana, y muy especialmente en España, Italia y Alemania.

Muestra el P. Tirso en su libro profundos conocimientos históricos y críticos, revelando en particular estas dotes en la parte bibliográfica de los escritores.

Del mismo modo el insigne hijo de San Agustín hace la reseña de los Capítulos generales celebrados desde el año 1620, como también el catálogo de los Rvmos. PP. Generales, Procuradores Generales, Santos, Beatos, Venerables, Obispos y escritores.

Terminóse este tomo segundo el día 25 de Mayo de 1903, precisamente al cumplir el P. Tirso los sesenta y cinco años, edad no tan avanzada que le impida continuar su meritísimo trabajo, publicando los volúmenes siguientes, como es nuestro deseo.

Con respecto á la forma, se dirá que el sabio agustino escribe un latín cicerionano y su estilo es correctísimo y muy elegante.

PEDRO ANSÚREZ.

*
* *

Fünftes Jahrbuch der Kölner Blumen-Spiele (*Quinto Anuario de los Juegos Florales de Colonia*). 1903.—Köln 1904. —Un vol. en folio de 394 págs. con grabados, sin indicación de precio.

Desde que en 1899, el ardiente hispanófilo Dr. D. Juan Fastenrath fundó y dotó los Fuegos Florales de Colonia, la REVISTA CONTEMPORÁNEA dedicó especial atención á los nuevos concursos de la poesía en la ciudad rihniana, y dió cuenta, año por año, de los *Anuarios* de aquellas fiestas. Llega ahora á nuestras manos el espléndido tomo que historia el concurso de 1903 y la solemne fiesta del primer domingo de Mayo del último año. El *formato* del tomo y la distribución de la materia en nada diferecian este volumen de los anteriores, con lo cual queda hecho su elogio, y como conviene á esos libros que á la postre no representan sino volúmenes sueltos de una misma obra.

En lo que si difieren es en los nombres que en la obra campean y en las particularidades de las reseñas.

Fué este año reina de la fiesta la Baronesa Gertudris de Althaus (espléndido fotograbado de la misma inicia el libro, después de la portada), la cual Baronesa ha logrado fama de irreprochable actriz en teatros privados y de poetisa y noveladora en públicos certámenes, aunque envolviendo su nombre con el pseudónimo. De estas mismas condiciones de artista y escritora se nos dan pruebas en este libro; ya en el convite que sigue á la fiesta literaria, arrancando las preciadas flores de la diadema que ceñía para or-

nar con ellas el pecho de los vates, ya improvisando brindis, ya contestando agudamente á las alusiones de que fué objeto, ya presentando al último concurso escritos que resultaron premiados. Y si es verdad que con *Carmen Silva*, quien por primera vez ocupó el trono del amor en Alemania, parecía haberse agotado la elección de una persona para un puesto tan eminente, no lo es menos que los poetas premiados en Alemania tienen buena mano para la elección, y que sus damas se muestran en todo dignas de subir al trono de aquella reina poetisa.

La memoria y reseña de Fritz Zilken resulta muy interesante.

El premio del Amor lo obtuvo Friedrich Castelle por su poesía *Mein Bote* (Mi mensajero); el de la Fe, Lorenzo Krapp por su poesía *Christus*; y el de la patria, A. C. Strahl por su poesía histórica *Friedrich der Grosse und Leutnant Stein*. En las novelitas ó cuentos fué premiada Elisabeth von Weitra, por la que se titula *Das Erbe* (El heredero), y es muy graciosa *Der Hut* (El sombrerero), que obtuvo el premio particular de los señores Bouressi.

Entre las baladas debemos señalar la del Dr. C. Spielmann titulada *Görg V Frundsberg und der Spielmann*, por ser la que alcanzó el premio particular ó extraordinario de S. M. el Rey de España D. Alfonso XIII.

El premio de las poesías humoristas lo alcanzó el Dr. Wilhelm Schneider-Clauss. Novedad ofrece este año el premio de Lady Ana Kemble-Farwick para poesías inglesas, en las que salió vencedora Juana Baltz.

Entre las poesías que siguen nos han llamado la atención: una traducción castellana de *La Campana de Schiller* por Guillermo Jünemann, nacido en Westfalia; una balada muy entonada de don Patricio Aguirre de Tejada, Conde de Andino; un soneto elegíaco á la muerte del Rey Luis II de Baviera, por el argentino Leopoldo Díaz, seguido de una traducción alemana de D. Juan Fastenrath, y basta eso para decir que es traducción fidelísima.

Sigue á esta sección la no menos extensa de felicitaciones telegráficas y postales de todas las partes del mundo, en prosa y rima, y en múltiples y varias lenguas. Sólo de la casa reinante española figuran telegramas de SS. MM. el Rey y la Reina y versos de la Infanta D.^a Paz, inmediatamente traducidos por Fastenrath, lo mismo que la salutación de D. José Trajano de Mera á la Baronesa de Althaus, reina de la fiesta.

Sobradamente nos extenderíamos si quisiéramos reseñar esta parte del libro. Las saluciones de escritores españoles son numerosísimas y abundan más las de catalanes y aragoneses que las de andaluces. Al fin Barcelona fué madre de estas fiestas, y las de Zaragoza han resultado ser hijuela de las de Colonia.

Una noticia de los literatos muertos en el último año, en la que se dedica largo espacio al poeta español D. Gaspar Núñez de Arce, y la transcripción de artículos y recortes de prensa, no sin consagrar un recuerdo á la cuarta fiesta de los Juegos Florales de Zaragoza, cierran el volumen.

Las apreciaciones que llevamos hechas en años anteriores,

acerca de la importancia de los Juegos Florales de Colonia pueden darse aquí por reproducidas, y pues que nuevo volumen viene ahora á sellar las buenas relaciones literarias de Alemania y España, enviamos nuevo abrazo á quien supo fundarlas y las sostiene.

E.

* * *

Estadística social, por ERNESTO BARK.—*Lozano y C.^a, en Barcelona.*—313 páginas, 1 peseta.

Este libro, muy documentado, es el fruto de una activa propaganda que su autor iniciaba en 1897 desde las columnas de *Germinal* en unión con Dicenta, Fuente, Delorme, Palomero y Salmerón y García, y forma el quinto tomo del sistema del socialismo positivo que publica bajo el título de *Política social*.

Pretende el Sr. Bark haber fundado esta nueva rama de la sociología, que une á ésta con la política, la economía y la filosofía. El último volumen, cuya publicación está anunciada para dentro de poco, abarca los problemas filosóficos, la moral social, placeres altruistas y la nueva fe, y lleva el título característico *Filosofía del placer*.

Equidistante del colectivismo marxista, que sería un cuartel demagógico insoportable, y del anarquismo visionario, busca el socialismo positivo, una síntesis de las corrientes sociales partiendo de los principios democráticos, para realizar paulatinamente la revolución social desde el Ministerio del Trabajo.

Así reproduce el Sr. Bark el proyecto del Instituto del Trabajo del Sr. Canalejas, llamándolo la entrada triunfal del socialismo positivo en el Gobierno de España y considerándolo de mayor importancia para el internacionalismo que la de Millerand en el Ministerio de Waldeck-Rousseau.

Notable es el entusiasmo del autor cosmopolita por la misión social de nuestro país: cree que España será el país modelo de la revolución social, realizada científicamente desde arriba sin trastornos y crueldades inútiles, que mancharon la revolución de 1789. Por su aislamiento podrá España iniciar la gran transformación, y los 130 millones de Rusia concluirán la obra, arrastrando al universo consigo.

Estas ideas están defendidas en *Estadística social* y particularmente en la primera y tercera parte, tituladas: *El problema de la miseria* y *Los reyes del oro*. Interesantes son las páginas sobre los proletarios de levita, la prensa, la higiene social y la psicología de los reyes del oro, los Rothschild, Carnegie y otros.

Un centenar de páginas dedica el Sr. Bark á la España social, donde describe la vida de los obreros de las ciudades y los campos, los pescadores y marineros, dependientes de comercio y las desgraciadas mujeres que se dedican á los oficios de modista y de otro género. Espantoso es el cuadro que nos presenta sobre la

prostitución en Madrid, las casas de dormir y la higiene municipal. Bark quiere hacer justicia á todos aquellos que con su pluma hayan cooperado en esta gran obra de caridad publicando íntegros artículos perdidos en periódicos y revistas, salvando así del inmerecido olvido joyas verdaderas de Lerroux, Dicenta, Claudio Frollo y otros menos conocidos.

D. B.

*
* *

Estudios críticos de Historia árabe española, por FRANCISCO CODERA. — Zaragoza, 1903.

Este libro del Sr. Codera, sabio meritísimo, paciente investigador, hombre que en el silencio, alejado de toda ostentación elabora, es de una sencillez y de una copia de datos extraordinarios. Y consideremos que esto de la sencillez, que ya Aristófanés el gramático reprendía malhadadamente en Epicuro, es cosa tan difícil de tropezar en estos tiempos de ampulosidad y de fárrago como lo era en otros la consabida piedra filosofal. La elocuencia, dice el gran Montaigne, aparta nuestra atención de las cosas, las perjudica y las daña. En esta colección de estudios árabes expone el Sr. Codera «algunas de las ideas que durante más de veinticinco años he vertido respecto al estudio de la *Historia árabe de España*, con tan poca fortuna, á pesar de lo que dicen amigos ó discípulos benévolos, que en un cuarto de siglo, si hemos andado algo en este camino, ha sido un paso de enano donde se necesitaba recorrer la carrera de un gigante». Y en las páginas que siguen quéjase de la «funesta influencia» que en nuestra historia han ejercido la *Historia de la dominación de los árabes en España*, de D. José Antonio Conde, y las críticas exageradas de Dozy, con las cuales ya se muestra más conforme. No dudo ni un solo momento de los asertos del Sr. Codera, mas asáltame la idea de que siendo esto así, es decir, necesitando una *Historia de los árabes en España*, ¿cómo él, auxiliado de sus mejores discípulos, no intentó hacerla? Porque encuentro que ese hubiera sido el único medio de que los historiadores *no arabistas* rectificaran cuanto de falso hubiese en sus afirmaciones. Bien se me alcanza lo penoso de la tal labor, mas esta obra meritísima ahorraría no pocas lamentaciones al antiguo profesor de la Universidad Central. Ahora bien, si el Estado, es el culpable, echémosle la culpa al Estado, que tiene tradicionalmente anchas costillas, y resistirá esta inculpación como tantas otras. Los dragones, decía Mme. de Sevigné y digo yo á este propósito, son los mejores predicadores. Mas como los arabistas no disponen de un escuadrón de ellos, es muy probable que consigan escasamente lo que noblemente se proponen. Así pues, no vea el Sr. Codera en mis observaciones más que lamentos tan profundos como los que él profiere en su prólogo. Lo demás me parece de perlas, lleno de sabia erudición y de constantes y repetidos esfuerzos. Mas «como

el viento pierde su fuerza si las espesas selvas no irritan su furor disipándose en la vaguedad del aire», así las cosas que se escriben extingúense en el tiempo como «las naves, como las nubes, como las sombras». Y después de estas disquisiciones sobre si era moro ó era cristiano, ¿qué quedará?

* *

Las penas del hombre. Patología social española, por PEDRO MARTÍNEZ BASELGA.—Zaragoza, 1903.

El libro del Sr. Baselga es una excursión dantesca por la vida española del siglo XX, lleno de estadísticas, de diagnósticos, de análisis. Todo él es abracadabrante, horrible, desolador. Fragmentariamente tiene el aspecto bonachón y administrativo de la gente de curia. Escrito en un estilo de llaneza y concisión sólo comparable al de los grandes místicos del siglo XVII, arrastra, sin embargo, como un pesado fardo á la biología, fisiología y demás ciencias de de acarreo. Y es lo cierto* que todo lo que en él se dice son verdades tamañas como puños y que el más lerdo puede testimoniar en la calle, en su casa, en la vida colectiva de la Nación; pero verdades que eternamente lo seguirán siendo porque ellas forman la íntima constitución del pueblo español. Herencia agarena, vicios dependientes del medio, lo que quieran los sociólogos, mas es lo cierto que aquí habrá siempre toros y empleados de cuatro mil reales cuya vida es un arcano y trata conventos y lo que es aún peor, *infección política*. Y créame el Sr. Baselga (cuyo libro estimo en alto grado porque es sincero y porque en él se plantean y solucionan cuestiones vitandas), preferible es que no sepamos jamás de qué se vive en esta isla perpetua de San Balandrán, donde no se sabe qué admirar más, si los recortes del Bomba Chico ó los desplantes de Lerroux; porque, como dice Seneca: «El espíritu á quien lo porvenir preocupa es siempre desdichado».

P. G.-B.

* *

D. MERCIER, Curso de Filosofía. Ontología. Versión castellana por Edmundo González-Blanco, conforme á la tercera edición francesa. Un volumen de la Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Valor se necesita ciertamente en los tiempos de positivismo que corremos para escribir una *Ontología*, valor para editarla, valor para traducirla, y no menos valor para leerla. Lo primero, tratándose del extranjero y de filósofo tan altamente caracterizado como Monseñor Mercier, aún es concebible; pero en España, sólo un editor tan rico y desinteresado como el Sr. Lázaro, director de *La España Moderna*, y un traductor de la erudición y paciencia de benedictino del Sr. González-Blanco (D. Edmundo), han podido acometer la empresa de poner en castellano 664 páginas, 4.º ma-

yor, de la más pesada, oscura, difícil y desacreditada de las ramas del saber, cual es la metafísica general. En cuanto á mí, sin duda uno de los primeros lectores de esa obra, confieso no ser capaz de apreciarla sino muy imperfectamente. Me sucede lo que á Lessing: los conceptos abstractos del *Ser* no son para mí; yo no puedo disfrutar de ellos: *Εν και παν*, yo no sé nada más.

Pero si sé y tengo un gran placer en afirmar que ni el editor ni el traductor deben estar pesarosos de sus gastos y desvelos. En efecto, aparte del nombre y respetabilidad del Obispo de Lovaina, su libro tiene, entre otras muchas que á mi pobre caletre se habrán escapado, las recomentables ventajas siguientes:

1.^a Está escrito en un estilo llano, sencillo, accesible á todas las inteligencias.

2.^a Semejante carácter suprime muchas de las dificultades que de otro modo se ofrecerían al lector poco versado en estudios metafísicos

3.^a El autor ha llevado su claridad verdaderamente francesa al fondo mismo de la exposición, sirviéndose continuamente en el desarrollo de sus ideas de símiles vulgares y de ejemplos fácilmente comprensibles.

4.^a A esto se une un rigor en el encadenamiento de dichas ideas que indica en el ilustre metafísico belga el noble intento de convertir la ciencia de la existencia, que en sus mismos predecesores ha sido con frecuencia una serie de abstracciones, en una verdadera *geometría de la cualidad*, como la lógica, ciencia del conocimiento, es su *álgebra*.

Y 5.^a Puede mirarse como el más completo y en su género el más útil de los tratados ontológicos, por la información y copia de datos.

En cuanto al plan, no puede ser más sencillo. Después de una brillante introducción, Monseñor Mercier pasa á analizar el *ser*, las *propiedades transcendentales del ser*, los *seres ó las principales divisiones del ser*, y las *causas de los seres*. Tales son los títulos de las cuatro partes de que su trabajo se compone.

ANTONIO MORILLO.

* * *

El porvenir de Paco Tudela, novela original de MAURICIO LÓPEZ ROBERTS.—*Madrid, 1903.*

La pluma que tan gallardamente trazó novelas como *Las de García Fritz* y *La familia d' Hita* no podía tardar en mostrarnos un nuevo fruto de sus bien templados puntos, pues el triunfo conseguido en aquellos ensayos había de darle alientos para nuevas y grandes empresas que hicieran resurgir los ecos de las alabanzas pasadas.

En efecto, el segundo libro de López Roberts ya se ha publicado; lleva por título *El porvenir de Paco Tudela* y es una narración amable de algo que sucede en esta deleznable vida con una frecuencia abrumadora.

Paco Tudela es hijo de D.^a Irene, una señora ordinaria que tiene un comercio de telas en la calle de San Bernardo y que no piensa en otra cosa que en el porvenir de su hijo, al que ve, á través del tupido velo del tiempo, sentado en el banco azul del Congreso, desde donde ha de regir los destinos de la patria que le vió nacer. ¿Autor dramático su hijo? Nunca hubiera consentido la buena de D.^a Irene que tal insulto lanzasen á la cara; pero cuando la oveja comienza á descarriarse y no hay otro medio de llevarla á la senda por donde ha de caminar, la *pobre* madre se resigna, y el hijo de sus entrañas estrena una comedia y recibe uno de los desengaños mayores de su vida. Magnífico capítulo es éste en la novela del Sr. López Roberts

¿Después? Después ya se sabe. La madre, que no se equivocó al contrariar aquellas inclinaciones de su hijo, no debe equivocarse tampoco al señalarle la política como único punto desde donde se ha de ver con claridad el horizonte de su risueño porvenir.

Y la catástrofe llega, inevitable y fatalmente, porque el hijo de la lencera no es más que un señorito pretencioso, cuyo meollo ha sido barnizado con tenue mano de erudición barata. Paco no llega á ser político, como no pudo llegar á literato y como no podrá llegar á nada que salga de ser un buen burgués y un excelente padre de familia, cosas para las que no se ha menester más talento que el escaso del buen Tudelita.

La novela está escrita con fluidez de estilo y hay en ella capítulos admirables, dignos del autor que los compuso. Vayan como muestra, para citar algunos, aquel de la expedición á la pinada, en el que están dibujados de mano maestra todos los incidentes de tal excursión y en el que el lector comienza á enamorarse de Castita—la adorable Castita,—que más tarde ha de ser el único é inmerecido presente—ya no porvenir—del hijo de D.^a Irene. El ya nombrado del estreno de Paco, el de la sesión del Congreso, el del mitin en el frontón y tantos otros.

Las personas que discurren por las páginas del libro son todas de carne y hueso y llevan dentro el calor de la vida, que en gran dosis supo darles el autor. Entre ellas son dignos de anotarse el protagonista y su madre D.^a Irene; el joven Mostense—el orador del mitin—y Mocejón, Caliope como donosamente le llama López Roberts. Pero la figura más simpática, la más atrayente de todas es Castita, la pobre Castita, que es alguien á quien yo he visto alguna vez y que con sólo mirarla me impulsó á quererla.

MIGUEL A. RÓDENAS.

* * *

El francés castizo del siglo XX, por D. CARLOS LACOME, *catedrático del Instituto de Valladolid.*

No es desconocido el nombre del Sr. Lacome para los lectores de esta REVISTA, pues hace poco tiempo que tuvimos ocasión de ocuparnos de su *Fonotecnia*, excelente clave de la pronunciación

francesa. Hoy tenemos que dar cuenta de su nueva publicación, intitulada *El francés castizo del siglo XX*. Es esta obra una verdadera gramática francesa, escrita bajo un plan y método completamente nuevos ú originales. El Sr. Lacombe, distinguido catedrático de lengua francesa en el Instituto de Valladolid, es un notable filólogo que ha hecho concienzudos estudios comparativos del francés y el español, y un sabio pedagogo que conoce á fondo los secretos de la enseñanza. Reciba el ilustre maestro nuestra sincera y entusiasta felicitación.

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 4 Enero, 1.º Febrero 1.º y 29 Marzo, 26 Abril, 24 Mayo, 21 Junio, 19 Julio, 16 Agosto, 13 Septiembre, 11 Octubre, 8 Noviembre y 6 Diciembre, directamente para Port-Said, Suez, Aden, Colombo, Singapore y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Mejico.—*Servicio del Norte:* Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Combinaciones para el litoral de Cuba, Isla de Santo Domingo, Centro América y Norte y Sur del Pacífico.

Servicio del Mediterráneo: Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25, de Málaga el 27 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York, Habana, y Veracruz. Combinaciones para distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. [También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje y carga para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Mocris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Coro, Carúpano, Trinidad, Güanta y Cumaná, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, el 18 de Valencia, el 19 de Alicante y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente para Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, regresando á Barcelona por Santa Cruz de Tenerife, Cádiz, Alicante y Valencia.

Llegada á Las Palmas de Gran Canaria, 26 de cada mes; salida de íd. íd., 27 á las 10; llegada á Santa Cruz de Tenerife, 27 á las 15; salida de íd., 28 á las 18; llegada á Santa Cruz de la Palma, 29 á las 6; salida de íd., 29 á las 18; llegada á Santa Cruz de Tenerife, 30 á las 6; salida de íd., 1.º á las 10; llegada á Las Palmas de Gran Canaria, 1.º á las 15; salida de íd., 1.º á las 18.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30 y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escala [en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes.
Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas.
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS hasta 31 Diciembre 1901.....	»	14.780.951,34
Capitales asegurados por diferentes conceptos desde la fundación de la Compañía hasta 30 Septiembre 1903.....	»	426.212.524,35
Pagado á los asegurados hasta igual fecha.....	»	26.770.664,06

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nudas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

Domicilio social: ANCHA, 64.—BARCELONA

La Catalana. Compañía de seguros contra incendios y explosiones á prima fija. Autorizada por Real decreto de 25 de Agosto de 1865. **38 años de existencia.** Establecida en Barcelona, Dormitorio de San Francisco, 5, principal.

Capital, primas y reservas: 19.664.748,56.

Dirección: Sr. D. Fernando de Delás, exdiputado á Cortes, abogado y propietario; Sr. D. José M.^a de Delás, abogado. Capitales asegurados en 31 de Diciembre de 1902: pesetas 1.496.378.984,76.

La Compañía ha satisfecho por 6.281 siniestros la importante cantidad de **8.146.949,80 pesetas.**

PASTILLAS BONALD
Las mejores que se conocen para las enfermedades de la boca y garganta.

Núñez de Arce, 17.
(antes Gorguera).